

# Transitar a la intemperie: jóvenes en busca de integración



→ estudios



→ estudios

## **Transitar a la intemperie: jóvenes en busca de integración**

**Equipo de investigación:** Jorge Benedicto (UNED-GESP), Laura Fernández de Mosteyrin (UDIMA-GESP), Marta Gutiérrez Sastre (Univ. Salamanca), Alberto Martín Pérez (UB-GESP), Eva Martín Coppola (GESP) y María Luz Morán (UCM-GESP)

→ estudios

**Equipo de investigación:**

Jorge Benedicto (UNED-GESP),  
Laura Fernández de Mosteyrin  
(UDIMA-GESP), Marta Gutiérrez  
Sastre (Univ. Salamanca), Alberto  
Martín Pérez (UB-GESP), Eva  
Martín Coppola (GESP) y María Luz  
Morán (UCM-GESP)

**Diseño Gráfico**

Pep Carrió / Sonia Sánchez  
Antonio Fernández

**Edición**

@ Instituto de la Juventud

**Redacción**

Observatorio de la Juventud en  
España  
Servicio de Documentación y  
Estudios  
C/ Marqués del Riscal, 16  
28010 Madrid  
Tel. 91 782 74 67  
E-mail: estudios-injuve.es  
web injuve: www.injuve.es



NIPO: 684-14-006-0

Las opiniones publicadas en este estudio  
corresponden a sus autores.  
El Instituto de la Juventud no comparte  
necesariamente el contenido de las mismas.

## ÍNDICE

<b>Introducción.....</b>	<b>7</b>
<b>PARTE I.- LA INTEGRACIÓN CÍVICA DE LAS NUEVAS GENERACIONES .....</b>	<b>11</b>
<b>Capítulo 1. TRANSFORMACIONES ESTRUCTURALES Y PROCESOS DE CAMBIO SOCIOPOLÍTICO.....</b>	<b>13</b>
<b>1. El modelo de relación ciudadano-Estado en el capitalismo del bienestar y sus transformaciones estructurales .....</b>	<b>13</b>
1.1. Los vínculos cívicos en el planteamiento clásico de la ciudadanía.....	16
1.2. Los vínculos cívicos en un contexto de cambio.....	20
<b>2. La juventud y los mecanismos de integración cívica.....</b>	<b>27</b>
2.1. La quiebra del contrato intergeneracional: la 'promesa incumplida' .....	32
2.2. Las consecuencias de las transformaciones estructurales en la vida de los jóvenes .....	33
<b>Capítulo 2. LA AVENTURA DE LA INTEGRACIÓN DE LOS JÓVENES: UNA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA....</b>	<b>41</b>
<b>1. El juego combinado de lo macro y lo micro en los procesos de integración cívica juvenil .....</b>	<b>41</b>
1.1. La integración desde los propios contextos de experiencia de los jóvenes.....	44
1.2. Los riesgos de trabajar en un contexto de crisis .....	47
<b>2. El diseño metodológico de la investigación.....</b>	<b>49</b>
2.1. ¿Con quién trabajamos? La elección del grupo de estudio.....	49
2.2. ¿Qué hemos querido captar?: los discursos y narraciones de los jóvenes.....	51
2.3. La elección de las técnicas para recoger los discursos y narraciones de los jóvenes.....	55
<b>3. El desarrollo del trabajo de campo.....</b>	<b>59</b>
<b>PARTE II.- LA NEGOCIACIÓN BIOGRÁFICA DE LA INTEGRACIÓN: DE LAS EXPERIENCIAS A LAS EXPECTATIVAS DE FUTURO.....</b>	<b>65</b>
<b>Capítulo 3. LAS EXPERIENCIAS DE INTEGRACIÓN SOCIOLABORAL: LAS JUSTIFICACIONES BIOGRÁFICAS .....</b>	<b>67</b>
<b>1. La clave está en el trabajo .....</b>	<b>69</b>
1.1. Las dispares trayectorias laborales de los jóvenes universitarios.....	71
1.2. Familia, trayectoria e individualismo relativo.....	77
1.3. La complejidad de las experiencias laborales.....	80
1.4. La sobrecualificación como norma .....	85
<b>2. Decisiones vitales en la construcción biográfica.....</b>	<b>90</b>
2.1. Las decisiones sobre el mercado y la vocación .....	91
2.2. Las decisiones sobre la emancipación y la pareja.....	92
2.3. Las decisiones sobre el arraigo y la comunidad de pertenencia.....	95

<b>Capítulo 4. IMAGINARIOS DE FUTURO DE LOS JÓVENES: HILOS NARRATIVOS ENTRE LA BIOGRAFÍA Y LA HISTORIA .....</b>	<b>99</b>
<b>1. Imaginar el futuro en tiempos inestables.....</b>	<b>99</b>
1.1. Las proyecciones de futuro de los jóvenes: la diversidad de hilos narrativos.....	102
1.2. Transitar entre lo biográfico y lo social en el proceso de imaginar.....	127
<b>2. Reconsideraciones y dilemas: mirando al futuro .....</b>	<b>129</b>
2.1. ¿Vivir mejor? depende .....	130
2.2. Si no es aquí, ¿dónde?.....	132
2.3. ¿En qué sociedad viviremos? .....	134
<b>3. El futuro como espacio de encuentro de lo individual y lo colectivo .....</b>	<b>137</b>
<b>PARTE III. LOS FUNDAMENTOS DE LA INTEGRACIÓN CÍVICA .....</b>	<b>139</b>
<b>Capítulo 5. EL MODELO DE SOCIEDAD: ¿CÓMO INTERPRETAN LOS JÓVENES LA SOCIEDAD EN LA QUE VIVEN?.....</b>	<b>141</b>
<b>1. La construcción discursiva del modelo de sociedad.....</b>	<b>143</b>
<b>2. La flexibilidad de los marcos interpretativos de los jóvenes.....</b>	<b>146</b>
2.1. La individualización del contexto de las experiencias.....	147
2.2. La ambigüedad de “lo público” .....	149
2.3. Los derechos de ciudadanía como derechos derivados.....	151
2.4. Las expectativas y la frustración relativa.....	154
<b>3. Criterios de justicia y concepción de la ciudadanía: una renegociación constante .....</b>	<b>157</b>
3.1. La familia como sustrato cultural.....	159
3.2. La articulación flexible de los principios de justicia..	162
3.3. La legitimación crítica pero pragmática del sistema sociopolítico .....	168
3.4. Una idea de ciudadanía: la combinación de criterios, a veces contrapuestos.....	171
<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>175</b>
<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....</b>	<b>187</b>

## Introducción

*“Los problemas de la ciencia social, cuando se formulan adecuadamente, deben comprender inquietudes personales y cuestiones públicas, biografía e historia”  
(W. Mills, La imaginación sociológica, 1999:236)*

Los estudios de juventud en los últimos años suelen oscilar entre dos planteamientos que transmiten imágenes y diagnósticos bastante contrapuestos sobre la situación de los jóvenes en el mundo actual. Por un lado, una parte de la literatura pone el acento en el nuevo tipo de juventud que estaría emergiendo a la par que se transforma el contexto sociopolítico de nuestras sociedades de la globalización. Según este enfoque, las nuevas generaciones ya se habrían socializado en un nuevo contexto experiencial en el que las profundas consecuencias sociales y relacionales del actual periodo de transformación se han convertido en elementos asumidos e integrados en sus propias vidas. Se habla así de una nueva generación global y cosmopolita y de su capacidad de enfrentarse a la realidad desde parámetros totalmente novedosos contruidos a partir de su cultura digital. En fin, para estos jóvenes, la incertidumbre e inestabilidad que acompaña a este periodo de cambio se habría convertido en un componente vital con el que pueden manejarse con éxito. En el otro extremo, nos encontramos con abundantes estudios que ponen el acento en la creciente vulnerabilidad de la juventud actual. En esta perspectiva se enfatizan las dificultades a las que tienen que hacer frente los jóvenes, en un contexto donde las instituciones han dejado de proporcionar las certidumbres y seguridades de

etapas anteriores y los sujetos aparecen casi como los únicos responsables de sus éxitos o fracasos, sin poder en muchas ocasiones disponer de las herramientas adecuadas para influir en la marcha de los acontecimientos. La imagen que se transmite es la de una juventud desorientada ante los cambios que se están produciendo y la incertidumbre que les acompaña, que debe superar gran cantidad de obstáculos para culminar el proceso de integración en la sociedad adulta, algo que no siempre se produce en condiciones favorables.

Como es habitual en este tipo de debates, ambos enfoques contienen aspectos importantes para entender la juventud en nuestras sociedades globales. Sin embargo, la mayor crítica que puede hacerse a ambos es el escaso énfasis que ponen sobre la complejidad y las contradicciones que caracterizan el contexto sociopolítico actual y, por ende, la situación de la juventud. Precisamente es este el espacio en el que se sitúa la presente investigación, dedicada a analizar los procesos de integración de las nuevas generaciones desde los propios contextos de experiencia de los protagonistas. Lo que nos interesa es profundizar en el sentido que los jóvenes atribuyen a esa aventura de integrarse como miembros plenos, esto es como ciudadanos, en la comunidad a la que pertenecen. Y para ello asumimos que se trata de procesos complejos y ampliamente contradictorios, en los que los sujetos se ven obligados a enfrentarse a las dificultades y obstáculos existentes desde una posición institucional bastante vulnerable pero provistos de un amplio bagaje de conocimientos y herramientas proporcionados por el nuevo entorno de socialización en el que se desarrollan sus vidas y que les facilita la elaboración de estrategias dirigidas a alcanzar sus objetivos personales y colectivos.

Pero si esta aventura de la integración sociopolítica, en la que se combinan los aspectos biográficos con los determinantes socioestructurales, es siempre compleja, aún lo es más en tiempos inciertos e inestables como los actuales. A lo largo del texto, en bastantes ocasiones insistiremos en las consecuencias que se derivan de la generalización de la incertidumbre y la inestabilidad como elementos definitorios del contexto vital juvenil y de las distintas formas de hacerlas frente por parte de unos y otros. La noción de “*unsettled times*”, utilizada por A. Swidler y que mencionamos en varios capítulos, nos sirve como metáfora descriptiva de la situación compleja en la que los jóvenes actuales desarrollan sus transiciones hacia la vida adulta, tratando de alcanzar



su condición de miembros plenos de la comunidad en medio de una coyuntura de profunda transformación social, política y cultural que les obliga a replantearse los significados que atribuyen a sus experiencias, a sus expectativas y en general al mundo que les rodea.

Tres son las partes en las que se despliega este trabajo y que a continuación presentamos. En primer lugar, abordamos, desde un punto de vista teórico y analítico, cómo se desarrolla la integración de las nuevas generaciones en nuestras sociedades actuales, haciendo especial hincapié en los procesos de transformación sociopolítica que caracterizan el contexto actual. Sin duda, éstos van mucho más allá que las consecuencias más o menos coyunturales que puedan derivarse de la crisis económica e institucional en la que estamos inmersos en el mundo occidental. Se trata de tener una idea clara de cómo se modifican los mecanismos de integración de las nuevas generaciones y cómo ello está repercutiendo tanto en los recorridos vitales de los jóvenes como en su posición frente a la sociedad en la que van a integrarse. Una vez aclarado el marco teórico y analítico con el que abordamos nuestro objeto de estudio, estaremos en disposición de explicar el tipo de investigación empírica que hemos llevado adelante; el diseño metodológico adoptado y el trabajo de campo realizado.

En las dos partes siguientes, se discuten los principales resultados obtenidos a partir del análisis de los discursos y narraciones de los propios jóvenes<sup>1</sup>. En concreto, en la segunda parte nos detendremos en la dimensión biográfica; es decir, en cómo se enfrentan los protagonistas, desde su propia biografía, a los dilemas y contradicciones que les supone tratar de integrarse: cómo resuelven la dialéctica entre oportunidades y riesgos y cómo valoran la situación en la que viven. Y ello en base tanto a sus experiencias como a sus expectativas de futuro, porque al fin y al cabo estamos ante dos facetas complementarias: es tan importante lo que se vive cómo lo que se espera vivir; lo que se experimenta

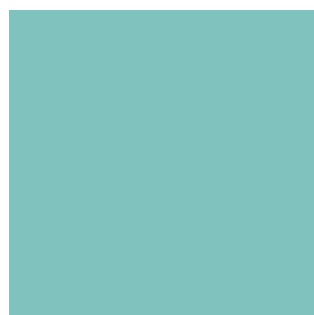
---

(1) Queremos expresar nuestro agradecimiento a todos los jóvenes que han participado en la investigación, invirtiendo parte de su tiempo en comentar sus experiencias, opiniones y expectativas. Su colaboración ha sido imprescindible para poder entender mejor qué significa para los jóvenes de hoy integrarse en la sociedad. También queremos hacer constar el agradecimiento a Javier Díez Soto, estudiante del Master de Servicios Públicos y Políticas Sociales de la Universidad de Salamanca, que nos ayudó en la recolección de los textos biográficos de los estudiantes y realizó un estudio preliminar de su contenido que nos ha resultado de gran utilidad para los análisis posteriores que se contienen en este informe.

como lo que se imagina. En la tercera parte, en cambio, consideraremos la dimensión más colectiva, al analizar cuáles son, según los jóvenes, los fundamentos de la integración cívica, utilizando para ello sus concepciones e interpretaciones sobre la sociedad en la que viven. Estaremos así profundizando en las bases de legitimación con que cuenta el sistema sociopolítico entre las nuevas generaciones. En la intersección entre ambas dimensiones (en el encuentro entre biografía e historia, en palabras de W. Mills) podremos comprender mejor cómo interpretan, perciben y se imaginan los jóvenes hoy su integración en la sociedad en tanto que ciudadanos.

# PARTE 1

## La integración cívica de las nuevas generaciones





### 1. El modelo de relación ciudadano-Estado en el capitalismo del bienestar y sus transformaciones estructurales

Considerar los modelos de integración sociopolítica vigentes en las sociedades actuales –más concretamente, los marcos que encuadran la relación entre los ciudadanos y el Estado– exige volver la vista atrás para recordar, aunque sea de forma muy breve, el modo en que el análisis social contemporáneo define el modelo clásico de la ciudadanía. Una propuesta cuyos elementos esenciales están contenidos en la obra de T.H. Marshall, “Ciudadanía y clase social” (1998). Conviene tener presente que dicha formulación entendía la ciudadanía como un estatus adscrito individual que determina la pertenencia de cada persona a una comunidad política; y más específicamente su inclusión como miembro de un Estado-nación. Es este estatus el que confiere un conjunto de derechos y también de obligaciones, que varían según las épocas históricas y los Estados específicos. En definitiva, la ciudadanía establece una clara línea de división entre la inclusión y exclusión, que se concreta en el disfrute de derechos y en la asunción de responsabilidades, pero también en el acceso a determinados servicios y bienes que proporciona el Estado a sus miembros.

La perspectiva sociopolítica de la ciudadanía –aquella que apuesta por ir más allá de la ciudadanía formal para aprehender la ciudadanía sustantiva– pone el énfasis en tres facetas distintas de la inclusión en la

comunidad de ciudadanos. En primer lugar, ser ciudadano remite a la dimensión de la pertenencia; al desarrollo de una identidad colectiva que genera un “nosotros común” en el que los factores culturales –memorias colectivas, símbolos, lengua, etc.– juegan un papel determinante. En segundo lugar, nos encontramos con la implicación: el derecho, pero al tiempo el deber, de participar en los asuntos colectivos de la comunidad de pertenencia, eligiendo a los representantes e interviniendo en la toma de decisiones que darán lugar a la elaboración de las políticas públicas. Finalmente, ser un ciudadano supone también participar en lo que Marshall denominó el “nivel general de bienestar” de la sociedad de la que formamos parte. Por expresarlo con un lenguaje más actual, significa que los ciudadanos son los beneficiarios de las políticas y servicios que proporciona un Estado que interviene en distintas esferas de la vida pública para garantizar la extensión del bienestar.

Al menos desde comienzos de la década de los 90 del pasado siglo, comenzaron a alzarse las voces que cuestionaban las limitaciones de esta concepción. Señalaban que, en un contexto de grandes cambios políticos, económicos, sociales y culturales, la propia realidad de la vida ciudadana desbordaba los presupuestos de una propuesta que, sin embargo, seguía operando como marco de referencia en los sistemas democráticos, al menos en el mundo occidental. No es este el lugar para revisar las líneas en torno a las que se desarrolla este debate<sup>2</sup>. Simplemente conviene recordar que afecta a las tres dimensiones de la ciudadanía que acabamos de exponer y, además, desde una doble perspectiva. Por un lado, se cuestionan las bases normativas de la concepción clásica, una tarea asumida sobre todo por los teóricos y filósofos de la política. Pero, por otro, se difunden críticas sobre las limitaciones y alcance del funcionamiento real del vínculo ciudadanía-Estado. Éstas provienen de las distintas disciplinas que comprenden las ciencias sociales, por lo que encontramos contribuciones de historiadores, sociólogos o politólogos, pero también de economistas y antropólogos. En este doble nivel, normativo y aplicado, algunas de las polémicas más relevantes son las que han enfrentado a los pluralistas y a los multiculturalistas, las que oponen los conflictos por el reconocimiento

---

(2) Para considerar las críticas al modelo clásico de la ciudadanía, pueden consultarse los trabajos de Barbelet (1998), Kymlicka (1996) y Turner (1992, 1993, 2001), entre otros.

y por la redistribución, o los análisis de la ciudadanía pasiva frente a la activa<sup>3</sup>.

A lo largo de la primera parte de este capítulo, nos proponemos retomar ciertos problemas que abordan estos debates desde una perspectiva innovadora, poco explorada hasta este momento. Nuestro objetivo es considerar dos cuestiones diversas pero estrechamente vinculadas entre sí. Ante todo, con el fin de abordar la relación entre el Estado y la ciudadanía, pondremos el foco de atención en la relación entre los procesos de construcción de ciudadanía y los de integración social. Pero además, analizaremos la relación entre dichos procesos con las bases de legitimación de la democracia, prestando una especial atención a las transformaciones que parecen estar sufriendo las mismas. Es decir, consideraremos cómo los cambios que están afectando a la primera de estas relaciones pueden estar produciendo transformaciones significativas en los fundamentos tradicionales de legitimación de los sistemas democráticos sobre los que descansaba lo que hemos denominado el modelo clásico de la ciudadanía. Ello nos permitirá aventurar en el análisis contenido en los siguientes capítulos las posibles tendencias que subyacen a dichas transformaciones, así como algunos de sus resultados sobre la naturaleza y puesta en práctica del vínculo cívico en el caso de los jóvenes españoles.

Con el fin de ordenar la exposición de nuestros argumentos, a lo largo de las próximas páginas trataremos de examinar de forma muy sucinta ciertos fundamentos ocultos del modelo clásico que permiten sacar a la luz los principales rasgos que definen la relación entre el Estado y la ciudadanía. A partir de ahí, estaremos en condiciones de presentar algunas de las principales transformaciones que, a nuestro entender, están afectando a dicho vínculo. Se trata, en suma, de trazar un primer mapa sobre el que poder abordar en la segunda parte la reflexión sobre los procesos de integración sociopolítica de las nuevas generaciones.

---

(3) Las investigaciones sobre ciudadanía y juventud recogen, aunque quizá de forma más limitada, buena parte de estas polémicas. En concreto, pueden consultarse: Benedicto y Morán (2003a y 2003b) y Morán y Benedicto (2000).

## 1.1. Los vínculos cívicos en el planteamiento clásico de la ciudadanía

Existen dos pilares sobre los que ha descansado la concepción del vínculo cívico que se fraguó desde finales de los años cincuenta, y que hasta hace poco soportaban todo el complejo entramado de instituciones y derechos de ciudadanía, así como las propias representaciones acerca de la misma. Lo interesante es advertir que dichos presupuestos rara vez se formulan de forma explícita en los numerosos trabajos dedicados al análisis de la ciudadanía.

El primero de ellos es, sin duda, el Estado de derecho, entendido como un conjunto de instituciones dedicadas a la realización de los diferentes derechos ciudadanos, así como a su defensa cuando son vulnerados, de acuerdo con unas normas jurídicas previamente aprobadas, de conocimiento público y que afectan por igual a todos los individuos. Aunque Marshall no trató directamente este tema, estableció una estrecha asociación entre la evolución normativa e institucional del Estado y el desarrollo histórico de la ciudadanía. En su conocido esquema de los tres tipos de derechos –civiles, políticos y sociales–, éstos se vinculan con el desarrollo de los tribunales de justicia, las instituciones y organizaciones de representación democrática y, finalmente, las agencias del Estado del bienestar. En cualquier caso, el marco normativo de la vida democrática contemporánea que establece el Estado de derecho es un fundamento importante de la legitimidad estatal.<sup>4</sup>

La segunda base del vínculo clásico de la ciudadanía es más relevante para nuestro argumento, y se puede resumir en la promesa democracia=bienestar que lleva implícita. Se trata, además, de una doble promesa. Por un lado, proclama la igualdad de los ciudadanos en tanto que son sujetos de derechos y portadores de intereses que deben ser oídos y considerados a la hora de la toma de decisiones y la elaboración de las políticas públicas. Una igualdad que también afecta a todos los ciudadanos entendidos como beneficiarios de aquellos servicios que derivan de los derechos sociales. Por otra parte, implica la

---

(4) El papel de las normas jurídicas en la puesta en práctica de la ciudadanía es un tema poco abordado en el análisis sociopolítico español debido, probablemente, al escaso desarrollo de la sociología del derecho en nuestro país. En el mundo anglosajón, sin embargo, hay una interesante línea de investigación sobre las “culturas de la legalidad” (Silbey 2010)) que aborda algunas cuestiones relevantes sobre la ciudadanía sustantiva.



existencia de un Estado interventor en distintas esferas de la vida pública, con el objetivo de avanzar hacia una disminución de las desigualdades sociales hasta alcanzar niveles “aceptables” para cada sociedad. Al tiempo, supone realizar avances significativos en el bienestar general de las sociedades y de los diferentes grupos que las componen.

Ambas ideas se encuentran estrechamente asociadas en el modelo clásico. La concepción de la ciudadanía sustantiva presupone que el ámbito público, el Estado, contribuye a la provisión de unas bases materiales mínimas y comunes que se consideran esenciales para la realización de dicha ciudadanía<sup>5</sup>. En consecuencia, ésta exige el diseño de políticas para la provisión de bienes y servicios dirigidos, en principio, a todos los miembros de la comunidad.

Resulta fundamental recordar que tras este planteamiento subyace un programa ideológico y político concreto. Se trata del llamado “pacto social keynesiano” concebido básicamente para controlar y moderar los altos niveles de conflicto social que habían caracterizado la vida europea de la primera mitad del siglo XX. En definitiva, tal y como postuló el propio Marshall, estaba dirigido a solucionar la contradicción que Marx había planteado como irresoluble: la contraposición entre la democratización inherente al concepto de ciudadanía y la desigualdad indisociable de la propia lógica de la economía de mercado.<sup>6</sup>

Estos dos fundamentos de la concepción clásica de la ciudadanía siguen presentes en la actualidad en el discurso público, y son también los que inspiran buena parte del diseño de las políticas públicas. Además, de ellos se derivan los ejes centrales de lo que en este texto concebimos como las bases de legitimidad de los sistemas democráticos contemporáneos.

Pero al hablar de legitimidad nos enfrentamos a un concepto central para el análisis socio-político, al tiempo que muy controvertido. Como es bien sabido, se trata de una noción weberiana que alude a la domi-

---

(5) No entramos aquí a considerar las diferencias a través de las cuales los distintos tipos de Estado de Bienestar llevan a cabo dichos objetivos. Para ello, puede consultarse el trabajo de Esping-Andersen (1993).

(6) Éste constituyó, sin duda, uno de los ejes del proyecto de la socialdemocracia desde el final de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, sus bases también fueron asumidas por el pensamiento conservador europeo, al menos hasta mediados de la década de los 80, el momento en el que empezó el auge de las tesis neo-conservadoras.

nación política, centrándose en el carácter de la motivación que implica la obediencia<sup>7</sup>. La definición más difundida en el análisis aplicado remite a la idea de que la *“legitimidad implica la capacidad de un sistema político de engendrar y mantener la creencia de que las instituciones políticas existentes son las más apropiadas para la sociedad”* (Lipset, 1959, p.86).<sup>8</sup> Además, se entiende que existe una estrecha relación entre la efectividad y la legitimidad de los sistemas políticos, una cuestión relevante en el contexto de la actual crisis económica.

El tema que recorre y articula nuestro trabajo es nuestro interés por analizar los procesos de construcción de las bases de la “legitimación moral” del Estado. Ello nos remite inevitablemente al complejo del análisis de las representaciones políticas, de las culturas ciudadanas. Y también por este motivo, a partir de las consideraciones anteriores sobre los fundamentos del modelo clásico de la ciudadanía, nos vemos obligados a prestar una especial atención a dos cuestiones concretas. Por un lado, debemos considerar el concepto de igualdad que subyace tras la noción de ciudadanía universal; la idea de unos ciudadanos libres e iguales cuya relación con la esfera política está definida por los derechos humanos y de ciudadanía. Por otra parte, nos remite a los principios de justicia y de “merecimiento” en el momento en el que se incluye en el análisis la puesta en práctica de dichos derechos por parte del Estado. En las próximas páginas, prestaremos atención al modo en que estos principios se están viendo afectados por los cambios que se están produciendo en los distintos elementos que componen el vínculo cívico.

Para seguir avanzando en nuestro argumento, debemos advertir que, además de los fundamentos de la ciudadanía clásica que hemos expuesto en las páginas anteriores, existe otra dimensión que tampoco suele hacerse explícita: la ciudadanía remite a un modelo concreto del proceso de integración social en la comunidad de pertenencia. Por seguir empleando el lenguaje de la ciudadanía, ésta reposa en el tipo ideal de “ciudadano autónomo”, competente para emitir juicios morales y

---

(7) *“De acuerdo con la experiencia ninguna dominación se contenta voluntariamente con tener como probabilidad de su persistencia motivos puramente materiales, afectivos o racionales con arreglo a valores. Antes bien, todas procuran despertar y fomentar la creencia en su ‘legitimidad’.”* (Weber 1964:170).

(8) En el original: *“Legitimacy involves the capacity of a political system to engender and maintain the belief that existing political institutions are the most appropriate or proper ones for the society.”* (Lipset 1959: 86).

con las capacidades necesarias para convertirse en sujeto político. Dichas capacidades se obtienen mediante un proceso de integración social que remite a tres esferas distintas. En primer lugar, el ciudadano logra su autonomía por medio de su inclusión en el mundo del trabajo; debe ser un miembro productivo de la sociedad. En segundo lugar, la plena condición de ciudadanía está asociada a la pertenencia a una familia propia; más concretamente al ideal de miembro de una familia nuclear, especialmente al cabeza de la misma. Finalmente, como resultado de su socialización, el ciudadano comparte los elementos centrales de la cultura de su comunidad o sociedad, entre los que destacan las virtudes cívicas. En definitiva, la integración en la sociedad –económica, social y cultural– se postula como precondition para el reconocimiento de la capacidad del ciudadano de intervenir en la vida política, pero también de ser beneficiario de las políticas y servicios que proporciona el Estado.

En este punto, cabe recordar las críticas de la teoría feminista a este modelo de ciudadano ideal que identifica con el “varón proveedor” (male breadwinner), y que excluye a sectores importantes –niños, amas de casa, personas dependientes, enfermos, etc.– de la comunidad ciudadana y los sitúa en una posición de semiciudadanía, en la medida en que el acceso a los derechos y la lógica que guía el diseño de las políticas públicas se asocian con esta concepción limitada de integración sociopolítica. Por otra parte, hemos de reconocer que el modelo de ciudadanía ideal naturaliza los procesos de integración; los da por descontados. Son trayectorias lineales claramente establecidas, con puntos de partida y de llegada fijos, y con etapas bien definidas cuyas fronteras están marcadas por ritos de paso –mayoría de edad, servicio militar, boda, jubilación, etc.–, diferenciadas únicamente por la clase social de origen y por el sexo. Con algunas divergencias menores entre países, debidas fundamentalmente a diferencias culturales, dichas trayectorias son comunes a las sociedades modernas, occidentales.<sup>9</sup>

Como veremos con más detalle en la segunda parte de este capítulo, en el momento en que, al menos desde los años 90, el análisis sociológico comenzó a emplear la expresión “transiciones juveniles”, los estudiosos entendieron la juventud precisamente como aquel período clave en el

---

(9) Es interesante advertir en este punto cómo a partir de esta concepción de la integración social que manejan los sociólogos se desarrolla el concepto de “desviación social” y todo un amplio campo de análisis.

que los jóvenes pasan de una situación de dependencia a la plena autonomía y, por lo tanto, culminan sus procesos de integración social. A lo largo de éstos, se van convirtiendo en adultos y también en ciudadanos autónomos a medida que se incorporan al mundo del trabajo, obtienen su independencia económica y abandonan el hogar de su familia de origen para formar una nueva familia propia. En los trabajos sobre los jóvenes como ciudadanos “en construcción” se insiste en cómo las transiciones juveniles deben entenderse, además, como momentos clave para los aprendizajes políticos; como una etapa fundamental de la socialización política en la medida en que es entonces cuando tienen lugar las primeras prácticas de ciudadanía, que entre algunos grupos de jóvenes son especialmente intensas.

## **1.2. Los vínculos cívicos en un contexto de cambio**

El optimismo de Marshall por resolver la contradicción entre la lógica de la ciudadanía y la de la economía de mercado se ha visto atemperado desde hace tiempo por los propios resultados de las políticas del Estado de Bienestar. Por otra parte, cada vez se ha hecho más patente la tensión inherente entre los principios de igualdad y de justicia que hemos mencionado con anterioridad. Se trata de un tema que excede el objetivo de estas páginas y que es objeto de debate y análisis sobre todo en los campos de la teoría y la filosofía políticas (Rawls 2002; Sen 2010; Young 2000), pero que, sin duda, tiene importantes efectos sobre las transformaciones de las bases de la legitimidad de las democracias actuales.

Por otro lado, al comienzo de estas páginas advertimos que en los últimos veinte años el modelo clásico de la ciudadanía ha sido objeto de numerosas críticas tanto desde el punto de vista normativo como aplicado. A estas alturas de nuestra exposición, no vamos a volver sobre este debate sino que presentaremos, aunque ciertamente de un modo muy resumido, algunos procesos de cambio sociopolítico que afectan a la tradicional relación entre los ciudadanos y el Estado, y que están modificando los marcos y condiciones en los que se produce la integración social. Unas transformaciones que, recordemos, podrían estar influyendo en las bases de legitimidad de los sistemas democráticos.

En el momento en el que nos encontramos, y a pesar de la falta de acuerdo entre los estudiosos, es difícil negar el impacto de todo un

conjunto de cambios globales que desde hace décadas se han hecho visibles en múltiples ámbitos de la vida social. Nos referimos al fenómeno de la globalización que, junto a sus efectos de naturaleza más “macro”, está influyendo también en aspectos sustanciales de nuestras vidas cotidianas. Contamos ya con numerosas evidencias de las profundas desarticulaciones de las fronteras espacio-temporales que enmarcaban la vida social y política en las sociedades de la “modernidad clásica” (Giddens 1997; Bauman 1999; Sassen 2003). Para el análisis académico, este reconocimiento lleva a cuestionar que el marco del Estado-nación siga siendo el más adecuado para el análisis sociopolítico.

Por su parte, el propio Estado-nación ha visto cómo se transformaba su posición como actor de un nuevo “sistema global” en formación puesto que, en algunos ámbitos, ha perdido su papel hegemónico en la toma de decisiones políticas y de elaboración de las políticas públicas<sup>10</sup>. Paralelamente, asistimos al surgimiento de múltiples actores –organizaciones, grupos y movimientos– cada vez más reacios a identificarse automáticamente con un Estado en concreto. Es innegable que nos encontramos ante la extensión de lo que los especialistas denominan “movimientos transnacionales” (Tarrow 2005; Della Porta y Tarrow 2005), que refutan la vieja relación de la ciudadanía con el Estado-nación en la medida en que muchas de sus demandas trascienden su ámbito de competencia y actuación. Basta con considerar, por ejemplo, el desarrollo de los derechos de cuarta generación –ecológicos, privacidad, estilos de vida, etc.– y el crecimiento exponencial de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (NTICs) para percibir la magnitud de estos cambios.

Pero, además, en el seno de los Estados-nación los “viejos” ciudadanos –los nacionales– y los cada vez más numerosos “nuevos” tipos de ciudadanos –extranjeros con o sin papeles, con estatus de semiciudadanía o directamente invisibles– afrontan lo que S. Sassen (2003) denomina una “desterritorialización” de la ciudadanía que afecta tanto a las prácticas e identidades cívicas, como también a los discursos y representaciones sobre las lealtades ciudadanas. Enfrentados a la complejidad de las nuevas realidades globales, los ciudadanos, los semiciudadanos y los invisibles efectúan un doble movimiento hacia lo global y hacia lo

---

(10) Por poner sólo un ejemplo concreto, más del 70% de la legislación que está actualmente en vigor en España es de origen comunitario.

local. Es, en suma, lo que algunos estudiosos han denominado el fenómeno de la “glocalización” (Robertson 1995; Beck 2002).

El impulso hacia lo global va sentando, en los diagnósticos de algunos autores, los cimientos de una nueva “ciudadanía cosmopolita”, o “post nacional”. J. Soysal (1994) o B. Turner (1993) argumentan, por ejemplo, que se ha producido un incremento del peso de los derechos humanos en los asuntos mundiales, que indica el avance hacia una ciudadanía basada en la concepción de “personas universales” y no en la pertenencia a un determinado Estado-nación. Por su parte, D. Held (2002) defiende la constitución de una “ciudadanía cosmopolita” que apuesta por formas participativas y de gobernanza que desbordan las fronteras estatales. Por último, el reconocimiento de la influencia de la globalización en la ciudadanía está en el centro de los planteamientos de la “ciudadanía ecológica” (Dobson, 2006), cuya principal contribución es sentar las bases de nuevos tipos de responsabilidades cívicas en torno al cuidado y la compasión respecto a extraños, humanos y no humanos. Ello desplaza el centro de la concepción del vínculo cívico desde la tradicional relación vertical entre el ciudadano y el Estado a una relación horizontal entre los “ciudadanos del mundo”. Al mismo tiempo, el movimiento hacia lo local también traslada la relación cívica hacia los espacios más próximos a la vida cotidiana de las personas. Nos referimos al ámbito local y también a las distintas concepciones de la “comunidad de pertenencia”, que incluyen desde los grupos étnicos a comunidades de estilos de vida. Lo más cercano –el “*close to home*”– se convierte, así, en el espacio por excelencia de las identidades colectivas y de la implicación cívica.<sup>11</sup>

Podemos señalar numerosos fenómenos que dan cuenta de estos procesos y transformaciones. Entre ellos, destacan las nuevas direcciones e intensidad de los flujos migratorios, la difusión de élites transnacionales o la formación de las “ciudades globales” (Sassen, 1999; Harvey, 1998). Todos afectan a lo que en las páginas anteriores hemos entendido como los marcos en los que se produce la integración sociopolítica y también la constitución de la ciudadanía. Porque no debemos olvidar que se trata de tendencias que están afectando a los pilares de la concepción tradicional de la ciudadanía: las claves de la pertenencia cívica

---

(11) Buena parte de las teorías comunitaristas de la ciudadanía (Walzer 1990), así como de los nuevos planteamientos de la “democracia participativa” (Font 2001) defienden este retorno a lo local.

o las identidades colectivas, los canales de implicación ciudadana y los marcos e instituciones de puesta en práctica de los derechos.

Pero, además de estos procesos desencadenados por la globalización, también estamos asistiendo a cambios muy significativos en el interior del ámbito estatal. Es evidente que se encuentran relacionados con los anteriores, pero también es cierto que, a efectos analíticos, conviene diferenciarlos. En nuestra opinión, son estas mutaciones las que están influyendo de forma más directa en los fundamentos de la relación clásica Estado-ciudadanía. Dada la complejidad de estos procesos, y con el fin de lograr la máxima claridad en nuestra exposición, nos limitaremos a dos conjuntos de fenómenos que entendemos poseen una especial significación.

El primero de ellos comprende todos aquellos cambios relacionados con la implicación ciudadana, entendida no tanto como derecho esencial sino, sobre todo, como rasgo central de la ciudadanía contemporánea. Desde hace ya tiempo, aunque con diferentes diagnósticos, los estudiosos advierten sobre la difusión de algunos síntomas que revelan una incipiente crisis de legitimidad de los sistemas democráticos contemporáneos. Sus principales síntomas son un aumento de la desconfianza frente a las principales instituciones políticas –íntimamente asociada a la percepción de altos niveles de corrupción política– así como el incremento de la desafección política, que se concreta en un mayor distanciamiento de las esferas y canales tradicionales de la participación política. Las consecuencias de estos fenómenos suscitan importantes interrogantes acerca de la solidez de los fundamentos de la representación democrática. Paralelamente, la difusión y la creciente visibilidad de nuevos actores de la política –ONGs, movimientos sociales, asociaciones transnacionales, etc.– parecen anunciar una traslación del ejercicio de los vínculos cívicos a nuevas esferas y organizaciones de la vida pública.

Pero quizá sea más relevante para nuestra investigación dar cuenta de la erosión del “pacto social” entre un Estado garante de la ciudadanía sustantiva por medio del diseño y puesta en práctica de políticas que hacen efectivo el principio de igualdad, al tiempo que contribuyen a elevar los niveles de bienestar. En este sentido, debemos mencionar muy brevemente las transformaciones que están sufriendo los distintos modelos del Estado de bienestar clásico, sometidos a profundas críti-

cas que cuestionan tanto sus fundamentos normativos como los resultados concretos de sus políticas. Ello ha producido un cambio evidente de la propia definición de los derechos sociales así como del papel del Estado como proveedor de servicios públicos. Los giros que, desde hace años, se han producido en el diseño y contenido de muchas políticas –en el terreno de la educación, la sanidad o los servicios sociales– atestiguan la magnitud de las transformaciones de la concepción y práctica del bienestar en los países europeos.<sup>12</sup>

Un último fenómeno que debe estar influyendo en la relación entre ciudadanos y Estado es el constante aumento de la desigualdad social que se observa en todos los países europeos desde hace algo más de veinte años. Se trata de un hecho que se remonta a bastante antes del inicio de la actual crisis y que comenzó a afectar a España un poco después que a las viejas democracias europeas, pero que ha adquirido en nuestro país una especial intensidad en los últimos años.<sup>13</sup>

Somos plenamente conscientes de los riesgos que implica tratar de establecer relaciones de causalidad cuando se analizan fenómenos sociales, y no es nuestra intención hacerlo aquí. Simplemente, confiamos en que nuestro análisis nos permita aventurar algunas tendencias en los cambios que, especialmente en el caso de los jóvenes, parecen estar derivando de este nuevo contexto estatal que afecta, aunque con diferentes ritmos e intensidades, a todos los estados europeos y, en particular, a España. En esta línea, existen dos cuestiones que entendemos especialmente relevantes porque indican que se está constituyendo una nueva concepción de la legitimidad estatal.

En primer lugar, existen bastantes indicios que apuntan a una pérdida de la relevancia del principio de redistribución que guiaba la política fiscal, pero también ciertas políticas sociales (rentas mínimas, vivienda, becas, etc.). Por contra, se estarían difundiendo criterios de “diferencia-

---

(12) Los análisis sobre las transformaciones del Estado de Bienestar en España son numerosos. Entre ellos, pueden destacarse los de Rodríguez Cabrero (2004), Esping Andersen (2000) y Luis Moreno (2009).

(13) De acuerdo con los resultados que presenta el informe de Cáritas España del año 2013, en España se ha producido un descenso de la renta media de un 4% desde el año 2007, mientras que en el mismo período los precios aumentaron un 10%. En el primer trimestre de 2013, más de 3 millones de personas se encontraban en situación de pobreza severa. Además, España tiene el nivel más alto de desigualdad social de todos los países de la UE ya que el 20% de la población más rica concentra 7,5 veces más riqueza que el 20% más pobre.



ción” que llevan a sustituir, o al menos a matizar, el viejo criterio de la igualdad por los nuevos del mérito y la pertenencia. Paralelamente, el objetivo ideal de la universalidad de servicios de bienestar va teniendo una importancia menor frente a una concepción de protección frente a la exclusión. Se trata, entonces, de sustituir el conjunto de ciudadanos como objetivo de las políticas sociales por la identificación de colectivos “en situación de riesgo de exclusión social” en los que focalizar las ayudas sociales.<sup>14</sup>

Toda esta serie de transformaciones han sido estudiadas ya desde hace tiempo por los especialistas en políticas sociales y en el Estado de bienestar, incluyendo también el interés por su impacto en la opinión pública. No obstante, cabe destacar que la perspectiva dominante en esta línea de investigación es la estrictamente cuantitativa. Por ello, al menos en el caso español, son escasos los estudios centrados en el modo en el que el nuevo contexto está afectando a aspectos relevantes de las culturas políticas ciudadanas; es decir, a lo que nosotros en este trabajo hemos convenido en denominar el vínculo entre los ciudadanos y el Estado.

Finalmente, tras haber considerado algunos de los cambios más significativos que entendemos están afectando al vínculo ciudadano en el plano global y en el estatal, queremos detenernos en la dimensión de los valores cívicos. En opinión de distintos autores (Schnapper 2007; Dubet 2006, 2010) es en este plano en donde se percibe de forma más clara el modo en que los nuevos contextos están provocando la desarticulación de los mecanismos tradicionales de la reproducción y de la propia integración social.

Desde hace tiempo, no sorprende la insistencia con la que algunos estudiosos advierten sobre la transformación de la naturaleza de los vínculos sociales, más allá del ámbito de la ciudadanía en sentido estricto. Una de las tesis más conocidas es la de Z. Bauman (2003) acerca del advenimiento de la “sociedad líquida” cuya principal fuerza impulsora es una creciente individualización. De acuerdo con este autor, el único

---

(14) En este punto en concreto, podemos pensar en las significativas implicaciones de los cambios de vocabulario que se han producido en las políticas sociales. En pocos años, se ha pasado de hablar de ciudadanos a usuarios o clientes de servicios o prestaciones sociales. Es decir, se ha sustituido el lenguaje de los derechos sociales por el de la lucha o las ayudas contra la exclusión o la pobreza.

valor autorreferenciado de los individuos es la necesidad de hacerse con una identidad flexible y versátil para hacer frente a las múltiples transformaciones con las que se encuentran a lo largo de sus vidas. En la sociedad líquida, las identidades cambiantes, maleables y volubles están guiadas por la búsqueda de la felicidad y la autorrealización individual, lo que difumina y disuelve el viejo sentido de pertenencia. En esta misma línea, la construcción de la propia biografía adquiere progresivamente una mayor relevancia en comparación con la lógica colectiva que guiaba los procesos de integración social que inspiran el modelo clásico de la ciudadanía.

Por otra parte, hay que tener presente la doble cara del auge de las expectativas que crea el conjunto de valores asociados con la autonomía personal, la búsqueda de la felicidad y el éxito personal. Ciertamente, disminuye el peso de las constricciones sociales –clase social, sexo, edad, etc.– en las trayectorias vitales y, por lo tanto, aumenta la libertad para tomar decisiones a la hora de construir nuestra propia vida. Pero, al mismo tiempo, crecen los viejos riesgos y surgen nuevos peligros de equivocarnos en nuestras elecciones y, en consecuencia, de “fracasar” en nuestra propia vida. Por otro lado, también se perciben otras consecuencias sociales inéditas, y no necesariamente positivas, como son las derivadas de la disolución de los vínculos familiares tradicionales (Bauman, 2005a) o de las viejas relaciones laborales (Sennett, 2000).

Íntimamente relacionado con estas preocupaciones, encontramos también un creciente interés por considerar la forma en que se desarrollan los procesos de socialización en el seno de estos contextos de creciente desinstitucionalización. F. Dubet (2010a), por ejemplo, defiende que el análisis social debe trabajar con una perspectiva que reconozca que las personas están sólo parcialmente socializadas, por lo que se enfrentan a un incesante trabajo de integración y de exclusión que llevan a cabo por medio de sus propias experiencias. Además, emplean lógicas dispares en cada uno de los ámbitos en los que transcurren sus vidas cotidianas. Eso le conduce también admitir las crecientes dificultades que tienen las instituciones sociales tradicionales dedicadas a la labor de la socialización (Dubet, 2006).

Estos nuevos interrogantes acerca de la naturaleza de las culturas ciudadanas permiten comprender la inquietud del análisis sociopolítico por verificar la permanencia de los viejos valores asociados a la ciuda-

danía. Pero también explican las razones que han llevado a muchos a tratar de constatar el surgimiento de otros nuevos que podrían dar cuenta de las tantas veces mencionada mutación en la relaciones entre el ciudadano y la esfera de lo público.<sup>15</sup> Asimismo, algunas de estas preocupaciones están presentes en trabajos que analizan el modo en que, en las sociedades actuales, se construyen y ponen en prácticas formas alternativas de la ciudadanía como pueden ser la “ciudadanía intermitente” (Norris, 2004), o la “ciudadanía de los estilos de vida”.<sup>16</sup>

## 2. La juventud y la transformación de los mecanismos de integración cívica

En esta nueva etapa en la que están inmersas las democracias capitalistas desarrolladas, muchos son los aspectos que se han transformado desde “la época dorada” del capitalismo del bienestar a la que solemos referirnos, de una forma harto simplista, como si se tratara de un horizonte normativo del que nos alejamos irremediabilmente, sin tener en cuenta los condicionamientos espacio-temporales que explican sus características. Tal y como hemos considerado en el anterior apartado, los procesos de cambio asociados a la creciente globalización, a las repercusiones de la hegemonía política e ideológica del neoliberalismo o a la redefinición de los fundamentos sobre los que se asienta la solidaridad en nuestras sociedades del bienestar están afectando de manera decisiva tanto a la vida social en su conjunto como a las propias vidas de las personas.

Los recorridos vitales de los individuos así como su relación con las instituciones y con los demás individuos siguen caminos cada vez más inciertos y difíciles de prever, aun cuando la estructura de desigualdades (socioeconómicas, educativas, de género, etc.) continúe introduciendo una serie de regularidades fácilmente perceptibles. Hemos visto

---

(15) Todo ello explica el retorno del análisis sociopolítico al viejo tema de la socialización política, o, por plantearlo con una denominación más actual, al problema de los aprendizajes de la ciudadanía (Benedicto y Morán 2007; Morán, 2003).

(16) Nos tomamos la libertad de hablar de “ciudadanía intermitente” basándonos en el análisis de P. Norris (2004), quien señala que la acción política de los jóvenes está más orientada hacia las causas concretas (“cause oriented”) que la de las generaciones de adultos (“citizen oriented”). Ello implica que fluctúan entre períodos de activismo y otros de apatía, de acuerdo con los temas que se incluyen en la agenda política. Adoptamos esta expresión de “ciudadanía de los estilos de vida” a partir de la propuesta de W.L. Bennett (1998) de hablar de una “política de los estilos de vida” (“lifestyle politics”).

también cómo la individualización y fragmentación que acompañan a estos grandes procesos de cambio han modificado los mecanismos de integración social (Bendit 2008), hasta el punto de que, en ocasiones, parece generalizarse la idea de que todo depende del individuo, de sus decisiones y de su capacidad de compaginar sus deseos y necesidades con las exigencias del sistema político-institucional. Ahora bien, los procesos de integración de las nuevas generaciones en la sociedad adulta son bastante más complejos de lo que podría deducirse de esa imagen exclusivamente centrada en la capacidad de actuar del joven, que olvida no sólo la desigual distribución de recursos y oportunidades sino también las consecuencias que se derivan del nuevo contrato intergeneracional hoy en construcción. Para avanzar con más claridad en este terreno ciertamente complicado y siempre proclive a las simplificaciones, conviene profundizar, aunque sea brevemente, sobre algunas de las cuestiones que comenzamos a perfilar en páginas anteriores. En concreto, considerar de dónde venimos, cuáles son los principios sobre los que se ha venido sustentando el modelo 'clásico' de integración cívica de los jóvenes en el capitalismo del bienestar, que hoy son puestos en cuestión por unas realidades muy diferentes a las que les dieron origen e hicieron posible su legitimación.

Recordemos que los dos principios fundamentales del modelo clásico eran la integración a través del trabajo y la constitución de un núcleo familiar propio. Es lo que podríamos denominar la integración a través de la independencia, tanto económica como personal. Los jóvenes tienen que completar con éxito su transición desde la escuela al trabajo y la emancipación del hogar paterno/materno para que puedan ser considerados adultos y, por ende, integrados en el sistema sociopolítico como ciudadanos. Este estaría formado por individuos autónomos que han alcanzado la posición social que les corresponde, de acuerdo con los mecanismos de reproducción social hegemónicos. Que la vida adulta implique también otro tipo de dependencias y restricciones a la autonomía personal no es tenido especialmente en cuenta en una concepción donde autonomía e independencia económica se identifican.

La reproducción social viene determinada por los diferentes factores de diferenciación social imperantes en la sociedad industrial, pero básicamente por dos de ellos: la clase social de origen y el género. En el capitalismo de bienestar, ambos condicionan tanto el punto de partida de la transición a la vida adulta como su propio desarrollo y la posición

de llegada. Recurriendo a la conocida metáfora de los recorridos en tren (Furlong y Cartmel 1997), podríamos decir que los jóvenes procedentes de unas y otras clases sociales, tras su estancia en un sistema escolar que en buena medida refuerza sus diferencias –tal y como Bourdieu y Passeron demostraron hace tiempo–, se suben en trenes que llevan distintos recorridos y alcanzan también estaciones diferentes. Algo similar cabe decir de las diferencias de género, si bien en este caso la situación se torna aún más compleja por cuanto a las diferencias de origen socioeconómico hay que sumar las derivadas de las expectativas socioculturales atribuidas a uno y otro género.<sup>17</sup> La posibilidad de cambiar de tren o de alterar los recorridos es escasa, aunque ello no excluya la posibilidad de cierta movilidad social, ni tampoco procesos de resistencia que de vez en cuando ponen en pie los grupos más desfavorecidos. Determinismo y seguridad aparecen como los rasgos fundamentales de un modelo de integración en el que los puntos de partida (la transición escuela-trabajo) y sobre todo de llegada (el acceso al estatus de adulto) están claramente definidos.

Las transiciones a la vida adulta se desarrollan, así, en la mayoría de los casos de acuerdo a una secuencia de eventos, lineal y previsible, en la que se inscribe la acción socializadora de las grandes instituciones de la vida social: familia, escuela y trabajo<sup>18</sup>. Estas instituciones proporcionan a los individuos unas guías de acción, unas normas y valores, que orientan su comportamiento de acuerdo con la posición social a la que se dirigen, dan sentido al recorrido que se sigue hacia la vida adulta y legitiman –individual y colectivamente– las decisiones que los jóvenes adoptan para vivir su juventud de una forma u otra. Porque no hay que olvidar que, a pesar de la determinación que introducen los factores estructurales, los recorridos vitales de los individuos siempre son el resultado de una transacción entre estructura y agencia; entre las consecuencias de la desigual distribución de recursos y oportunidades, por una parte, y, por otra, la capacidad del joven de orientar su vida en un sentido y otro.

Aunque la variabilidad de los procesos de transición siempre ha sido amplia, en función de las circunstancias vitales de los individuos y de las

---

(17) Un análisis interesante sobre la relación del género con la construcción de ciudadanía es el de Siim (2000).

(18) Para un análisis más detallado del concepto de transiciones juveniles puede consultarse Du Bois-Reymond y López Blasco (2004), EGRIS (2001), Furlong y Cartmel (1997) y López Blasco et al (2003).

estructuras sociales en las que se insertan sus trayectorias, es posible proponer un esquema dicotómico de estrategias transicionales que, según confirman los resultados de investigaciones anteriores (Benedicto 2011), dan lugar a dos conjuntos de experiencias contrapuestas, dos formas de ser joven y vivir la juventud singulares. En un extremo, estaría el modo de juventud de la postadolescencia, centrado en el alargamiento del periodo formativo a través de los estudios universitarios; en el otro, la experiencia de los jóvenes adultos basada en la incorporación al mercado de trabajo.

Para el modo de juventud de los jóvenes adultos, tal y como aquí lo definimos, la decisión de entrar en el mundo laboral constituye el paso fundamental en el proceso de transición y la experiencia que les aleja y les confronta con aquellos coetáneos que han decidido alargar su periodo formativo. Sus experiencias vitales les empujan a una cierta contradicción, ya que conforme se van integrando en el mundo laboral y adquiriendo las responsabilidades conexas se sienten cada vez más adultos, pero, al tiempo, perciben que las generaciones de más edad les relegan a una posición secundaria hasta que no completan todas las transiciones. El resultado es un grupo juvenil en el que cada vez es más difícil, sino imposible, hablar de una condición trabajadora juvenil, dada la creciente fragmentación de las biografías laborales, el escaso peso de las experiencias compartidas y la desaparición de una cultura homogeneizadora que dé sentido a una forma común de llegar a ser adulto (Walther et al. 2006).

En el extremo opuesto, se situaría el modo de juventud de la postadolescencia, basado en periodos largos de educación y formación, durante los cuales se adoptan estilos de vida y formas específicas de expresión cultural, al tiempo que se construyen ambiciosas expectativas de futuro. La imagen de la juventud como una etapa de preparación para la vida adulta es el recurso fundamental que legitima esta forma de ser joven. El esfuerzo que entraña el proceso formativo, la renuncia a lograr la independencia económica mediante la incorporación temprana al mercado de trabajo, y la aceptación de una posición de clara subordinación frente a los adultos se justifica porque al final del proceso de transición existe una perspectiva fundada de logro que, además en la mayoría de los casos, implicaría mejorar la situación social heredada de los padres. Ser joven, en este caso, significa sentar las bases del ascenso social de las nuevas generaciones y de la exitosa integración en el sistema sociopolítico al alcanzar la condición de adulto.

Cada una de estas estrategias de transición a la vida adulta (aquí convertidas en arquetipos extremos de un continuum de trayectorias) responde a diferentes necesidades funcionales del sistema de organización socioeconómico. En un caso, la reproducción de las relaciones económicas de producción a través del acceso del joven a la condición de trabajador; en el otro, la necesidad de legitimación del sistema por medio de la reproducción de las clases directivas y profesionales. Aun cuando no hay duda de que ambas estrategias resultan imprescindibles, el modo de juventud de la postadolescencia constituye el referente hegemónico de las sociedades del capitalismo del bienestar; el ideal de las clases medias profesionales, respecto al que se confrontan o cobran sentido las estrategias que adoptan el resto de clases sociales. De ahí que la mencionada promesa de ascenso social, cuyos efectos se observan con claridad entre los estudiantes universitarios, constituya el gozne sobre el que gira la dinámica intergeneracional que ha venido sustentando el modelo “clásico” de integración de los jóvenes. Formulado de una manera esquemática, esta dinámica implicaría que, mientras los jóvenes llevan adelante su proceso formativo, aceptan la condición de actores secundarios respecto a los adultos, a cambio de que durante esta etapa de preparación y espera no se les exijan más responsabilidades que las imprescindibles para la vida en comunidad, y que se creen las condiciones necesarias para que puedan vivir en mejores condiciones sociales que la generación anterior.

La relación de intercambio que vincula a los adultos con las nuevas generaciones tiene repercusión en todos los ámbitos de la vida personal y colectiva de los jóvenes. Así se explica, por ejemplo, que éstos hayan sido tradicionalmente considerados como meros aprendices de ciudadano que deben aprovechar esta etapa de su vida para aprender las normas y valores de la sociedad adulta, así como ir asumiendo las responsabilidades colectivas a la par que se convierte en un adulto independiente. El joven adquiere derechos y asume responsabilidades conforme se independiza económicamente y se emancipa familiarmente; es decir, la condición de ciudadano se alcanza con el estatus de adulto y, en consecuencia, la integración en el sistema sociopolítico.<sup>19</sup>

---

(19) Para un análisis sistemático de estos procesos de construcción de ciudadanía entre los jóvenes, puede consultarse Benedicto y Morán (2003a).

## 2.1. La quiebra del contrato intergeneracional: la ‘promesa incumplida’

Esta dinámica implícita entre generaciones ha funcionado de manera relativamente favorable en las democracias capitalistas desarrolladas mientras las condiciones sociales y económicas hicieron posible un crecimiento continuado y un nivel importante de movilidad ascendente, especialmente entre las clases medias profesionales. Sin embargo, a partir de los procesos de reestructuración económica iniciados en los años 70 y de forma más acentuada en el nuevo contexto de globalización y cambio social que se generaliza durante las últimas décadas del siglo XX en las sociedades postmodernas, las condiciones sobre las que se apoyaba el modelo de integración de los jóvenes en el sistema sociopolítico varían sensiblemente. Los procesos asociados a este nuevo contexto social y económico traen como resultado la redefinición de la juventud y de su lugar en el ciclo vital. Asistimos, así, a la emergencia de una nueva condición juvenil, expresada de forma bien visible en el denominado fenómeno del alargamiento de la juventud. Éste ha sido provocado por la ruptura de los sincronismos que daban entrada a la vida adulta y por su sustitución por un periodo de provisionalidad e indefinición tanto en el terreno socio profesional, durante el que los jóvenes se enfrentan a las nuevas condiciones de entrada en la vida activa, como en el personal en el que se ensayan nuevas formas de relación y de sociabilidad (Cavalli y Galland 1993). La prolongación de la transición escuela-trabajo, las dificultades que rodean la incorporación de los jóvenes al mercado laboral, las nuevas significaciones asociadas a la etapa juvenil y la transformación de los mecanismos de socialización predominantes favorecen la creciente diversificación de los recorridos que siguen las nuevas generaciones para llegar a la vida adulta. En una perspectiva más general, esta diversificación se ha interpretado como individualización, un concepto con el que se quiere subrayar que es el joven el que tiene que construir su propia biografía sin depender de los contextos o tradiciones establecidas (Beck y Beck-Gernstein 2002; Du Bois-Reymond y López Blasco 2004).

Alargamiento de la juventud e individualización de las biografías juveniles caracterizan esta nueva forma de ser joven, en la que las certidumbres de antaño, ancladas en la reproducción de valores, roles y estatus, se ven progresivamente sustituidas por las incertidumbres derivadas del debilitamiento de la capacidad socializadora de las instituciones y



de la necesidad de los individuos de hacerse cargo de sus propias trayectorias vitales. El resultado es que los jóvenes se ven obligados a llevar adelante un trabajo largo y difícil de construcción del “sí mismo”, que además de responder a las necesidades y deseos individuales sea compatible con las exigencias de los actores institucionales (Galland 1993). Oportunidades y riesgos se mezclan en un entorno sociocultural en el que la promesa de ascenso social que legitimaba la concepción de la juventud como una fase de espera y preparación deja paso a una etapa de experimentación y provisionalidad en la que la integración de los jóvenes se convierte en un proceso incierto e inestable.

Esta quiebra del modelo clásico de integración de los jóvenes en el sistema sociopolítico cuestiona lógicamente el contrato intergeneracional al que antes nos hemos referido, y no sin costes evidentes para los jóvenes. En efecto, el compromiso de ascenso social que justificaba la subordinación juvenil frente a los adultos se torna en una suerte de “promesa incumplida”, desde el momento en que la evolución del capitalismo globalizado introduce grandes dosis de riesgo y vulnerabilidad en unos procesos de transición que ya no siguen recorridos preestablecidos sino que discurren por trayectorias inciertas, y en muchos casos con resultados impredecibles. El periodo actual de recesión económica no hace más que confirmar la realidad de esta situación.

Esta experiencia de “promesa incumplida” constituye, a nuestro juicio, una verdadera experiencia generacional, que estructura y dota de una cierta homogeneidad las perspectivas vitales de los jóvenes actuales. Sea cual sea su situación socioeconómica, la sensación generalizada entre muchos de ellos –no van a poder mejorar la posición social conseguida por sus padres– refleja no sólo su incertidumbre ante un futuro difícil de prever con antelación, sino también una valoración real de la profunda transformación que están experimentando los fundamentos estructurales de las sociedades contemporáneas.

## **2.2. Las consecuencias de las transformaciones estructurales en la vida de los jóvenes**

Por lo que se refiere a la vida de los jóvenes, varios son los procesos clave que nos permiten hacernos una idea cabal de la naturaleza y alcance de esta transformación social. El primero al que haremos referencia es el conocido como la desestandarización de las transiciones

juveniles. Con este término, los investigadores se refieren a una tendencia observada en la mayoría de los países europeos durante las últimas décadas consistente en que las transiciones de los jóvenes habrían dejado de responder a las pautas perfectamente establecidas de los modelos estándar de acceso a la vida adulta para seguir trayectorias cada vez más complejas, individualizadas y fragmentadas. Como consecuencia, hoy en día las transiciones deberían dejar de ser pensadas como el resultado de una sucesión más o menos lineal de etapas para pasar a entenderse como la combinación cambiante y sin pautas predecibles de una serie de situaciones vitales en donde el joven se convierte en el máximo protagonista, pero a la vez en el principal responsable.<sup>20</sup>

Si en el modelo *normal* de transición imperante en las sociedades industriales mencionábamos el determinismo y la seguridad como los principales rasgos que orientaban la vida de los jóvenes en su progreso hacia la vida adulta, la situación actual de “desestandarización” estaría presidida por una dialéctica entre dos tendencias opuestas, pero igualmente importantes. Por un lado, debemos hablar de individualización y libertad, entendiendo por ello la posibilidad que tienen a través de sus decisiones, de construir sus procesos transicionales con ritmos, tiempos, direcciones y orientaciones diversas, en función de sus preferencias y necesidades, los contextos o tradiciones en los que se mueven y las presiones que reciben del entramado institucional en el que están inmersos. Aunque en ocasiones no se resalta lo suficiente, el joven en la coyuntura actual goza de unas oportunidades y de un ámbito de libertad que le permiten orientar sus proyectos vitales de acuerdo con sus aspiraciones y sus deseos, creando trayectorias de acceso a la vida adulta completamente novedosas, o que desafían las restricciones impuestas por los factores estructurales e institucionales (Machado País 2008). En el otro extremo, sin embargo, hay que hablar de riesgo y peligros de fracaso. En una sociedad en la que proliferan los riesgos (Beck 2002) la necesidad que tiene el joven de tomar decisiones aumenta la probabilidad de equivocarse y de quedar socialmente excluido.

Decidir en el terreno de la educación, el empleo, las relaciones personales o el tipo de ocio se hace especialmente complejo en un entorno en el que existe una gran pluralidad de opciones entre las que elegir. Ade-

---

(20) Un análisis más detallado de los rasgos y consecuencias de dicha desestandarización puede encontrarse en López Blasco (2004), Colley et al. (2007), Bendit y Hahn-Bleibtreu (2008).

más, hay que tener en cuenta que las lógicas y ritmos de estos distintos aspectos de la vida juvenil no siempre coinciden cuando no existe una regulación institucional que los unifique en un proceso único y homogéneo. Por otra parte, la prolongación del periodo de transición aumenta la incertidumbre y el peligro de fracaso, en tanto que se incrementa el tiempo que necesitan para ir definiendo su posición en la sociedad adulta, si es que finalmente la alcanzan de una manera estable, algo que no siempre ocurre. Finalmente, sus consecuencias sobre las perspectivas de un futuro imaginado son evidentes. Kovatcheva y Pohl resumen esta dialéctica y sus consecuencias de forma muy precisa en los siguientes términos: *"...la juventud en las sociedades europeas actuales se enfrenta a más posibilidades y mayores riesgos bajo la influencia de la globalización, que acaba con los marcadores evidentes del pasado y crea inseguridad y vulnerabilidad. En esta situación de incertidumbre y creciente individualización, los jóvenes ya no pueden vincularse a las pautas colectivas y necesitan asesoramiento y consejo que tenga en cuenta la complejidad de la vida (pos)moderna"* (2007: 32).

En los últimos años, y como reacción a la creciente popularidad de la tesis de la desestandarización de las transiciones juveniles, se ha planteado una creciente polémica entre los investigadores sobre la verdadera naturaleza y alcance de este fenómeno. Para algunos críticos con la literatura predominante, la tendencia antes comentada de diversificación e individualización de las transiciones juveniles sin que pueda ser negada sí habría sido exagerada. De acuerdo con estos autores, ciertas perspectivas postmodernas no tienen en cuenta las evidencias empíricas disponibles, según las cuales el grado de complejidad de las transiciones actuales no sería muy distinto del que predominaba en los años 50 o 60. Tampoco advierten que las biografías menos lineales no son las que corresponde a los individuos más reflexivos, sino por el contrario a los menos aventajados (Biggart et al. 2008; Furlong et al. 2006; Galland 2000).

Sin duda, la crítica a los excesos de un tipo de sociología de la juventud que ha presentado los cambios que se estaban produciendo en las transiciones juveniles como si se tratara de la sustitución de un modelo por otro es siempre beneficiosa. En efecto, muchas investigaciones que adoptan la tesis de la desestandarización de forma acrítica desconocen la existencia de múltiples situaciones intermedias. También pasan por alto la fuerza de los factores estructurales e institucionales en la orga-

nización de la vida social que hacen que el modelo *normal* de acceso a la vida adulta, a través de la independencia económica y la emancipación familiar, siga siendo predominante, aunque se haya convertido en una de las opciones existentes. Estas críticas han llevado a introducir matizaciones sobre el alcance del proceso de desestandarización. Como sostiene Du Bois-Reymond (2009), la comparación intergeneracional muestra que los recorridos vitales de los jóvenes son menos uniformes y más diversos; pero desde una perspectiva intrageneracional hay que distinguir diversas formas de desestandarización, cuya principal diferencia reside en el grado de autonomía de las personas respecto a las instituciones sociales y en su capacidad de tomar sus propias decisiones.

Estamos, sin duda, ante uno de estos debates inacabables, en los que será necesario seguir recolectando evidencias empíricas que nos permitan tener una imagen lo más fiel posible de lo que sucede en las transiciones juveniles. Pero no debemos perder de vista que, más allá de cómo se sucedan las distintas etapas o del peso que tengan en cada momento las decisiones de los actores, todas las investigaciones realizadas con jóvenes coinciden al afirmar que la experiencia de la transición se ha modificado sensiblemente. Si el punto de llegada a veces es muy parecido al que antes se alcanzaba, no lo es cómo se vive el periodo en que los jóvenes tienen que ir tomando decisiones sobre el trabajo o sobre la vida privada. Cada vez más, experimentan las transiciones como procesos intencionales (Bottrell y Armstrong 2007), incluso en aquellos casos en que las opciones entre los caminos a seguir son bastante reducidas y la capacidad de elegir entre rumbos alternativos limitada, como consecuencia de la escasez de recursos y competencias y la acumulación de una serie de desventajas. La necesidad del joven de construir su propia biografía, dotándola de una cierta continuidad y coherencia (en el plano educativo, laboral, relacional, etc.), de diseñar un plan que le proporcione oportunidades de éxito en el proceso de integración al tiempo que le aleje del fantasma de las “transiciones fallidas” (EGRIS 2001) se enfrenta, en estos momentos, con las dificultades derivadas de un entorno socioeconómico cambiante y precario, en el que los jóvenes son uno de los sectores más perjudicados.

James Côté (2013), en un reciente artículo sobre la economía política de la juventud en el que utiliza abundante evidencia empírica internacional, analiza la posición de la población juvenil en relación a los que

poseen el poder político y económico en la sociedad, esto es, los adultos. Llega a la conclusión de que se está produciendo un sistemático deterioro de su posición económica, lo que en último término le lleva a concluir que asistimos a una proletarización sistémica de la población juvenil en su conjunto. De acuerdo con los análisis recogidos por el sociólogo canadiense, entre los años 70 y 90 se habría incrementado sensiblemente la disparidad económica entre jóvenes y adultos, expresada de forma bien visible en la caída de los salarios juveniles, produciéndose como consecuencia una redistribución del bienestar en base a la edad. Así, ésta adquiere cada vez mayor importancia como base de la desigualdad socioeconómica (en detrimento incluso de la división por género), lo que justificaría su propuesta de considerar a la juventud como una clase enfrentada a los adultos. La argumentación de Côté permite también poner de relieve la responsabilidad de las políticas económicas neoliberales en la incapacidad juvenil para alcanzar una seguridad financiera y unas condiciones de empleo determinadas. Una responsabilidad que, en ocasiones, tiende a ocultarse detrás de un discurso de estrategias electivas en el que parece que todas sus decisiones están dirigidas únicamente a la búsqueda de la realización personal, sin tener en cuenta las condiciones materiales en las que viven su juventud.

El deterioro de la posición económica de los jóvenes constituye uno de los procesos clave a tener en cuenta para entender los retos a los que se enfrenta la integración de las nuevas generaciones. Y ello es así, entre otras razones, porque sus manifestaciones más evidentes en el ámbito laboral –como pueden ser las altas cifras de paro juvenil que desde los años 80 se vienen sucediendo en muchos países europeos–, tales como el retraso en la incorporación al mundo del trabajo o la precariedad de los empleos han adquirido tal importancia en la vida de los jóvenes que no es aventurado afirmar que constituyen una experiencia generacional que marca sus perspectivas vitales y les dota de una cierta homogeneidad, más allá de las inevitables diferencias derivadas de la posición respectiva en la estructura social y económica (Chauvel 2006b). El trabajo sigue ocupando un lugar central en sus recorridos vitales, aunque su significado y valor social no sean tan explícitos como lo eran en generaciones anteriores y encierren un sinfín de contradicciones. Como podrá comprobarse en los posteriores capítulos, el trabajo constituye aún hoy para los jóvenes una actividad fundamental en la aventura de la integración, pero al mismo tiempo está perdiendo rele-

vancia como valor central en sus vidas, en favor de otros aspectos como las relaciones personales, la vida social, la familia o el ocio. Trabajar en unas condiciones de remuneración y estabilidad que hagan posible la independencia y, por lo tanto, la integración sigue siendo el horizonte con el que se confrontan los jóvenes, aunque las posibilidades de alcanzarlo se hayan reducido notablemente (Tejerina et al. 2012).

Las dificultades a las que se enfrenta la gran mayoría para acceder a la esfera de la producción y las complejas condiciones con las que se encuentran quienes lo logran tienen consecuencias negativas sobre sus posibilidades de hacer realidad las dos condiciones que, como se recordará, constituían los fundamentos del modelo clásico de integración de las nuevas generaciones: una cierta independencia económica y la puesta en marcha proyectos de emancipación familiar. De la adquisición de la independencia hemos pasado a la precariedad. Una precariedad que no sólo es laboral sino que hoy día alcanza a los más diversos dominios de la vida cotidiana de los individuos jóvenes, que se desarrollan así en medio de la incertidumbre y la inestabilidad. De ahí que se haya empezado a hablar de “precariedad vital”: *“para definir una situación caracterizada por una restricción, una imposibilidad o una limitación de acceso a las condiciones, exigencias y recursos considerados como necesarios para poder desarrollar una vida autónoma. El nivel de restricción o de limitación puede tener varios grados de intensidad en relación a los recursos medios disponibles en una sociedad determinada. La precariedad es pues una categoría relacional en el doble sentido: a) por relación a la media de la sociedad, del grupo o de la categoría social estudiada; y b) por relación a los diferentes dominios de la vida”* (Fortino, Tejerina et al. 2012, p. 29).

Otro de los procesos clave a los que hay que referirse para entender las nuevas condiciones en las que tiene lugar la integración sociopolítica de los jóvenes es su creciente marginación política en las sociedades de la globalización. La gran movilización juvenil de finales de la década de los 60 y principios de los 70, que llegó a convertir a la juventud de las democracias desarrolladas en el principal agente de cambio social y político, ya no tiene su efecto dinamizador o se ha integrado institucionalmente. Por ello, las nuevas generaciones han ido perdiendo paulatinamente importancia política en unas sociedades más preocupadas por asegurar los niveles de vida que por poner en marcha proyectos de renovación político-institucional de gran alcance.

A esto hay que añadir dos datos fundamentales para acabar de entender la menor preocupación que la sociedad adulta muestra por la incorporación de los jóvenes a la vida política. Por una parte, en las décadas que cierran el siglo XX y abren el XXI las sociedades desarrolladas han experimentado un evidente envejecimiento<sup>21</sup>, por lo que la juventud ha perdido gran parte de su relevancia social y política, y el centro de gravedad de la acción política ha basculado hacia los intereses y necesidades de la población de más edad. Por otra parte, la prolongación de la transición escuela-trabajo y, en general, las condiciones de incertidumbre y fragmentación en las que se llevan adelante las transiciones a la vida adulta suponen en la mayoría de los casos un retraso evidente en la asunción de derechos y responsabilidades. En último término, todo ello obstaculiza la presencia de los jóvenes en la esfera pública y su participación en la misma como ciudadanos activos.

La extendida percepción juvenil de que la política adulta cada vez deja menos espacios para sus intereses y preocupaciones (O'Toole et al 2003) ha desembocado en el cada vez más evidente alejamiento de los jóvenes respecto a la política institucional. Todos los datos disponibles coinciden al señalar que no sólo cada vez participan menos en los partidos políticos, en los sindicatos y en otras instituciones políticas, sino que muestran unos crecientes sentimientos de desafección respecto a su labor. Aunque no pueda negarse que la política ha perdido gran parte de su relevancia y centralidad entre unos jóvenes acostumbrados a vivir el presente y obtener resultados inmediatos, ya se ha argumentado reiteradamente que, en vez de interpretar este alejamiento como reflejo de la despolitización, desinterés o alienación política de las nuevas generaciones, debe entenderse como expresión de la inadecuación de esta esfera institucional y de sus actores respecto a las necesidades, deseos y prioridades vitales de los jóvenes (Benedicto y Morán 2013).

En los últimos años, asistimos a una cierta revitalización del papel político juvenil a través de su protagonismo en movimientos de protesta de carácter global, como los denominados movimientos antiglobalización o, más recientemente, los movimientos de los indignados. A través de la acción, los jóvenes reivindican su condición de actores sociales y políticos capaces de intervenir en la marcha de los procesos colectivos.

---

(21) En España los jóvenes de 19 a 24 años representan en 2011 solo un 17,24% del total de la población, según los datos del I.N.E.

Sin embargo, con toda la importancia que este tipo de implicación activa posee para la politización de las nuevas generaciones, no está claro en qué medida logrará transformar las tendencias hoy predominantes que alejan al joven de la esfera pública y debilitan sus experiencias cívicas. Por lo menos hasta ahora, sigue siendo acertado el diagnóstico de Louis Chauvel cuando afirma que: *“el proyecto social de extensión de la democracia social, fundado sobre la extensión de derechos colectivos en el marco de la participación democrática de amplias capas de la población parece estar sufriendo un reflujo generacional (...) muy evidente cuando se analiza la forma en que las nuevas generaciones son socializadas para prefigurar el mundo del mañana”* (2006b: 14).



### 1. El juego combinado de lo macro y lo micro en los procesos de integración cívica juvenil

Todos los procesos de cambio a los que nos hemos referido en el capítulo anterior introducen grandes dosis de inestabilidad e incertidumbre en la integración de las nuevas generaciones como ciudadanos de las sociedades de la globalización. La promesa de ascenso social implícita en la idea de progreso ha dejado paso a un panorama mucho más complejo. Se detectan importantes desajustes entre las instituciones encargadas de facilitar la integración de los jóvenes y las realidades económicas y políticas sobre las que se sostienen que, tal y como hemos mostrado, se han modificado sensiblemente en las últimas décadas. Al tiempo, se consolida una sensación de frustración como consecuencia de la quiebra de las expectativas de movilidad social ascendente y la devaluación del capital humano acumulado durante la etapa formativa.

Los problemas que acarrea la desinstitucionalización de la sociedad obligan a los jóvenes a buscar caminos y soluciones entre las distintas opciones que tienen a mano. En ocasiones, la opción elegida pasa por reproducir las estrategias ya utilizadas por generaciones anteriores, aunque realizando ciertas adaptaciones a la situación en la que viven; otras veces, se opta por oponerse a lo que se consideran efectos destructivos de la globalización neoliberal y, en fin, en otras ocasiones los

jóvenes ensayan nuevas soluciones que ofrecen respuestas innovadoras a un entorno confuso. Pero en todos los casos el objetivo que se persigue es similar: desarrollar con éxito y en las mejores condiciones posibles el complejo objetivo de llegar a ser un miembro pleno de la comunidad a la que pertenecen. Al fin y al cabo, la integración siempre es una aventura, individual y colectiva, en la que cada vez hay menos certezas y más incertidumbres, y cuyos resultados no están garantizados

Las distintas respuestas que los jóvenes ponen en marcha para enfrentarse a situaciones que a veces están fuera de su control no deben ser entendidas como caminos alternativos que siguen unos y otros en función de sus desiguales recursos o de decisiones estrictamente individuales, según cuál sea el enfoque que utilicemos. Por el contrario, habría que interpretarlas como escenarios de actuación que –en su calidad de actores– manejan, combinan y se apropian en función de sus entornos vitales, de la estructura de oportunidades con la que negocian, de sus marcos de referencia internalizados, pero también de los hábitos pasados y las posibilidades futuras imaginadas que guían y dan forma a las acciones del presente. Desde esta ‘bounded agency’ (Evans 2002, 2007), los jóvenes tratan de entender el mundo que les rodea y desarrollar distintas soluciones con las que hacer frente a la incertidumbre y fragmentación provocadas por los grandes procesos de cambio asociados a la globalización y a la reconfiguración de los vínculos Estado-ciudadano que hemos analizado anteriormente.

Esta perspectiva analítica, que es la que utilizaremos en nuestra investigación, permite resolver en buena medida la contraposición entre factores estructurales e individuales que constituye desde hace tiempo uno de los principales ejes de debate dentro del campo de los estudios de juventud (Furlong 2009). Y lo hace poniendo el énfasis en el juego combinado de los procesos macro y de las acciones micro, en tanto en cuanto la integración de los jóvenes como miembros de la comunidad no se desarrolla de acuerdo con unas pautas institucionales, establecidas de manera genérica, ni tampoco es la consecuencia directa de las decisiones que adoptan los individuos en su camino hacia la vida adulta. La integración cívica se desenvuelve en cada momento histórico como el resultado de la influencia que el cambiante contexto socioeconómico y político antes analizado ejerce sobre las transiciones hacia la vida adulta y, al mismo tiempo, de la forma en que los individuos ges-

tionan los determinantes estructurales en sus vidas particulares. Lo macro se encuentra con lo micro, en el sentido de que las trayectorias que siguen los jóvenes y, en general, sus propias experiencias vitales están situadas socialmente (Evans 2007); están influidas por fenómenos como la erosión del pacto social, la crisis de legitimidad de los sistemas democráticos o la creciente desigualdad, por solo citar algunos de los rasgos que conforman hoy el contexto sociopolítico de la integración. Pero lo micro no es un mero reflejo de lo macro, es un desarrollo complejo y, en ocasiones, contradictorio de decisiones, aspiraciones individuales, valoraciones de la realidad, etc. Entender el desarrollo de lo micro es una forma de valorar la capacidad de los factores macroestructurales para llegar a la cotidianeidad, pero también una manera de comprender cómo los jóvenes traducen, interpretan y manejan el contexto de oportunidades y riesgos en el que se desarrollan sus vidas. Es en lo micro donde las paradojas del modelo se hacen evidentes, pero también donde mejor se manifiestan las lógicas juveniles a la hora de afrontar la incertidumbre y los procesos de cambio sociopolítico que condicionan su integración.

La segunda característica de la perspectiva analítica adoptada es el reconocimiento de la capacidad de los actores para reapropiarse de los significados construidos socialmente, elaborando nuevas cadenas de significación adaptadas a sus necesidades de orientación en el entorno en el que viven. Y es que los individuos necesitan encontrar un sentido al mundo que les rodea y a su propia situación, como paso previo para adoptar decisiones, optar por un camino u otro, o imaginarse una respuesta a los condicionantes que limitan su capacidad de elección. Este énfasis en los procesos de creación de sentido por parte de los sujetos es especialmente interesante en el caso de los jóvenes, por cuanto gran parte de la investigación en este campo se centra casi exclusivamente en la transición escuela-trabajo o en la salida del hogar familiar como estructuras clave de la integración, con el consiguiente énfasis tanto en los determinantes estructurales e institucionales como en las elecciones individuales, sin prestar la atención necesaria a los aspectos culturales, simbólicos, que tienen también una importancia decisiva en las vidas juveniles. No se trata de desconocer la importancia decisiva de las fuerzas que estructuran hoy los procesos de integración de las nuevas generaciones, sino de tener en cuenta lo que esta aventura de la integración significa para los jóvenes que la experimentan: qué sentido atribuyen a las condiciones de empleo que el mercado les ofrece, al

horizonte de la emancipación familiar, o a la nueva concepción del bienestar que impone la globalización neoliberal imperante.

Esta aproximación proporciona, además, una nueva perspectiva al análisis de las decisiones que adoptan los jóvenes para navegar por sus vidas individuales, unas decisiones en las que se mezclan múltiples elementos y significados, y donde se expresan las diferentes estrategias que usan los jóvenes para pertenecer. Como afirma Johanna Wyn:

*“...esta aproximación cambia el enfoque desde los puntos de transición normativa a los espacios entre estos puntos, donde familia, ocio, bienestar o el estar conectado frecuentemente dirigen el proceso de toma de decisiones. Educación y trabajo son elementos significativos de sus vidas, pero estos elementos están enmarcados por el sentido que le dan los jóvenes a quiénes son y a dónde pertenecen”* (Wyn 2013: 229)<sup>22</sup>.

### 1.1. La integración desde los propios contextos de experiencia de los jóvenes

Con esta perspectiva analítica como punto de partida, nuestra labor investigadora ha tenido como objetivo profundizar en el conocimiento de los procesos de integración cívica de las nuevas generaciones desde sus propios contextos de experiencia; es decir, cómo interpretan, se plantean o se imaginan la aventura de la integración desde las categorías que organizan su experiencia, según la situación en la que se encuentran y las expectativas de futuro que orientan su acción.<sup>23</sup> En palabras de Daniel Cefaï: *“...los contextos de experiencia no son reductibles mediante razonamientos estructurales o económicos: deben ser descritos y comprendidos en sí mismos y es desde ahí que deben emerger tentativas de explicación e interpretación.”* (2011: 140). Por eso habrá que comenzar por intentar comprender la problemática y las contra-

---

(22) La socióloga australiana J. Wyn propone utilizar la idea de “pertenencia” para comprender mejor cómo se desarrolla hoy la vida de los jóvenes, sustituyendo la primacía del enfoque de las transiciones por un enfoque en el que la prioridad se sitúe en analizar las pautas de pertenencia.

(23) Para un análisis muy interesante de la importancia que las expectativas de futuro tienen en la acción de los individuos en múltiples campos y el carácter ficcional que tienen estas expectativas, véase el artículo de J. Beckert (2013). Para Beckert la toma de decisiones de los actores racionales, a pesar de la incertidumbre inherente a la situación, está anclada en ficciones que se definen como imaginarios de una situación futura del mundo o del curso de los acontecimientos que son accesibles cognitivamente en el presente a través de representaciones mentales (historias, discursos, etc.).

dicciones a las que se enfrentan los jóvenes: ¿qué consideran que tienen que hacer para lograr la integración y cómo lo valoran desde su propia experiencia biográfica? A partir de aquí, estaremos en mejor disposición para analizar los marcos de interpretación que utilizan para dar sentido y evaluar la realidad en la que están insertos.

Desde los discursos y narraciones de los jóvenes podremos captar la repercusión de los procesos de transformación de los vínculos cívicos en sus concepciones y valoraciones sobre el sistema sociopolítico; es decir, en última instancia el apoyo y legitimidad que le otorgan. Pero, al mismo tiempo, se está en disposición de desentrañar qué carácter toma la integración en el desarrollo biográfico de los jóvenes. Nuevamente, lo macro y lo micro se combinan en un proceso siempre complejo, pero más aún cuando se desarrolla en tiempos confusos e inestables como los actuales. Este conjunto de reflexiones y planteamientos explica y justifica el tipo de investigación que hemos llevado adelante, cuyos resultados se discuten en los capítulos posteriores. En concreto, hemos diseñado una investigación empírica dirigida a analizar los procesos a través de los cuales los jóvenes confieren sentido al mundo al que pertenecen y a su propia situación como individuos que tratan de encontrar su camino hacia la integración como miembros plenos de la comunidad.

Uno de los problemas con los que se enfrentan este tipo de investigaciones cualitativas basadas en las interpretaciones subjetivas de los protagonistas es reducir la variabilidad interna de la población a estudio y sus múltiples expresiones individuales. Por ello, muy a menudo se opta por diseñar, a partir de lo que dicen los sujetos, unas pautas típicas que tratan de *normalizar* procesos inevitablemente atravesados por líneas de desigualdad social y por la dispar distribución de oportunidades y recursos. Frente a esta estrategia que plantea dificultades en un entorno como el actual en el que los jóvenes priman las lógicas combinatorias frente a las lógicas excluyentes,<sup>24</sup> hemos adoptado otra estrategia investigadora que consideramos más productiva. En concreto, nos hemos centrado en analizar aquellos procesos que cuentan con mayor relevancia social, en tanto en cuanto involucran a aquellos sectores sociales que se consideran claves en la propia legitimación del

---

(24) Para una explicación más detallada de esta tendencia de los jóvenes a moverse en varios mundos a la vez, aplicada al tema de las culturas políticas, véase Benedicto (2013).

sistema sociopolítico. Es por esto que nuestra investigación se ha centrado en trabajar con jóvenes de clase media con alto nivel formativo, los cuales tradicionalmente han representado el modelo hegemónico de integración en las sociedades del bienestar.

En el próximo apartado justificaremos en más detalle la pertinencia de la elección del grupo de estudio; ahora sólo querríamos precisar que cualquier investigación que concierna a las clases medias debe tener en cuenta el actual debate sobre su pérdida de significación económica, política y social. En efecto, desde hace unos diez años, una serie de sociólogos, sobre todo europeos, sostienen que en nuestras sociedades del bienestar está produciéndose un rápido declive de las clases medias, de su poder económico, de su prestigio social y de su influencia política. Es lo que se conoce como el fenómeno del “desclasamiento” (Peugny 2009; Gaggi y Narduzzi 2008, Chauvel 2006). Este declive se habría producido básicamente a causa del “*décalage*” entre la formación cada vez más abundante de las nuevas generaciones y la reducción de las oportunidades de movilidad social que ofrecen unas sociedades donde proliferan los riesgos. Este desajuste afecta de manera muy sensible a las nuevas generaciones de las clases medias que ven cómo su capital humano –esto es, su elevadas credenciales educativas– sufre un evidente proceso de devaluación, sin poderles asegurar una exitosa transición al mercado de trabajo y cómo la promesa de ascenso social que justificaba el tiempo invertido en la formación no sólo no se materializa sino que ni siquiera se logra alcanzar el mismo estatus que la generación progenitora.

Si el fenómeno del desclasamiento supone una amenaza de primer orden para la estrategia de reproducción de las clases medias en nuestras sociedades del bienestar, en estos últimos años surge un problema aún mayor debido a los efectos de la crisis económica iniciada a finales de la década anterior. En efecto, las clases medias que tradicionalmente han sido las grandes beneficiarias del modelo del capitalismo del bienestar –de ahí que también fueran su principal apoyo– habían logrado hasta ahora no verse especialmente afectadas en las crisis anteriores. Según demuestran varias investigaciones, los principales recortes económicos se concentraron en aquellos servicios y programas de bienestar más utilizados por los sectores sociales con menor poder adquisitivo, mientras que los más utilizados por las clases medias no solo experimentaron recortes sino que incluso terminaron fortaleciéndose

(Gal 1998). Pues bien, en esta ocasión, la recesión económica y la política de recortes han afectado de manera muy directa a las clases medias, a su posición económica y, en general, a sus condiciones de vida. Los contextos de experiencia y los marcos interpretativos de nuestros jóvenes universitarios no pueden entenderse en toda su singularidad sin tener en cuenta la intensidad de esta situación que condiciona sin duda sus discursos, narraciones, expectativas, etc.

## **1.2. Los riesgos de trabajar en un contexto de crisis**

Sería ingenuo no ponderar adecuadamente que nuestra investigación se ha llevado a cabo cuando todavía se mantienen vivos los debates sobre la naturaleza de la crisis global –¿financiera, económica, sistémica?– que está afectando con especial virulencia al mundo occidental desde el año 2008. Una crisis cuyo final todavía no parece cercano y cuyo impacto no estamos aún en condiciones de valorar en toda su extensión. Por ello, en nuestro trabajo de campo el entorno de problemas económicos y sociales ha estado siempre presente, tanto en las entrevistas en profundidad como en las cartas que escriben los jóvenes. Simplemente, debemos admitir que es un marco de referencia omnipresente en el que ellos mismos inscriben sus experiencias, constriñe sus expectativas y condiciona sus interpretaciones. Por ello, aunque el objeto de nuestro trabajo no sea estudiar la influencia de la crisis sobre los jóvenes españoles, no podemos obviarla. Reconocer este hecho nos obliga a realizar una advertencia inicial que nos hemos esforzado por tener presente a lo largo de todo el análisis: las “consecuencias contradictorias” de la crisis en los discursos de los ciudadanos en general, y de los jóvenes en particular.

Al considerar, hace ya años, las contradicciones del Estado de Bienestar, C. Offe (1990) defendía que el análisis sociopolítico debía privilegiar el estudio de los períodos de crisis. Ello se justificaba, en su opinión, porque constituían momentos en los que afloraban y se hacían mucho más visibles las inconsistencias, disfuncionalidades y, en suma, las contradicciones de las bases y de las lógicas de funcionamiento de las instituciones sociales y políticas. Ello es cierto también para el caso que nos ha ocupado en nuestra investigación. La crisis exacerba y magnifica los procesos de transformación de los vínculos ciudadanos y de los modelos de integración que subyacían a la concepción clásica. No sólo se perciben de forma más nítida las limitaciones e inconsistencias

de los discursos de legitimación del sistema político que se producen y transmiten “desde arriba” –por parte de las élites y de los medios de comunicación–, sino que también afloran las contradicciones de las lógicas que inspiran las políticas públicas. En este sentido, nos permite observar de forma más clara las transformaciones de los vínculos cívicos y de los procesos de integración social.

No obstante, al mismo tiempo, la intensidad y dureza de la crisis también tienen un efecto contrario, que afecta especialmente a los discursos “desde abajo”; aquéllos que expresan los ciudadanos, que constituyen nuestra principal fuente de información y, en definitiva, el centro de nuestro trabajo. Nos referimos, concretamente, a la tendencia a la simplificación y esquematización de los discursos y de los argumentos a través de los que éstos se expresan. Este hecho da lugar a dos peligros que hemos tratado de no olvidar en ningún momento. En primer lugar, la urgencia e inmediatez de los discursos –teñidos muchas veces por la desesperación– dificultan poder distinguir entre los procesos a largo plazo que son debidos a la nueva etapa en la que han entrado las sociedades capitalistas, y los efectos a corto plazo que debemos entender como cambios que resultan directamente de la propia crisis. Todo parece haberse acelerado tanto que, situados al “borde del precipicio”, es casi imposible tomar distancia e introducir matizaciones en los diagnósticos, discursos y expectativas.

En segundo lugar, aunque estrechamente vinculado con lo anterior, se hace más complejo captar las contradicciones de las representaciones del vínculo cívico y también de los comportamientos que se derivan del mismo. Cuando se percibe el peligro de la destrucción de todo aquello que se daba por descontado –ya sea la integración en el mercado de trabajo, o bien el acceso a la sanidad o a la educación–, tienden a borrarse las gradaciones en los discursos y a ocultarse las inconsistencias y variaciones en las estrategias por medio de las cuales los jóvenes se enfrentan a sus procesos de integración cívica y, en suma, de construcción de ciudadanía. Unas contradicciones que, como sabemos ya desde hace tiempo, caracterizan las transiciones de los jóvenes hacia la edad adulta y, en especial, las de los jóvenes de clase media. Por ello, se corre el riesgo de pasar por alto unos dobles juegos y discordancias que consideramos centrales para comprender lo que algunos autores denominan la “cultura política en la práctica” (Swidler 1986).



## 2. El diseño metodológico de la investigación

Una vez que hemos justificado la pertinencia de analizar empíricamente la integración cívica de los jóvenes desde sus contextos de experiencia, estamos en disposición de detallar cómo hemos llevado a cabo la investigación, que elecciones metodológicas hemos realizado y que técnicas hemos utilizado para poder comprender mejor cómo los jóvenes con los que hemos trabajado dotan de sentido, interpretan y evalúan tanto la situación en la que viven como el mundo que les rodea y en el que están integrándose. Toda esta información la hemos estructurado alrededor de tres preguntas que creemos resumen las características básicas del diseño de nuestra investigación.

### 2.1. ¿Con quién trabajamos? La elección del grupo de estudio

A la hora de definir nuestro grupo de estudio, optamos por trabajar con jóvenes universitarios, con edades comprendidas entre los 24 y los 30 años. Es decir, hemos llevado a cabo nuestro trabajo de campo con jóvenes de ambos sexos que en su gran mayoría poseen la nacionalidad española, aunque hemos incluido algún caso de hijo/a de inmigrante o de miembro de la Unión Europea. En consecuencia, se trata de jóvenes-adultos que se encuentran finalizando sus estudios de grado o realizando sus estudios de postgrado (máster o doctorado), que están buscando su primer empleo, o que han logrado insertarse en el mercado de trabajo, aunque en condiciones muy dispares. Como tendremos ocasión de comprobar en el siguiente apartado en el que presentaremos de forma más detallada las características de nuestro trabajo de campo, además del sexo, la variable primordial que hemos manejado a la hora de identificar distintos perfiles ha sido precisamente su situación con respecto al mercado de trabajo: a las puertas del momento en el que tratarán de incorporarse en el mismo, enfrentándose a las dificultades para hacerlo, o ya insertos en él.

El principal motivo que nos ha llevado a centrarnos en este grupo es que consideramos que ello nos permitía identificar a una gran mayoría de jóvenes de clase media y media-alta de forma más precisa de lo que hubiéramos logrado empleando otras posibles variables (lugar de residencia, profesión del padre/madre, nivel de ingresos de la familia de origen etc.). Estamos convencidos de que se trata de un grupo clave para los objetivos de nuestra investigación por diversas razones. En primer lugar,

entendemos que las clases medias han constituido, al menos hasta la fecha, el grupo social en donde ha operado de forma más clara un pacto generacional muy particular que se establece entre padres e hijos. Su característica más distintiva es haber asumido la extensión e intensificación del apoyo familiar necesario para la formación de las nuevas generaciones. Se acepta, por consiguiente, la dilatación de las situaciones de dependencia o semidependencia de los jóvenes en la medida en que se tiene la certeza de que la inversión en sus estudios les asegura mejores condiciones para ingresar en el mercado de trabajo, el éxito profesional y la realización de sus aspiraciones personales<sup>25</sup>. Un importante presupuesto implícito en el pacto es que todos estos esfuerzos garantizarán que los hijos conseguirán una realización personal y profesional superior –o al menos igual– a las de los padres y, en consecuencia, niveles altos de bienestar. Por lo tanto, en el contexto de cambios e incertidumbre en el que nos encontramos es un grupo esencial para percibir los cambios que se han producido en este pacto generacional y para constatar el impacto de las “promesas incumplidas” entre los más jóvenes.

Por otro lado, tal y como hemos visto en la primera parte de este mismo capítulo, hemos tomado en cuenta la centralidad de las clases medias en el modelo clásico del Estado del bienestar. De hecho, constituyen el principal grupo que lo ha sustentado a través de los impuestos sobre las rentas del trabajo, pero ha sido igualmente un importante beneficiario de algunas de las políticas sociales más relevantes: educación, sanidad y pensiones. Por ello, los estudiosos de la actual coyuntura socioeconómica advierten de que están siendo especialmente afectadas por la crisis. Al margen de este impacto –que, conviene recordar, no constituye el objetivo central de nuestro trabajo pero sí un contexto imposible de pasar por alto–, trabajar sobre las clases medias nos sitúa en una posición privilegiada para captar los cambios que, desde hace ya algún tiempo, parecen estar afectando a los lazos entre los ciudadanos y el sistema político. Finalmente, existe un último motivo que justifica nuestra decisión de limitarnos al análisis de los jóvenes universitarios. Se trata, evidentemente, de personas con niveles muy altos de formación y por lo tanto debemos dar por sentado que poseen altas capacidades para adaptarse, resistir o innovar frente a los cambios que se están produciendo en su entorno.

---

(25) Los Informes Juventud en España del INJUVE (2004, 2008 y 2012) son una excelente fuente para comprobar las características y evolución de este pacto.

Aun así, a lo largo de nuestro trabajo hemos procurado tener siempre presentes los riesgos que conlleva habernos circunscrito a estos jóvenes. Ante todo, aunque tienen un peso muy significativo entre sus coetáneos<sup>26</sup>, las experiencias de sus procesos de integración cívica son muy distintas a las de los otros jóvenes, por lo que debemos ser extremadamente cuidadosos a la hora de pretender generalizar los resultados de nuestro análisis. Pero, además, tal y como se tendrá ocasión de comprobar en los posteriores capítulos, existen diferencias significativas en sus propios procesos de integración. Éstas responden sólo en parte a las elecciones que han tomado cada uno de ellos: carrera en la universidad, formación complementaria, quedarse en España o irse al extranjero... El sexo, la situación familiar o el lugar de residencia siguen siendo dimensiones relevantes de unos marcos estructurales que constriñen el abanico de posibilidades con que se encuentran los jóvenes a la hora de construir sus propias biografías.

## **2.2. ¿Qué hemos querido captar?: los discursos y narraciones de los jóvenes**

Trabajamos, pues, con unos jóvenes adultos que se encuentran en unas fases claves de sus tránsitos hacia la plena vida adulta, que están teniendo lugar en unas coyunturas económicas, políticas y sociales marcadas por ritmos de cambio muy notables. Pero, sobre todo, están inmersos en unos contextos en los que aumentan los riesgos y, sobre todo, predomina la incertidumbre acerca del futuro cercano de algunos de los rasgos de nuestras sociedades contemporáneas que, hasta hace poco, se consideraban inalterables, se daban por descontados. Recordemos que este tipo de situaciones –las que Swidler (2003) denomina “tiempos inestables”– constituyen momentos en los que los actores se ven forzados a reorganizar los marcos culturales por medio de los cuales atribuyen significados a la realidad que los rodea. Son ocasiones, por seguir empleando el vocabulario de esta misma autora, en las que las viejas “cajas de herramientas” (Swidler 1986) se reorganizan. Para poder comprender lo que está sucediendo en torno a ellos, para entender la quiebra de las promesas hechas por las generaciones adultas, y

---

(26) De acuerdo con los datos de Ministerio de Educación, en el año 2011 en España el 44,1% de las mujeres de entre 25 y 34 años poseía un título de educación superior (incluyendo máster y doctorado). En el caso de los varones del mismo grupo de edad, la cifra desciende al 34,4%. (Ministerio de Educación. Datos y cifras del sistema universitario español (<http://www.mecd.gob.es/educacion-mecd/areas-educacion/universidades/estadisticas-informes/datos-cifras.html>)).

para redefinir sus estrategias de acción, nuestros jóvenes tienen que seguir utilizando algunas viejas herramientas, desechar otras que ya no les sirven, pero también deben recurrir a otras nuevas.

El análisis de estos procesos a través de los cuales los jóvenes se esfuerzan por conferir significado al mundo que les rodea y, al tiempo, a su propia situación dentro del mismo constituye el objetivo último de nuestro trabajo. Pero para poder trabajar sobre un fenómeno tan complejo, hemos identificado tres dimensiones distintas que, aunque se encuentran estrechamente vinculadas en la realidad, conviene diferenciar analíticamente:

1. En primer lugar, hemos tratado de estudiar el modo en que los jóvenes viven, entienden y se representan las constricciones, pero también las oportunidades, que les proporciona este entorno cambiante, adaptándolas a sus necesidades y a sus demandas. Ello nos ha llevado a hacer hincapié en los desconciertos, incomprensiones y contradicciones que, inevitablemente, tienen que generarse en estos tiempos inciertos.
2. A partir de esta atribución de significados, y siempre basándonos en las propias experiencias de los jóvenes, nos hemos preguntado por cómo adaptan o redefinen sus expectativas vitales. Por consiguiente, hemos retomado la tesis de la relevancia de la construcción de las propias biografías en las sociedades contemporáneas, considerando el modo en que dicha elaboración tiene lugar en un momento especialmente clave de su curso vital. Así, nos hemos esforzado por analizar las distintas estrategias mediante las cuales estos jóvenes tratan de resolver las contradicciones, las disonancias, que se producen entre lo esperado y lo percibido.
3. Por último, a través de sus discursos hemos buscado identificar los principales rasgos del modo en que entienden los fundamentos de su vinculación con su comunidad de pertenencia; aquellos que en el capítulo anterior hemos denominado los vínculos cívicos. En este contexto de cambios e incertidumbres, hemos querido estudiar el impacto de los discursos “desde arriba” –los que transmiten las élites y los expertos, a través de los medios de comunicación– sobre la concepción de la propia realidad de la ciudadanía tal y como ésta es expresada por los propios ciudadanos. Este tercer objetivo de nues-

tro trabajo nos sitúa en un campo de análisis muy trabajado desde un punto de vista normativo, pero muy poco abordado desde una perspectiva aplicada: la reflexión sobre el cambio de los valores cívicos y de los criterios asociados al disfrute de derechos y el ejercicio de deberes ciudadanos.

Tras haber concretado las tres dimensiones de nuestro trabajo, nos enfrentamos a la tarea de establecer las estrategias de análisis. Y para ello, optamos por centrarnos en los discursos y narraciones producidos por estos mismos jóvenes. Dos fueron las principales razones que nos llevaron a dicha elección. La primera de ellas es que nos interesaba estudiar a los jóvenes como protagonistas de sus propias vidas; y ello nos obligaba no sólo a oírles, sino también a darles voz. En segundo lugar, trabajar con estas narraciones y discursos significaba apostar por una sociología aplicada para el análisis de las “culturas políticas en la práctica”, una línea de investigación que nos resulta especialmente interesante (Fernández de Mosteyrín y Morán 2013). De aquí que, antes de exponer las técnicas de análisis que hemos empleado, consideremos conveniente hacer una brevísima referencia a algunas cuestiones teórico-metodológicas que subyacen a nuestra estrategia de análisis.

A lo largo de los últimos veinte años, el análisis sociopolítico ha visto como aumentaba el interés por estudiar la cultura “en acción”, un movimiento impulsado entre otros factores por la constatación del agotamiento de los estudios clásicos de cultura política (Morán 2010). A pesar de que se trata de un terreno de estudio que avanza con muchas dificultades, se han publicado un conjunto notable de investigaciones empíricas en las que los discursos públicos constituyen una pieza clave del análisis. El sesgo lingüístico que imprimió el “giro cultural” (Bonnell y Hunt 1999) al análisis social explica la relevancia que se concede a los actos de comunicación, a la producción de distintos tipos de textos por parte de los actores sociales como medio de conferir significados al mundo que les rodea y de establecer sus líneas de acción, y, finalmente, a la relación entre textos y contextos. En definitiva, a pesar de las matizaciones que han introducido los trabajos más recientes a lo que entienden como una concepción excesivamente simplista de la naturaleza lingüística de la vida social, el estudio de los textos sigue ocupando un lugar central para el análisis. Y, a partir de ahí, se diferencian diversos tipos de textos –escritos, hablados, visuales, sonoros, etc.– pero, sobre todo, se distinguen las narraciones –en las que los acontecimien-

tos están organizados en una secuencia y configurados en una trama- y los discursos -que son textos expresados en público y que, por lo tanto, presuponen la existencia de una audiencia-. Este tipo de consideraciones se ha plasmado en un buen número de estudios aplicados sobre los discursos producidos por las élites y los expertos -“desde arriba”-, las mediaciones que llevan a cabo los medios de comunicación a la hora de reproducirlos transmitirlos y, finalmente los discursos de los ciudadanos -“desde abajo”-. Las propuestas más innovadoras, a nuestro juicio, son aquellas que se centran en el análisis de estos últimos, prestando atención al modo en que los actores sociales reciben y procesan estos discursos hegemónicos, pero también a las formas de resistencia e innovación que generan.

Tomando en cuenta estas consideraciones teórico-metodológicas, los tres objetivos que nos marcamos en nuestro trabajo se han concretado en un doble nivel de análisis:

- a) En primer lugar, hemos tratado de generar discursos en los que los jóvenes, a partir de sus propias experiencias de vida, reflexionaran y atribuyeran sentido a las bases del sistema sociopolítico; o, por plantearlo con una expresión más general, al ámbito de lo público. Para ello, hemos analizado sus reacciones frente a los discursos oficiales; es decir, el modo en que elaboran sus respuestas frente a los discursos hegemónicos de las élites y los expertos sobre algunas cuestiones centrales para la vida en común. Hemos querido captar, en definitiva, algunos de los marcos de significado que operan en la opinión pública; en nuestro caso, entre los jóvenes. Así pues, hemos trabajado con una concepción de discursos como textos simbólicos enraizados en el contexto social en el que operan, prestando una especial atención al papel de las mediaciones y al modo en que se formulan las resistencias, las reapropiaciones y las innovaciones en los discursos elaborados por los propios jóvenes.
- b) En segundo lugar, nos hemos propuesto aprehender las aspiraciones de los propios jóvenes y los ajustes y cambios de sus expectativas en el momento en que éstos se enfrentan a los diagnósticos sobre la realidad que les rodea. Ello ha supuesto profundizar en la construcción de sus propias expectativas pero, además, introducir en el estudio la idea de reflexividad: de unos sujetos que reflexionan sobre sus propias experiencias y sus situaciones vitales. Al mismo

tiempo, nos ha interesado entender el modo en que elaboran y se representan sus visiones de futuro.

Cabe recordar muy brevemente la enorme complejidad que subyace tras un acto aparentemente tan simple y habitual como imaginar el futuro, así como la relevancia para el análisis social. En un reciente trabajo, Travory y Eliasoph (2013) afirman que la interacción social está indisolublemente unida a la anticipación y coordinación de futuros de todos aquellos que participan en ella. De aquí que el estudio de la elaboración del futuro –“*futuremaking*”– constituya un modo de aproximarse a una cuestión central para el análisis social: la conexión entre el nivel micro, la interacción social, y el nivel macro institucional e histórico. La puesta en escena y la redefinición del futuro constituyen una actividad permanente que posee, además, una dimensión colectiva en la medida en que tiene lugar en las interacciones y por medio de la coordinación con otras personas. Se trata de una actividad compleja, en la que los sujetos recurren a estrategias de anticipación, a trayectorias conocidas y también a lo que los autores denominan panoramas naturalizados. En todo caso, lo que nos interesa subrayar es que esta dimensión de proyectar las acciones y trayectorias en el futuro constituye una pieza central de la propia construcción de las trayectorias vitales de los sujetos. Y además, al hacerlo, los actores tienen que poner en práctica sus marcos culturales, recurriendo a los viejos y nuevos instrumentos que encuentran en sus “cajas de herramientas”.

### **2.3. La elección de las técnicas para recoger los discursos y narraciones de los jóvenes**

Optar por trabajar sobre distintos tipos de textos producidos por los jóvenes conlleva inevitablemente enfrentarse a un nuevo problema: la elección de las técnicas más adecuadas para recoger estos discursos y narraciones. Es evidente que en este campo el recurso a las técnicas de análisis cualitativo se suele dar por descontado; pero también es cierto que no se puede hablar de un consenso acerca de las técnicas más adecuadas para captarlos. Por el contrario, lo que parece predominar en el nuevo análisis cultural es el pragmatismo: una vez definida la perspectiva de análisis y el estudio de caso, se recurre a todo tipo de fuentes secundarias disponibles y se completa la información mediante el empleo de alguna de las técnicas más tradicionales de la sociología cuali-

tativa: grupos de discusión, entrevistas en profundidad o técnicas de tipo etnográfico.

En nuestro caso, comenzamos por descartar la realización de grupos de discusión por distintos motivos. En primer lugar, porque consideramos que no se trataba de la técnica más adecuada para captar la dimensión biográfica y de experiencias individuales que nos interesaba. Pero, además, porque nuestro objetivo no era el análisis de cómo se generan en los grupos discursos colectivos, alcanzando consensos mediante el debate, sino que nos queríamos resaltar las diferencias: la diversidad de interpretaciones y de estrategias de integración cívica de los jóvenes. Entendimos que ello haría posible que se hicieran visibles las matizaciones, desconciertos y contradicciones en sus discursos. Finalmente, temíamos que la omnipresente referencia al impacto de la crisis que planeó sobre todo nuestro trabajo de campo pudiera llegar a afectar a los grupos de discusión, hasta el punto de acabar generando discursos plagados de tópicos y excesivamente radicalizados.

Por todo ello, elegimos generar discursos y narraciones mediante la realización de entrevistas en profundidad y, al tiempo, poner en práctica un experimento de elaboración de un texto por parte de los jóvenes. A continuación, pasamos a exponer muy brevemente las principales características de cada una de estas técnicas.

1. Las entrevistas en profundidad fueron concebidas con un doble objetivo. Por un lado, se pedía a los jóvenes que relataran su biografía, su situación actual y sus expectativas. Por otro, se trataba de suscitar discursos sobre su concepción del sistema sociopolítico, empleando información externa sobre cuestiones relacionadas con los fundamentos de las políticas públicas y de los servicios de bienestar, que nos permitieran captar el modo en el que conciben los vínculos entre los ciudadanos y el ámbito de lo público. En definitiva, hemos situado a estos jóvenes frente a las narrativas hegemónicas con el fin de suscitar su reflexión y lograr un posicionamiento sobre las bases del sistema sociopolítico. Tenemos que reconocer que muchos de ellos nunca habían pensado sobre estos temas y, puesto que se veían forzados a hacer una introspección individual y colectiva, en la mayoría de los casos les resultó complejo, frustrante e incluso doloroso.



Las entrevistas buscaban conectar los discursos basados en las experiencias personales –expresados en primera persona del singular– con discursos colectivos en los que pudiera surgir un “nosotros común” como jóvenes y como ciudadanos. El recurso a noticias difundidas por los medios de comunicación es una estrategia ya utilizada por W. Gamson en su conocida obra “Talking Politics” (1992). Aunque este autor la aplicó en grupos de discusión, su objetivo fue similar al que nosotros hemos buscado en las entrevistas: enfrentar a los sujetos a las interpretaciones “hegemónicas” transmitidas por los medios de comunicación para provocar sus respuestas. Al mismo tiempo, esta estrategia nos parecía idónea para poner en práctica la siguiente máxima: la cultura debe estar siempre “situada”; es decir, debe aprehenderse en procesos sociales que ocurren en contextos específicos (Silbey 2010). Finalmente, nos inspiramos también en el modo en que Swidler (2003) emplea materiales muy diversos en sus entrevistas con el propósito de explorar cómo funciona “de facto” la cultura cuando las personas la llevan al centro de sus experiencias cotidianas y el modo en que la conectan con la resolución de problemas concretos y, eventualmente, la ponen en relación con estrategias de acción.

El guión de las entrevistas se dividió en dos partes. En la primera se buscaba que el entrevistado/a relatara algunos aspectos de su propia biografía: su origen social, los estudios realizados, su experiencia laboral y, finalmente, su experiencia participativa. En la segunda parte, se presentaron noticias sobre diversos temas, comenzando por aquellas que trataban cuestiones que el entrevistador entendía que estaban más cercanas a sus experiencias. No se trató nunca de agotar todas las cuestiones incluidas en el guión, puesto que no nos interesaba el grado de conocimiento o la valoración sobre ciertas políticas públicas, sino, como hemos argumentado en páginas anteriores, captar elementos clave de sus discursos. En cierta medida, la idea guía de esta parte de la entrevista era ir saturando la información sobre las distintas dimensiones de nuestro análisis.

Por lo que se refiere a las noticias empleadas, se eligieron cuestiones que hubieran generado polémica en la opinión pública y que, por lo tanto, previsiblemente eran conocidas por los entrevistados, aunque no se limitaran a temas estrictamente juveniles. En concreto, se emplearon noticias sobre educación (becas y tasas universitarias), mercado laboral (ofertas de empleo a parados), sanidad (cobertura a jóvenes no in-

sertos en el mercado laboral y a inmigrantes sin trabajo o sin papeles) y servicios públicos (privatización de servicios públicos, cierre de televisiones autonómicas).

Por último, la entrevista se cerraba volviendo a la propia experiencia personal. Como colofón, se trataba de suscitar la reflexión de los entrevistados sobre su concepción del futuro cercano: su propia vida en el plazo de diez años en comparación con la de sus padres, y el futuro de la sociedad en general.

2. En segundo lugar, pusimos en práctica un “experimento textual” con jóvenes que estaban cursando el último año de sus estudios de grado o estudios de postgrado (máster o doctorado). Con ello, se trataba de provocar un ejercicio de introspección y reflexividad por medio del relato de sus propias experiencias y aspiraciones recurriendo al género epistolar. El empleo de cartas en el análisis sociológico forma parte de nuestra tradición clásica de estudio (Lewis 2013), pero es cierto que han sido utilizadas como fuentes sobre todo por los antropólogos y los historiadores. Por ello, se han empleado tradicionalmente para analizar los relatos –“*storytelling*”– en el pasado y no tanto como imaginación de futuro. En este sentido, nos arriesgamos a adentrarnos en un terreno muy poco explorado (Crow y Lyon 2010). Aun así, hemos seguido el ejemplo de algunas propuestas innovadoras en las que se trabaja con los textos escritos por personas –informantes clave– a las que se les ha solicitado que elaboren cuadernos de campo o diarios en los que relatan sus experiencias (Watkins y Swidler 2009).

Las narraciones fueron obtenidas a través de este “experimento textual” en el cual se invitó a los jóvenes a redactar una carta dirigida a un destinatario de su elección, cuya temática podía ser libre pero atravesada por dos cuestiones: “¿cómo te va la vida?” y “¿qué planes tienes de futuro?” En rigor, se trata de un tema habitual en el género epistolar y es en este sentido en que se trató de capturar sus expectativas, situación actual, sueños de futuro y estrategias para lograrlos. En tanto “narrativas biográficas” tiene una limitación importante que se deriva del propio género. La carta posee un formato bastante rígido que influye en su contenido y la forma de expresarlo. Además, dimos por sentado que, a pesar de que en la actualidad los jóvenes no utilizan casi nunca el género epistolar, conocían bien las normas del género. Ello se confir-

mó puesto que, en contra de lo que podría pensarse, la gran mayoría de las cartas están muy bien escritas.

Pero quizá el principal escollo al que nos enfrentamos, en nuestro caso, se trata de cartas ficticias puesto que se pidió a los estudiantes que las redactaran simulando dirigirse a una persona real (un amigo o familiar al que hace tiempo que no se ve). En este sentido, somos conscientes de haber manipulado uno de los elementos fundamentales del género epistolar: su privacidad. A pesar de que las cartas fueron “anonimizadas”, es evidente que nuestros jóvenes las escribieron asumiendo que había una audiencia externa y, además, que era investigadora. Aun así, sorprende la espontaneidad y en algunas casos la profundidad, con la que expresan sus sentimientos, miedos y esperanzas.

Todos estos problemas nos llevaron a ser extremadamente cuidadosos a la hora de analizar su contenido; en todo momento tuvimos presente tanto las constricciones del género epistolar como la influencia de la situación artificial en la que habíamos situado a los jóvenes. No obstante, las cartas nos han permitido situar a los jóvenes frente a su propia biografía y a nosotros como investigadores nos ha proporcionado un material en el que se plasma la reflexividad del sujeto y su interacción con el contexto que le rodea.

### 3. El desarrollo del trabajo de campo

En este último apartado, presentaremos de forma sucinta cómo hemos llevado a cabo el trabajo de campo de nuestra investigación. Como hemos aclarado en el apartado anterior, dos han sido las técnicas de investigación utilizadas: las entrevistas en profundidad a un grupo de jóvenes seleccionados y las cartas escritas por estudiantes universitarios.

Por lo que respecta a **las entrevistas** hemos realizado un total 29 entrevistas entre el 21 de junio y el 28 de agosto de 2013. Previamente, establecimos una serie de perfiles de acuerdo con cuatro variables: el sexo, el tipo de estudios universitarios realizados, la situación laboral en la que se encontraban los jóvenes en el momento de realizar la entrevista y el grado de emancipación. El contacto con los entrevistados se estableció mediante el método de la “bola de nieve”: a partir de unos contactos previos, se fueron localizando a jóvenes que respondían a los

perfiles que buscábamos siguiendo las sugerencias de las personas a las que íbamos entrevistando. En ningún caso, la persona que realizó la entrevista conocía personalmente al entrevistado.

En cuanto a la edad, la única limitación que nos marcamos fue que no hubiera nadie mayor de 30 años. En la medida en que buscamos universitarios que hubieran finalizado al menos sus estudios de licenciatura o grado, la persona de menor edad tiene 24 años. En cuanto al sexo, se realizaron 17 entrevistas a mujeres y 12 a hombres.

Por lo que se refiere a los estudios realizados, la gran mayoría –19– ha cursado estudios de postgrado –máster o doctorado– o se encontraba finalizándolos en el momento en que se realizó la entrevista. Además, 9 de ellos han estudiado dos grados o licenciaturas. En definitiva, todos poseen un alto grado de cualificación académico-profesional. En la selección de los entrevistados se prestó una especial atención a que estuvieran representadas todas las áreas de conocimiento –humanidades, ciencias sociales, ciencias, ciencias de la salud e ingenierías–.

La situación laboral de los jóvenes planteó especiales dificultades, puesto que muchos de ellos se encuentran en situaciones difíciles de definir y, sobre todo, muy cambiantes: becarios sin remuneración, realizando prácticas incluidas en sus estudios de postgrado, con contratos temporales en trabajos no cualificados que no tienen nada que ver con sus estudios, etc. Por esta razón, en la tabla que se incluye a continuación se ha optado por diferenciar básicamente entre quienes poseen un trabajo cualificado acorde con los estudios que han realizado (con independencia del tipo de contrato) y aquellos que se encuentran en otras situaciones. En el primer grupo hay 14 entrevistados, mientras que los otros 15 están en diversas situaciones. No obstante, la situación laboral de cada uno de ellos si fue tomada en cuenta a la hora de seleccionar en el guion de la entrevista aquellas cuestiones que podían suscitar su interés.

**Tabla 1. Entrevistas realizadas**

Nº	Sexo	Edad	Estudios	Situación laboral	Emancipación
1	M	28	Pedagoga. Psicóloga. Máster	Becaria	Sí
2	M	25	Turismo. Máster en biblioteconomía	Becaria	No
3	M	30	Publicidad. 2 Máster	Trabajo cualificado	Sí
4	M	25	ADE y Derecho	Trabajo cualificado	No
5	H	26	Historia. Máster	Búsqueda primer empleo	No
6	M	24	Periodismo y Máster en Periodismo deportivo	Becaria no remunerada	No
7	H	30	Ingeniero Químico	Trabajo cualificado	Sí
8	H	28	Licenciado en Ciencias de la Documentación. Máster	Trabajo cualificado	Sí
9	H	27	ADE y 2 Máster en Finanzas y Audiovisuales	Trabajo cualificado	Sí
10	M	26	Historia y Máster	Trabajo no cualificado	No
11	H	28	Historia del Arte. Realizando tesis	Becario	No
12	H	28	Ingeniero 2 Máster	Trabajo cualificado	Sí
13	M	26	Ingeniero. Máster	Trabajo cualificado	Sí
14	M	27	ADE y Máster de negocios	Trabajo cualificado	Sí (1)
15	M	28	Diplomatura en nutrición y Licenciatura en tecnología de los alimentos	Trabajo cualificado	Sí
16	M	30	Técnico de laboratorio y farmacia. MBA	En paro	Sí (2)
17	H	25	Licenciado en Sociología, Máster en Criminología	En paro	No
18	M	29	Magisterio y educación especial	Trabajo cualificado	Sí
19	M	28	Pedagoga. Psicóloga. Máster. Doctorado. Trabajo Social	Contratada de investigación	Sí (3)
20	H	26	Bellas Artes	En paro	Parcial
21	M	30	Bellas Artes. Doctorado. Magisterio	En paro	Sí
22	M	28	Empresariales y relaciones laborales. Psicología. Máster	Trabajo cualificado	Sí (4)
23	H	28	Ingeniería y físico. Máster	Trabajo cualificado	Sí (4)
24	M	30	Sociología. Doctorado	En paro	Sí
25	H	27	Ingeniero Máster.	En paro	No
26	M	25	Comunicación Audiovisual	Trabajo cualificado. Alemania	Sí
27	H	26	Ingeniero	Trabajo no cualificado. Gran Bretaña	Sí
28	H	29	Ingeniero	En paro. Alemania	Sí
29	M	24	Comunicación y relaciones públicas	Trabajo cualificado. Irlanda	Sí
30	M	24	Psicología	En paro. Gran Bretaña	Si

(1) Mujer de nacionalidad noruega.

(2) Mujer de nacionalidad venezolana.

(3) Persona con discapacidad.

(4) Se trata de una pareja que está esperando su primer hijo.

Por otra parte, del total de los 30 entrevistados, 21 se habían emancipado, uno admitía encontrarse en una situación de semiautonomía (puesto que vivía con su hermana en un piso propiedad de sus padres) y 8 seguían residiendo con sus familias de origen. En todo caso, es necesario precisar que nos estamos refiriendo a la autonomía residencial, dentro de la que se distinguen situaciones diversas: vivir en pareja, con amigos en una vivienda compartida, sólo/a, con hermanos, etc. La inmensa mayoría de quienes poseen un trabajo cualificado han logrado emanciparse, aunque ello no signifique que hayan prescindido de las ayudas de sus padres y madres, mientras que, en el otro extremo, casi ninguno de los becarios o de los que trabajan en prácticas han podido hacerlo.

La práctica totalidad de las entrevistas se realizó en Madrid –23– y sólo 2 de ellas en Barcelona. Con el fin de tomar en consideración al grupo de jóvenes que ha tomado la decisión de irse al extranjero, se realizaron 5 entrevistas por videoconferencia a dos hombres y dos mujeres que residen en países de la Unión Europea. También se llevaron a cabo dos entrevistas a dos mujeres de nacionalidad no española –una noruega y otra venezolana–, puesto que entendimos que era conveniente incorporar la diversidad de orígenes de los jóvenes que residen en la actualidad en nuestro país.

Tres de las entrevistas se han realizado a personas con circunstancias vitales que podríamos considerar singulares, en comparación con el conjunto de jóvenes universitarios. Aunque inicialmente habíamos previsto recoger una mayor diversidad de situaciones, finalmente hemos tenido que renunciar a algunas de ellas, al no haber podido localizarlas respetando los requisitos de edad y nivel educativo. En concreto, hemos entrevistado a una joven discapacitada y a los dos miembros de una pareja que está esperando su primer hijo (las entrevistas se realizaron por separado). El objetivo de estas entrevistas era abordar trayectorias biográficas y contextos de experiencia que se alejaban de *la normalidad* para así tratar de comprobar si ello tenía alguna influencia en los marcos interpretativos que utilizaban para comprender y evaluar el sistema sociopolítico.

Las entrevistas se realizaron entre mayo de 2013 y julio-agosto del mismo año.

**Las cartas.** Nuestro experimento de escritura de un texto, tal y como avanzamos en páginas anteriores, consistió en pedir a estudiantes del último curso de grado o licenciatura o que estuvieran cursando un máster que se prestaran a escribir una carta ficticia. Para ello, nos pusimos en contacto con profesores que imparten su docencia en distintas Facultades de las Universidades de Barcelona, Salamanca y Complutense de Madrid para presentar el ejercicio en sus clases. Los estudiantes que se prestaron voluntarios para realizarlo nos proporcionaron únicamente su dirección de correo electrónico, con el fin de garantizar su anonimato.

A todos ellos se les envió un correo electrónico en el que se presentaba la investigación y se les pedía simplemente que escribieran una carta a una persona conocida a la que llevaran tiempo sin ver (un familiar, un amigo, una compañera del Erasmus, etc.) en la que le contaran cómo les iba la vida, qué planes tenían para un futuro cercano puesto que estaban a punto de concluir sus estudios y qué expectativas tenían para un futuro algo más lejano. En el mismo archivo en el que debían escribir la carta se incluía un breve cuestionario para conocer algunos datos básicos del autor/a de la carta: edad, sexo, estudios que cursaba, nivel educativo y profesión de los padres y tipo de residencia (con la familia, en piso compartido, solo/a, etc.). Una vez escrita la carta, se les pidió que la enviaran a una dirección de correo institucional de la investigación.

El ejercicio se inició a finales del mes de mayo de 2013 y la inmensa mayoría de las cartas se recibió a lo largo del mes de junio. Fuimos conscientes de que no era una buena época para los estudiantes, puesto que coincidía con el final del curso y la época de exámenes, pero aun así contamos con un total de 40 cartas.

**Tabla 2. Cartas escritas por jóvenes**

Sexo		Nivel de estudios		Situación laboral		Emancipación/ Residencia	
Hombre	Mujer	Licenciatura/ Grado	Máster/ Doctorado	Trabaja	No trabaja	Hogar familiar	Piso con amigos
21	19	28	12	14	26	19	21

La distribución por sexos de las cartas es prácticamente pareja y, como se puede comprobar en la tabla 2, algo más de dos tercios de las mismas fueron escritas por estudiantes que estaban en el último semestre de sus estudios de licenciatura o de grado. Ello explica dos diferencias con respecto a los jóvenes entrevistados. Ante todo, su edad es algo menor que la de los jóvenes entrevistados puesto que se sitúa entre los 20 y los 27 años. En segundo lugar, una gran mayoría no trabaja –en concreto el 65%– y más de la mitad de quienes sí lo hacen –8 de los 14– tienen empleos que no están relacionados con sus estudios. Por lo tanto, son pequeños trabajos compatibles con sus estudios, que les ayudan en sus gastos cotidianos. Finalmente, ninguno de ellos vive solo/a. La mitad sigue residiendo en el hogar familiar y los demás comparten piso con amigos o compañeros de estudios. No hay que olvidar que las tres Universidades en las que se realizó este “experimento epistolar” atraen a un buen número de estudiantes que provienen de otras ciudades o pueblos. Ello explica que éstos, sobre todo en los últimos años de sus estudios, alquilen los bien conocidos “pisos de estudiantes”.

Aunque con estilos diversos, la gran mayoría de las cartas están muy bien escritas. Aparentemente, quienes se prestaron a redactarlas no tuvieron especiales dificultades en imaginarse un posible destinatario –probablemente real, puesto que se dirigen a él/ella por su nombre– para hablarle de su situación personal, sus planes de futuro, sus ilusiones o sus miedos. Las cartas están plagadas de referencias personales que nos han permitido reconstruir la situación biográfica de estos jóvenes, y también tienen un claro tono emotivo. La sensación de vértigo que provoca estar a punto de acabar los estudios y tener que pensar en “qué hacer” a continuación, o la frustración de los que ya se han enfrentado a los obstáculos para realizar sus planes de futuro –sobre todo perceptible entre quienes están estudiando un postgrado– son las dos líneas maestras en torno a las que se desarrollan sus relatos.



## PARTE 2

La negociación biográfica  
de la integración: de las experiencias  
a las expectativas de futuro





# 3

## Las experiencias de integración sociolaboral: las justificaciones biográficas

De acuerdo con lo establecido en el capítulo anterior, la investigación cuyos resultados comenzamos a discutir en este capítulo ha tenido por objetivo profundizar en los procesos de integración de los jóvenes desde la perspectiva de los propios protagonistas, es decir partiremos desde sus propios contextos de experiencia para poder así comprender cómo se plantean y que significados atribuyen a los distintos procesos que componen esa aventura en la que confluyen la transición hacia la vida adulta y la integración en la comunidad a la que se pertenece. Y para avanzar en este objetivo nada mejor que el estudio de las biografías juveniles, en tanto en cuanto éstas contienen los pasos y caminos recorridos por los sujetos y de las narraciones que les acompañan.

Al hablar de biografías juveniles es fundamental darse cuenta que nuestro punto de partida son los relatos enunciados por los sujetos, a través de los cuales realizan una reconstrucción biográfica de sus vidas, en las que a veces se trata de introducir coherencia, en otras justificaciones y en muchas otras de expresar deseos de futuro. Al reconstruir su biografía, el sujeto nos está desvelando qué es lo importante, desde su punto de vista, para integrarse de manera exitosa, cómo hay que hacerlo y cómo valora ese proceso a la luz de sus propias experiencias. Pero también nos desvela los problemas y contradicciones a los que tiene que hacer frente y la necesidad de justificar decisiones u omisiones en aras de ese objetivo último de crecer e integrarse. En última instancia, a través de las narraciones biográficas podremos comprobar ¿qué conside-

ran los jóvenes que tienen que hacer para lograr la integración y cómo lo valoran desde su propia experiencia biográfica?

A diferencia de anteriores momentos en que la vida adulta era concebida como un resultado no cuestionado de una secuencia lineal protagonizada por la escuela, el trabajo, la emancipación y la familia (Garrido y Gil Calvo 1993), al inicio de este trabajo hemos visto como la actual reversibilidad de las biografías juveniles nos lleva a reflexionar sobre las formas, oportunidades y condicionantes del proceso de integración de los jóvenes. Es por eso que en este capítulo las ya mencionadas experiencias generacionales vividas en torno al incumplimiento del “ascenso social prometido” cobran un valor fundamental. El concepto de generación de Mannheim (1952), entendido como la necesidad de afrontar una misma situación, permite fortalecer y dotar de entidad a la, siempre heterogénea, categoría juvenil. La generación de la que hablamos en este estudio se erige como un grupo específico, afirmado en su especificidad por unas similares perspectivas vitales. La gestión de la incertidumbre en un mundo en cambio constituye una vivencia compartida por el conjunto de jóvenes menores de 30 años; un reto común sobre el que se desarrolla su particular contexto generacional.

En este capítulo, todo lo relacionado con la transición formación-empleo o, más concretamente con el trabajo, tiene un peso fundamental y ello es así porque la narración de las biografías juveniles en la clase media, tanto para ellos como para ellas, está marcada por el desempeño laboral. El alargamiento del periodo formativo, propio de los jóvenes de clases medias, entendido como la principal condición para el ascenso social o para la conquista de una carrera exitosa, fija en el terreno laboral un marco de referencia obligado para todos ellos. Aunque hoy la idea del trabajo posee significados ambivalentes para una gran mayoría de jóvenes, el ámbito laboral ha sido considerado desde siempre el principal agente de integración social y un paso clave (especialmente para los varones) en su transición hacia la vida adulta.

Como consecuencia del proceso de individualización y del papel hegemónico que desempeña la economía en la actualidad, los jóvenes construyen narrativamente su biografía como un sucesión de intentos, más o menos exitosos, por incorporarse, mantenerse e incluso ascender en el ámbito laboral. Son conscientes de que la independencia económica que se identifica con la vida adulta lleva aparejada otro tipo de respon-

sabilidades; sin embargo, es la incorporación laboral la que se considera la primera y más determinante de todas ellas y la que dará acceso a las demás. En un momento de duras transformaciones socioeconómicas y de falta de respuestas institucionales a la problemática juvenil, la construcción desde cada sujeto de su biografía laboral se percibe como el paso más efectivo hacia la integración en el sistema social y político. Ahora bien, aunque lo laboral esté omnipresente en todas las narraciones, alrededor suyo se despliegan un buen número de significaciones conexas que aluden a muy diferentes experiencias vitales. En muchas ocasiones, aunque se hable explícitamente del trabajo también se está hablando de la realización personal, de la posición que se ocupa en la sociedad o de su integración como ciudadano

## 1. La clave está en el trabajo

La importancia del trabajo para los jóvenes como elemento de integración cívica es doble: por un lado, está la cuestión etaria y el particular proceso de construcción biográfica; por otro, el peso hegemónico que la esfera económico-laboral ejerce de cara al proceso de integración social. Respecto a la primera, se entiende que si bien el paso que se establece de la escuela al trabajo ha perdido su carácter lineal sigue constituyendo la puerta de entrada a la fase de autonomía personal (Jiménez Roger et al 2008). Aunque este trámite ha contado durante décadas con un fuerte sesgo de género, hoy se plantea de manera indiferenciada para hombres y mujeres como un requisito aceptado ya que tanto ellos como ellas han sido socializados en la necesidad del trabajo como paso previo a la autonomía y el desarrollo personal (Helve y Evans 2013).

Respecto a la supremacía de lo económico-laboral a la hora de garantizar la integración cívica de los jóvenes, se aprecia la progresiva implementación de los programas del modelo del “*workfare*” en sustitución del viejo “*welfare*”. Ubicar en España el trabajo, la “empleabilidad” y la activación como condiciones necesarias para el disfrute de programas y derechos sociales (Serrano Pascual 2009), ha sido un proceso de adaptación paulatina a las tendencias implementadas en la Europa nórdica y continental. Este proceso, que corre paralelo a un incremento en la responsabilidad individual en la asunción de riesgos, implica una legitimación de los niveles diferenciales de integración social. En un contexto marcado por importantes transformaciones estructurales deriva-

das de la globalización y de las crisis económica y política, las estrategias individuales efectuadas en relación al marco laboral cobran una importancia vital a la hora de justificar modelos incompletos de integración social.

Para los jóvenes de clases medias con los que hemos trabajado situar el trabajo como eje tanto de su desarrollo personal como de su integración sociopolítica significa ubicarse en un terreno muy competitivo que no les resulta del todo ajeno ya que la competición ha estado presente en sus vidas desde sus primeras experiencias escolares. Conscientes de que la ausencia de formación se traduce en una expulsión del sistema, estos jóvenes encuentran en la capacitación la mejor forma de distribuir los pocos puestos existentes. Al haber crecido de la mano del “valor del esfuerzo”, estos jóvenes dan por buenas las formas del sistema meritocrático: saben que en las sociedades del conocimiento no hay puestos para todos y, sin embargo, se muestran reticentes a premiar la excelencia en exceso o a abrir grandes brechas sociales entre los muy capaces y el resto.

El hecho de que sea el trabajo el centro de referencia en la transición hacia la vida adulta coloca en un segundo plano el valor de otros aspectos, como son los políticos, familiares, sociales o culturales, considerados en otros momentos como fundamentales. La búsqueda de independencia económica, unida a las dificultades por conseguirla, convierte las biografías juveniles en una suma de estrategias y decisiones, nunca tan individuales como se pudiera pensar, marcadas por acontecimientos socioeconómicos a gran escala. Las expectativas personales parecen centrarse casi exclusivamente en el tándem formación-trabajo, se materializan en metas progresivas y se engarzan entre sí de una manera supuestamente planificada: hacer un máster, terminar un máster, encontrar trabajo, hacer unas prácticas, buscar trabajo, ir al extranjero, dejar el trabajo, estudiar un idioma, etc. Es cierto que quedan otras cuestiones (emanciparme, formar una familia, hacer lo que me gusta, participar en política, etc.) que los sujetos valoran y consideran importantes, pero, al menos en este momento, se terminan considerando dependientes de la primera; son sueños que se retrasan o se vinculan a lo fundamental.

La paradoja es que, aunque imprescindible, el trabajo no resulta en sí mismo suficiente para asegurar la integración del joven como un miem-

bro pleno de la comunidad. En tiempos donde se amplía el número de relaciones laborales “no estandarizadas” y en que se acepta como normal la temporalidad de las mismas, para muchos jóvenes españoles de clase media las posiciones que se ocupan en el mercado laboral no reflejan sino una suma de situaciones coyunturales. La fractura entre los que tienen y los que no tienen trabajo es sólo la primera mirada; una mirada necesaria pero simple a la hora de entender las complejas transiciones por las que ha de atravesar. Hace mucho tiempo que la obtención de un título universitario dejó de asegurar un buen empleo; hoy en día son varias las certidumbres que han caído y que afectan directamente a la construcción de las biografías de los jóvenes. Ya se sabe que ni la formación termina en la escuela, ni la ocupación laboral libra de la pobreza, ni las experiencias en el extranjero están exentas de problemas, ni el joven olvida que, pese a todo, el trabajo sólo representa una parte de su vida.

### **1.1. Las dispares trayectorias laborales de los jóvenes universitarios**

Pese a lo mencionado sobre la generalización de las trayectorias laborales inconexas y caóticas, hay que mencionar que el abanico de posibilidades que se abre a los jóvenes es amplio y la cohesión de las trayectorias diversa, por lo que no todos ellos se encuentran en la misma situación. En el trabajo de campo realizado con jóvenes universitarios de clases medias habría que diferenciar la existencia de tres tipos de trayectorias diferentes: las primeras, a las que llamaremos *exitosas*, un segundo grupo compuesto por las trayectorias *precarias* y un tercero, a caballo entre ambos, denominado *ambivalentes*.

Más que nunca las trayectorias no pueden entenderse como determinantes decisivos en las biografías de los sujetos. La coyunturalidad de la situación y la rapidez con la que se suceden los cambios en el mercado laboral y en la vida nos advierten de la inviabilidad de un uso categórico de las mismas. La situación de los parados es un buen ejemplo. Buena parte de ellos se ubica en las trayectorias precarias puesto que salen y entran del mercado de trabajo de manera frecuente. Otros están buscando su primer trabajo con lo cual están expectantes, por cuanto tienen condiciones que responden a parte de los requisitos exigidos por el mercado, pero no han iniciado su trayectoria laboral. Otros parados tienen experiencias en trayectorias ambivalentes que no han

finalizado con resultados óptimos. Por último, aunque las trayectorias exitosas también son susceptibles de desembocar en fracaso (y de hecho nos encontramos hoy con ejemplos significativos), las características de nuestros jóvenes –sobre todo la edad– lo hacen más difícil.<sup>27</sup> No obstante, esta tipificación de las trayectorias laborales nos permitirá encontrar claves y elementos colectivos que dotan de significado social a lo que en ocasiones se trata como meros itinerarios individuales. Las etiquetas utilizadas en este apartado se pueden mantener a lo largo del capítulo para ver cómo se produce la trayectoria y cómo se conforma en distintos factores ese paso hacia el estadio adulto.

La trayectoria de los jóvenes *exitosos* parece construida de manera natural como si cada paso viniera dado como consecuencia del anterior, y motivara a su vez el siguiente. Se trata de un camino lineal donde la mayor parte de las cosas cuadran y en el que formación y trabajo engarzan a la perfección. Para estos sujetos, la carrera profesional comienza en los años de estudio ya que es frecuente que su formación universitaria vaya acompañada de prácticas o becas laborales en alguna empresa. Son estas prácticas las que permiten a los jóvenes una rápida incorporación a la propia empresa o a alguna otra del mismo sector. Al hilo de la estrategia de competitividad analizada en el primer capítulo, se encuentran discursos de éxito, de confianza, y de seguridad personal. La percepción que el joven tiene de sí mismo es la de un ciudadano del mundo que interpreta las transformaciones sociales en términos de oportunidades vitales y que traduce las limitaciones como retos personales.

“Confío mucho en mis posibilidades. O sea soy una persona que tengo bastantes contactos por mi trabajo, por LinkedIn, etc., etc. Y mi trabajo es valorado, o sea es valorado bien, tanto por los contactos como por los profesionales de mi empresa, con lo cual nada me indica pensar que luchándolo y trabajándomelo bien, no voy a poder tener una posibilidad mejor” (*Entrevista 8, hombre, 28 años*).

Se trata de jóvenes que desarrollan su profesión en un ámbito empresarial y que se han visto beneficiados por la globalización al poder in-

---

(27) De hecho, este ha sido un perfil al que no hemos podido acceder en la investigación por falta de casos encontrados. Esto no significa que las trayectorias exitosas no puedan terminar en desempleo, pero se trata de una situación poco habitual entre los menores de 30 años.



corporarse desde España a mercados internacionales con altos niveles de exigencia, pero buenas condiciones laborales. Este tipo de trayectorias se dan más en unos sectores que en otros: ingenierías, finanzas, empresa, derecho, etc. Son sectores que permiten, a algunos de sus profesionales, incorporaciones laborales rápidas y en muy buenas condiciones.

La formación que cuentan estos jóvenes supera el título universitario, algunos tienen dos carreras y poseen algún máster. Para ellos apenas han existido tiempos de espera (desempleo, reinicios, desviaciones, etc.) que le hayan hecho dudar de sus capacidades o de algunas de las decisiones tomadas. Su experiencia es engarzar una cosa con otra y los buenos resultados de su posicionamiento en el mercado son la mejor evidencia de su buen hacer. Éste suele manifestarse temprano con una clara vocación respecto al desempeño de su profesión y al esfuerzo y las decisiones estratégicas adoptadas. En estos casos, los jóvenes apenas han tenido contacto con los trabajos precarios –durante la carrera como forma para pagar gastos– pero rápidamente se han encarrilado en trayectorias de éxito.

Aquí se producen pocas desviaciones. La vocación se une a la funcionalidad; al joven le interesan los temas de estudio, resuelve los años de universidad con solvencia y se incorpora a la empresa de manera inmediata, teniendo presente la exigencia de la formación continua, las tendencias de los mercados globales y las posiciones que les brindan el resto de las empresas. El nivel de satisfacción de estos jóvenes con su trayectoria es evidente; encuentran fascinante el ámbito en el que trabajan, se forman de manera constante y unen vocación con demanda profesional por lo que desde el punto de vista laboral son capaces de desarrollar una trayectoria plenamente coherente.

En el lado opuesto, se encuentran quienes, pese a su nivel de cualificación, no han podido incorporarse al mercado o lo han hecho en pésimas condiciones. Son las *trayectorias precarias* protagonizadas por jóvenes de clases medias empleados en sectores que no requieren ninguna formación, en ocasiones sin regulación ni contrato, o en las diversas variedades no estandarizadas de trabajo (becas y prácticas fundamentalmente). Lo más frecuente es que no hayan trabajado nunca en el sector en el que están formados o si lo han hecho haya sido de manera muy breve. Las ventajas que, como fuerza de trabajo joven, ofrecen a las

empresas de cara a la contratación facilita su experiencia laboral pero convierte en frecuente sus salidas y entradas del mercado de trabajo.

Aunque han sido las áreas de humanidades las que primero vivieron la precarización laboral de los jóvenes cualificados, y siguen siendo hoy en día las que masivamente ocupan este ámbito, la expansión de la crisis económica ha ampliado considerablemente las áreas de conocimiento afectadas. Después de ver cómo las empresas contrataban a estudiantes sin haber terminado la carrera, hoy, muchos de estos jóvenes procedentes de las “ramas duras” –el campo sanitario, la ingeniería, la arquitectura o las ciencias–, ya con el título en la mano, no pueden acceder a un puesto de trabajo.

Se podría valorar si su posición en el mercado es un paso transitorio y temporal hacia posiciones más asentadas o si se trata de una situación de la que resulta difícil salir. Se puede entender que tanto el buen nivel formativo con el que cuentan, la propia categoría de joven –como un periodo de cambio y construcción– y sobre todo el marco competitivo en el que han crecido, les impulsa *naturalmente* a mejorar su situación. Sería ingenuo, sin embargo, pensar que sus aspiraciones de ascenso social sean suficientes para poder garantizarla.

La apuesta más frecuente de dignificación laboral y de enganche a trayectorias más acomodadas pasa en este caso por incrementar la formación y especializarse. Para ello se requerirán recursos; más abundantes cuánto más especializada y selectiva sea esa formación, con lo que se puede llegar a una espiral donde la búsqueda de recursos económicos y la necesidad de trabajar para obtenerlos resulten incompatibles con una inversión en tiempo para la formación. Así habla una licenciada en Historia ocupada a tiempo parcial en una cadena de comida precocinada respecto a su idea de seguir formándose para mejorar sus posibilidades laborales:

“El máster está especialmente encaminado a la investigación y a doctorarse (...) lo que pasa es que no sé muy bien cómo voy a pagar el doctorado(...) Sí porque ahora mismo el sueldo que cobro está en torno a los..., el primer mes cobré quinientos cuarenta y cinco, el segundo mes sobre seiscientos treinta y algo porque va por horas, de los cuales ciento diez se quedan en el abono transporte (...) Con lo cual si no me conceden la beca tendré que pagarlo con mi supersueldo millonario (risas).” (*Entrevista 10, mujer, 26 años*).

A medio camino entre ambos se encuentran las *trayectorias ambivalentes*, referidas a los jóvenes que habiéndose incorporado al mercado en malas condiciones laborales –en cuanto a horarios y sobre todo salario– desempeñan un trabajo acorde a su cualificación. Su posición es un ejemplo claro del deterioro que sufren los sectores laborales cualificados.

Sin ánimo de establecer un modelo preciso, sí se encuentran perfiles ambivalentes en jóvenes cualificados en sectores próximos a la educación, las instituciones públicas, la investigación o el periodismo; espacios que requieren niveles importantes de cualificación pero donde el mercado ha dejado de reconocerlo económicamente. La aparición de nuevas formas productivas más baratas y el declive institucional, principal responsable de estas actividades, ha propiciado un estancamiento en estos sectores, agravado por el hecho de que el mercado libre no ha desarrollado puestos adecuados a dicha cualificación. Fuera de las instituciones, los jóvenes no encuentran en el mercado un espejo donde mirarse; ven que no encajan. Ante la pérdida de subvenciones para el desarrollo de proyectos “no encuentran hueco”. Una licenciada en paro a punto de presentar su tesis doctoral dice:

“Odio buscar trabajo porque no sé, o sea no sé realmente, no me veo en ninguno de los perfiles de los que se publicitan, por así decirlo. No encajo en ninguno.” (*Entrevista 24, mujer, 30 años*).

El acomodo de las trayectorias ambivalentes es diverso y tanto las instituciones como las empresas han desarrollado un complejo entramado de relaciones laborales no estandarizadas –becas, prácticas, trabajos como falsos autónomos, etc.– que las amparan, permitiéndose de este modo contar con el trabajo de estos jóvenes cualificados a muy bajo coste. Frente a los perfiles *precarios* que no han tenido posibilidad de desarrollar su cualificación, los jóvenes *ambivalentes* de clase media se encuentran en una situación de impasse. Algunos interpretan esta circunstancia como transitoria hacia una fase siguiente de mayor estabilidad, lo que les permite seguir albergando esperanzas sobre el futuro próximo. Otros, por el contrario, son conscientes de que el estado de aletargamiento en que viven retrasa la independencia y la toma de decisiones vitales. Aunque se muestran contentos con los contenidos de su trabajo, la incertidumbre respecto a sus verdaderas oportunidades perturba el deseo de seguir desarrollándolo en el futuro.

Se trata de una trayectoria especialmente inconexa donde se reflejan dudas sobre las decisiones adoptadas, sobre la responsabilidad de las propias decisiones y sobre las expectativas no cumplidas. Ante la reversibilidad de su posición, yendo de lo alto a lo bajo para después poder ascender temporalmente, (pasando por ejemplo de un trabajo regulado a unas prácticas no remuneradas para, después de pasar por el desempleo, encontrar un trabajo temporal; o después de alcanzar grados máximos de formación- la tesis doctoral por ejemplo-, tener que reengancharse en estudios inferiores con más posibilidades laborales) se ven en la necesidad de ir reconstruyéndose constantemente como sujetos laborales pero también como personas no adultas.

Respecto al perfil de las trayectorias *exitosas*, lo único que les diferencia es su salario y sus condiciones laborales, no su nivel de responsabilidad o dedicación. Desde estos ángulos, los jóvenes siguen formándose de manera insistente y autónoma. Un joven que decidió abandonar el trabajo para irse al extranjero, en parte debido al nivel de exigencia y a la escasa recompensa de su trabajo habla así:

“...en mi empresa te obligaban a sacarte de forma anual, una o dos certificaciones al año, pero aparte de esas dos certificaciones al año tú tenías que estudiar... (...) aunque tú no eres experto, como te han vendido al cliente como experto, tú tienes que sacar ese trabajo adelante (...) pero por eso te digo que, en vez de salir a las siete, a lo mejor salías a las nueve todos los días.” (*Entrevista 27, hombre, 26 años*).

Aquellos que desarrollan estas trayectorias en el terreno de las instituciones públicas lanzan quejas sobre el escaso desarrollo cultural, de investigación, de implementación de derechos, etc., que permite mantener su trabajo sin suficiente reconocimiento. Así se encuentran reclamaciones sobre cómo puede organizarse una sociedad sin una mayor investigación sobre la historia, sin inversiones en el plano de la educación especial, la ciencia o los archivos; y no entienden que si el país desarrolló un discurso y unas expectativas sobre su importancia, se esté dejando perder. Entienden que la sociedad estaría coja si sólo se dedicara a lo económico y no a otros aspectos que tienen peso en el bienestar social donde ellos llevan mucho tiempo formándose.

Por último no podemos dejar de referirnos a los desempleados que, como ya hemos comentado, más allá de su situación de paro no siguen

una trayectoria única. Los jóvenes de clases medias tienen poco de “*parados*”. Aunque el concepto de “generación nini” se haya extendido con demasiada facilidad, la realidad de los discursos encontrados habla de jóvenes que siguen formándose, de jóvenes que se plantean salir al extranjero a trabajar o de jóvenes que tratan de incorporarse al mercado laboral en cualquiera de las múltiples formas no estandarizadas posibles (voluntariado, becas, trabajos por horas sin contrato, etc.). Están obligados a mantenerse activos pese a las escasas oportunidades con las que cuentan porque tanto la inversión educativa realizada durante años como su condición de joven no les permitirían otra opción. La tasa de desempleo de los jóvenes de 16 a 29 años según los datos de la Encuesta de Población Activa del III trimestre de 2013 es del 41’74% sin apenas diferencias entre hombres y mujeres; los primeros tienen un 42’66% y las segundas un 40’74%. Son unas tasas muy altas con efectos negativos en el plano personal y social que amenazan tanto el proceso de transición biográfica hacia la vida adulta como la paulatina incorporación de los jóvenes a la comunidad sociopolítica.

Las estrategias de los jóvenes en paro no difieren de la de aquellos con trayectorias precarias o ambivalentes. Seguir apostando por la formación no siempre implica dirigirse a los grados más altos sino tratar de ubicarse en los nichos con más posibilidades, aunque eso suponga una renuncia a su especialidad. Una joven que estudió el doctorado en Alemania y que nunca ha cotizado dice:

“Sí bueno, he trabajado, lo que pasa es que son cosas...Durante la carrera di clases en un colegio, extraescolares; o sea a mediodía, iba a un colegio y con niños, de cerámica y tal. (...) igual en un año te cotizas veinte días, porque como vas miércoles y viernes (...) Mi idea ahora es acabar este año Magisterio y ya en febrero sí que echar para todos los colegios, ya con las dos cosas, pudiendo ser profesora de Arte.” (*Entrevista 21, mujer, 30 años*).

## 1.2. Familia, trayectoria e individualismo relativo

El proceso de construcción biográfica de los jóvenes es un camino en el que no sólo ellos y ellas toman decisiones. Como se viene demostrando en numerosos estudios, el papel de la familia en la generación de protección y apoyo juvenil en España se hace evidente (Gentile 2006; Mari Klose 2006; López Blasco 2006), de la misma forma que también se constata la responsabilidad del modelo familiarista de bien-

estar a la hora de retrasar la emancipación y la independencia juvenil (Gil Calvo 2002; Gaviria 2007). Muchas de las decisiones fundamentales que escogen los jóvenes están determinadas por el peso que la familia tiene sobre ellos.

Las clases medias, que por lógica aceptan como legítimos los procesos de selección individual bajo las reglas de la meritocrática, como ya comentamos en capítulos anteriores, apoyan sin fisura el desempeño de los jóvenes en las instituciones educativas. Conocedores de las escasas oportunidades que deparan a los que no estudian, las familias suponen un importante respaldo, de modo que tanto el éxito como el fracaso de los hijos se interpretan como cuestiones en las que los padres tienen parte de responsabilidad. Aunque el tímido desarrollo del Estado de bienestar en España permitió la incorporación de nuevos grupos sociales a la carrera meritocrática, el papel estatal sigue considerándose contingente y sujeto a cambios y tendencias de todo tipo. Ante la sempiterna presencia familiar –en lo económico, en lo educativo, en lo moral, etc.– el joven como individuo, es decir como *“sujeto desvinculado de las redes familiares que desarrolla su biografía de manera autónoma”* es una figura débil no reconocida en la práctica.

Por eso resulta revelador que sea una joven extranjera afincada en España desde hace años la que analiza el proceso de construcción de la biografía juvenil –con los derechos y deberes asociados– en términos absolutamente individualistas. Si en un contexto europeo la conquista de la “mayoría de edad” se traduce en términos de autonomía individual y de responsabilidad personal en las decisiones, en España, donde la familia decide y mucho, no es la idea que mejor refleja las situaciones en la práctica.

R: Pero tampoco me parece justo que por ser de buena familia tu tienes que depender de tu familia también. Porque aunque tienen dinero no significa que te van a apoyar en tus decisiones en la vida. Tampoco lo veo justo.

P: O sea, ¿crees que se debería considerar a todas las personas de 18 años independientes de su contexto?

R: Sí porque es lo que somos.

P: ¿Y ayudar a todos por igual?

R: Sí porque es lo que somos en el papel: somos independientes. No sé cómo se llama, ¿mayor de edad? (Entrevista 14, mujer, 27 años).

El no alcanzar un nivel educativo suficiente para desarrollar una trayectoria laboral exitosa es motivo de frustración familiar, de ahí que el apoyo económico y moral de los padres respecto al esfuerzo educativo de los hijos sea más que evidente. Éstos son conscientes del apoyo recibido, aunque se trate de una función tan naturalizada que la dan por hecho. Los jóvenes de clases medias, con las diferencias presentes en la amplia definición que venimos utilizando en este estudio, se mantienen en el sistema educativo hasta que la economía familiar lo permite (licenciaturas/diplomaturas para algunos, másteres para otros). En ocasiones complementada con ayudas estatales, en otras con aportaciones laborales suyas procedentes de su trabajo, los jóvenes parecen sentirse apoyados en este proceso.

La asunción de responsabilidad respecto al apoyo en la formación se encuentra presente y, además, hay consciencia sobre los límites del apoyo familiar. Sin embargo, los jóvenes en España encontrarían extraño que dicho apoyo –en lo económico, por ejemplo– no se produjera. Es inhabitual encontrarse con discursos completamente des-responsabilizados como éste porque lo normal es entender que existe un límite en la ayuda.

P: *¿Te ayuda tu padre? ¿Ganas tu dinero?*

R: Vivo de mi padre (...).

P: *¿Podrías seguir financiándote un año, dos años más?, ¿o tendrías ya que contar con ayuda externa?*

R: En principio cuento con la ayuda de mi padre, siempre que él pueda cuento con su apoyo.

P: *O sea, no hay ninguna urgencia, me refiero a nivel de: “tienes que trabajar ya...”*

R: No, no, no. *(Entrevista 20, hombre, 26 años).*

Las opciones familiares siempre muestran un lado conservador, tratando de evitar en el joven las apuestas arriesgadas o de escaso reconocimiento en el mercado laboral. Sin embargo, aceptan las preferencias juveniles por encima de todo. Resulta revelador descubrir cómo a veces estos jóvenes hablan en plural de las decisiones adoptadas en torno a la formación (y el consiguiente futuro profesional) personal. Que un joven afirme que “decidieron” en plural –incluyendo a los padres– estudiar ingeniería técnica no es un error, es una muestra de esa decisión conjunta de posibilidades y expectativas; los padres participan de los estudios de sus hijos, por lo que plantear la voluntad personal (en rela-

ción a las oportunidades y expectativas individuales) es relativo. Los padres parecen jugarse mucho en el desarrollo profesional de sus hijos

“(...) mis padres conocedores de lo que es a lo mejor hoy en día, o de lo que fue en su época no tener estudios (...) me ayudaron, me dieron a conocer gente que me podía encaminar (...) decidimos que a lo mejor sería mejor probar hacer una carrera con objetivos más cortos; es decir a corto plazo. Y por eso, como a mí me gustaba igualmente ingeniería, decidimos hacer la carrera técnica.” (*Entrevista 7, hombre, 30 años*).

### 1.3. La complejidad de las experiencias laborales

En base a estas tres trayectorias establecidas, la descripción de tareas y la experiencia de la integración laboral son sumamente diferentes. Para los jóvenes que han desarrollado trayectorias *exitosas* el trabajo se convierte en algo fascinante pero abstracto: se trabaja en proyectos nacionales o internacionales, de manera coordinada en equipos, se trabaja en red, con un uso intensivo de la tecnología. Por el contrario, para la joven licenciada en Historia Antigua que trabaja por horas en un centro de comida prefabricada su trabajo “*consiste básicamente en que lavo todo*”; así, claramente sin contemplaciones.

Los escalones más bajos de la clase media serían los más predispuestos a ocupar este espacio precarizado; son los que menos pueden seguir invirtiendo en formación y los que con mayor urgencia necesitan ver recompensada su inversión educativa de años, aunque esta sea en forma de trabajos mal pagados. Las clases medias más aventajadas, por el contrario, sí pueden retrasar las recompensas desarrollando trayectorias *ambivalentes* que les permiten mantener la condición de cualificados.

La forma en que se concibe la formación en el trabajo es muy diferente. Para los jóvenes ubicados en trayectorias *exitosas* es muy frecuente que sea la propia empresa la que invierta en ellos financiando su especialización. Se da, incluso, la situación de que sea ella la que exija al joven un periodo mínimo de permanencia, al contrario con lo que sucede en el resto de trayectorias donde la empresa no se ve condicionada a mantener al joven más allá de unos meses.

“(...) apliqué tanto a Cepsa como a Repsol que son dos compañías petroleras españolas. Y bueno las dos me concedieron beca para su



programa, pero consistían los dos casos de máster formativos en el área del petróleo, más luego una contratación mínima de dos años (...), me pagaban un máster entre Escocia y París y luego yo me comprometía a trabajar con ellos un mínimo de dos años.” (*Entrevista 12, hombre, 28 años*).

En el lado de la precarización, las empresas también desempeñan estrategias corporativas de integración laboral, aunque éstas no siempre se vean con buenos ojos. La formación en estos casos es breve, en ocasiones se realiza de manera online para minimizar costes y se dirige a presentar la marca de la empresa –cómo trabaja la empresa– por encima del aprendizaje de un oficio. El escaso tiempo y dinero invertido en ella ya advierte de la brevedad de la relación contractual. La “*cuestión de hacer empresa*” parece molestar especialmente a los jóvenes que, ante las pésimas condiciones laborales, demandan una mejora en las mismas como mejor forma de hacerles sentir “*parte de la empresa*”.

“Cuando tú consigues el puesto de trabajo, después de una entrevista –que fue una farsa, porque ya te digo que entré enchufada–, tienes que hacer tres cursos. Haces tres cursos online; es decir, no hay profesor que te enseñe; lo haces por ordenador. El primer curso es ‘Carrefour te ama’ [risas]. ‘Carrefour te quiere’, ‘Carrefour te ama’, ‘Carrefour mola mucho’, ‘Somos los mejores’, ‘Cómo molamos’...(…) El segundo es riesgos laborales; ya te digo, todo online. Cosas como... (...) cosas que no hay que hacer en un incendio; no te pongas a gritar ‘vamos a morir todos’ ni a dar vueltas...El tercero era manipulación de alimentos; y estábamos en las mismas. Manipulación de alimentos está muy bien online, pero si me lo enseñas, mejor.” (*Entrevista 10, mujer, 26 años*)

Es frecuente entre los jóvenes de clase media que desempeñen trabajos que luego no pueden justificar, simplemente porque no han estado dados de alta en la Seguridad Social. Cuando esto sucede, no están, no existen; desaparecen de las listas que vinculan derechos con posición laboral. Por otro lado, y aunque se extiende el discurso del valor del emprendimiento juvenil, sus experiencias en este ámbito suelen resultar descorazonadoras, difíciles de llevar a cabo y con numerosas trabas para su desarrollo. Pese a que el campo laboral parece determinante para fijar su posición como adultos y como ciudadanos, este se muestra excluyente y engañoso para muchos. La categoría de joven agrava esta situación puesto que la generalización de condiciones laborales especí-

ficas para los jóvenes (niveles más bajos de cotización o sin ninguna cotización directamente, sucesión de puestos no estandarizados dirigidos a jóvenes) no ha servido tanto para fomentar la contratación como para legitimar la precarización juvenil.

Aunque no se pueda dudar de la funcionalidad de estas fórmulas laborales no estandarizadas, las posibilidades de garantizar una buena incorporación al mercado laboral son limitadas. Por un lado, constituyen una entrada habitual para los jóvenes al campo laboral –difícilmente se puede pensar en una incorporación directa– pero, por otro, se encuentra que sólo para aquellos que mantienen trayectorias *exitosas* el modelo tiene un componente instrumental, convirtiéndose para el resto en un círculo vicioso con escasa salida. Los efectos de la crisis, terminan de rematar sus débiles posibilidades.

“(...) la beca eran seis meses o nueve no lo recuerdo, pero a los dos meses, en agosto, surgió una vacante de un técnico de selección y me contrataron y me hicieron un contrato: un contrato de formación (...) y estuve allí, me hicieron el contrato ya, dos años. Hasta que comenzó el tema de la crisis y comenzaron a despedir a gente.” (*Entrevista 1, mujer, 28 años*).

“No estoy dispuesto ahora mismo a aceptar cualquier trabajo. O sea hace un tiempo sí, pero ahora mismo no estoy dispuesto.” (*Entrevista 11, hombre, 28 años*), dice un licenciado con dos másteres que después de haber estado trabajando y pasar un tiempo desempleado está contento por obtener una beca de tres meses adecuada a su formación. ¿A qué se refiere? ¿A qué está dispuesto y a qué no está dispuesto? Parece que, frente a los *precarios*, las trayectorias *ambivalentes* priorizan el contenido del trabajo en relación a la remuneración económica, al menos durante un tiempo. La cuestión es que, cuando no se conciben de manera temporal, las preferencias ambivalentes suponen una renuncia a la independencia y sólo pueden llevarse a cabo bajo la premisa de recursos previos disponibles, generalmente de familiares –parejas o padres–.

Un tipo bien diferente de experiencia laboral es la que nos presentan los jóvenes que han emigrado al extranjero. Como ya comentamos en el apartado dedicado al diseño metodológico de la investigación, la creciente importancia que el fenómeno de la emigración de jóvenes

cualificados está adquiriendo en nuestro país<sup>28</sup> nos llevó a incorporar dentro de la muestra seleccionada a un reducido número de entrevistados que estuvieran residiendo en el extranjero. Pues bien, las experiencias laborales de los jóvenes en el extranjero son muy variadas. A los sentimientos contradictorios de haber dejado el país, querer vivir nuevas experiencias, afrontar la necesidad de adaptarse a nuevos sistemas, sentirse reconocidos pero estar solos, etc., se unen las diferencias en la acogida.

La variedad de oportunidades que se les presentan y las diferentes condiciones de partida les sitúan ante tesituras muy distintas que van desde percepciones de sí mismos como emigrantes a la de la posicionamientos similares a los de la ciudadanía global. La realidad es que las experiencias de trabajo de las personas entrevistadas para este estudio que residen en países de la UE y que han salido en los últimos dos años son muy diversas. Algunos se encuentran realizando trabajos de hostelería o comercio, otros mantienen puestos de responsabilidad en multinacionales y otros están momentáneamente en paro.

Las experiencias previas que habían tenido en España son también variadas, sin embargo existe una visión compartida por todos de un mercado laboral cicatero donde no existe la movilidad social. Es cierto que no todos estaban en paro cuando salieron y que algunos tenían trabajo y lo dejaron para irse fuera, pero en todos se aprecia el rechazo respecto al desprecio y a la falta de reconocimiento sufridos. Así describía este joven informático su experiencia laboral en España donde trabajaba en una consultora con altos niveles de exigencia –horarios, dedicación, formación, responsabilidad, etc.– sin suficiente retribución; lo que le impulsó a irse a Inglaterra:

“De becario estuve nada más que seis meses y a continuación me hicieron un contrato en prácticas de un año. Al finalizar ese año me hicieron otro contrato en prácticas de otro año y al finalizar ese segundo año, ya me hicieron un contrato ordinario. (...) Mi horario era de ocho de la mañana a siete de la tarde, todos los días. Eso era lo

---

(28) Todavía no hay un consenso cierto sobre la verdadera dimensión cuantitativa del fenómeno de la emigración juvenil (cf. Gonzalez Ferrer 2013), pero de lo que no cabe mucha duda es de su significación sociopolítica como demostración de la incapacidad de la sociedad española para rentabilizar el esfuerzo en formación realizado en estas últimas décadas y del sentimiento de frustración que predomina entre las nuevas generaciones.

deseado. Lo normal era que te quedaras más. (...) a lo mejor salías a las nueve todos los días.” (*Entrevista 27, hombre, 26 años*).

Una de las primeras reflexiones que se desprenden es que, frente a la situación vivida en España, las experiencias en el extranjero reflejan cierto grado de reconocimiento. La acogida no tiene nada de solidario ni de fraternal, sus componentes tienen tintes laborales; son estos los que permiten ubicar a los recién llegados en el marco de derechos y deberes de la sociedad a la que acuden. Esta primera ubicación es la que facilita a los jóvenes la sensación de gozar de un reconocimiento social al que no habían tenido acceso en su país de origen. En ningún sentido se idealiza la situación en la que se encuentran, que es interpretada como dura por todos; es tan sólo una reflexión sobre las distintas reglas de juego que imperan en cada sociedad.

En el extranjero también se producen experiencias laborales similares a las vividas en España; es decir, también están presentes la precarización y la sobrecualificación (agravada en el caso de los jóvenes que no tienen un buen manejo del idioma nativo). La flexibilidad laboral del sistema se traduce en los puestos más bajos de ciertos sectores, en una clara incertidumbre en lo que a horas, turnos y salarios se refiere; la modificación de horarios laborales es frecuente lo mismo que la inseguridad sobre el sueldo. Algo no muy diferente a lo vivido en España:

“(...) aquí en Londres lo que se lleva mucho en hostelería, que es donde me estoy moviendo yo ahora, es... no existe un contrato como tal. Ellos te contratan por horas. Tú tienes un turno semanal, que te enteras la semana anterior y puede ser modificado. (...) a lo mejor hay meses que ganas mucho dinero pero no tienes nada de tiempo, y otros que tengo mucho tiempo pero a lo mejor gano 180 libras a la semana.” (*Entrevista 27, hombre, 26 años*).

“Contacté con un señor que era fotógrafo y me cogió para hacer prácticas en su empresa. Resultó que su empresa no existía, él era fotógrafo “freelance”, que no tenía estudio, que era su casa y que terminé yo enseñándole fotografía. Fue bastante cutre sí, entonces lo dejé.” (*Entrevista 26, mujer, 25 años*).

Aunque la exigencia y la competitividad son fuertes, reconocen que se les valora, que existen buenas oportunidades, que el sueldo es mejor y que realizan lo que les hubiera gustado hacer en su país. La sensación

de un mejor funcionamiento como sociedad es otra cuestión interesante y llena de matices. La presencia de mayores componentes meritocráticos es un aspecto valorado –con agencias de búsqueda de empleo muy eficaces trabajando en torno a la empleabilidad y un mercado más dinámico que permite incorporación rápida–. Queda patente la sensación de que las reglas de juego están más claras.

“(…) desde enero de 2013 de este año, estoy en Hertz en la compañía de coches, que aquí está la central europea, y estoy en el departamento de documentación, en un proyecto (...) Aquí estoy cobrando tres o cuatro veces lo que cobraría en España, creo. Y es el sueldo mínimo aquí.” (*Entrevista29, mujer, 24 años*).

La conclusión final es que en el extranjero puedes vivir mejor y encontrar trabajo, cosa que en España es difícil, pero nada es tan sencillo como parece. Ninguna de las personas piensa en volver en un futuro cercano porque se dan importantes condiciones básicas difíciles de conseguir en casa. En concreto, se valora que los salarios no cualificados igualen a los cualificados españoles y, sobre todo, la emancipación actúa como un plus. Aun así, la incertidumbre no desaparece; es cierto que el trabajo les da más seguridad, pero también son conscientes de que no lo es todo.

#### **1.4. La sobrecualificación como norma**

La experiencia de la sobrecualificación de los jóvenes en España va más allá del desequilibrio que se produce en el mercado laboral entre la cualificación requerida para un puesto de trabajo determinado y la cualificación que posee por el sujeto que lo ocupa. En la actualidad, con una tasa de desempleo juvenil tan elevado, las reglas que impone el mercado laboral parten de la sobrecualificación como norma. Según los datos del Observatorio para la Emancipación del Consejo de la Juventud, la sobrecualificación –entendida como la población asalariada con un nivel de estudios superior a la formación mínima requerida para desempeñar el puesto de trabajo– afecta más a las mujeres que a los hombres y alcanzaba en el segundo semestre de 2013 a más de la mitad de los jóvenes asalariados menores de 30 años que ya habían finalizado sus estudios<sup>29</sup>.

---

(29) <http://www.cje.org/ca/publicaciones/novedades/observatorio-de-emancipacion-n1-segundo-trimestre-2013/>

Se trata de una norma aceptada por los jóvenes de clases medias jóvenes que han sido socializados en los valores meritocráticos y que admiten el valor de los títulos como principio selectivo fundamental. El estado del mercado de trabajo y la presión del paro favorecen la “hiperselección” (Boltanski y Chiapello 2002:334), por lo que la sobrecualificación actúa como una condición aceptada que permite acceder a mano de obra muy competente. Por otra parte, la sobrecualificación no deja de ser una ventaja comparativa respecto a los jóvenes que tienen un nivel formativo más bajo y es que la educación superior es utilizada como un elemento para ganar posiciones en la competición respecto a los menos educados (Côté 2013).

Las altas expectativas depositadas durante décadas en el sistema educativo convirtieron la formación universitaria en una condición indispensable para la reproducción –o el acceso– a las clases medias. Frente a ellos, se presenta un panorama protagonizado por un escaso desarrollo de los títulos de grado medio y altos niveles de fracaso en los niveles básicos. El resultado es una situación polarizada con muchos jóvenes cualificados sin empleo y otros tantos con niveles formativos muy bajos; una situación con mal acomodo en un mercado laboral incapaz de aprovechar el conocimiento de las jóvenes generaciones. El informe de la OCDE proporciona datos que confirman este escenario y permite valorar el nivel educativo de España respecto a los países de su entorno socioeconómico. Los resultados que ofrece para el año 2010 ratifican la polarización de los niveles educativos en el país, con un alto porcentaje de población que sólo ha alcanzado la primera etapa de la Educación Secundaria (un 47% frente al 25% de media de la UE21) y un porcentaje también alto de población con Educación Terciaria, concretamente un 31%<sup>30</sup>. Frente a ellos, sólo el 22% restante se sitúa en los grados educativos medios (Educación Secundaria y postsecundaria), en comparación con el 42% en Francia, el 48% en la media de la UE21, o el 59 % de Alemania (OCDE 2012).

El campo educativo mantiene para estos jóvenes de clase media una función paradójica. Por un lado, la educación sigue manteniendo algo de la (vieja) idea ilustrada que la consideraba el terreno para la formación del ciudadano donde se prioriza el sentido de la vocación, del gus-

---

(30) Este 31% de personas con educación superior representa una cifra superior a la de Alemania (un 27%), a la media de la UE21 (28%) y a la de Francia (29%).

to o del servicio público. Es de esta forma, encontrando valor intrínseco al aprendizaje y disfrutando con el estudio, cómo los jóvenes deciden sumar otra carrera a la que ya tienen, un máster más... o dos. La juventud se interpreta, entonces, como un periodo de formación al que se tiene derecho de cara a forjarse como futuro ciudadano, maduro (y formado). Por otra parte y en sentido contrario, estas clases medias son conscientes del lado crematístico de la educación, por lo que no pueden olvidar las recompensas laborales tan diferentes que reciben los esfuerzos escolares. En este caso, la preocupación por dibujar trayectorias bien acomodadas a las demandas laborales forma parte de sus decisiones más importantes.

P: *¿Por qué hiciste una segunda carrera?*

R: Porque me apetecía seguir estudiando, me gusta mucho estudiar, y psicología siempre me ha gustado. (...) hice la licenciatura, en el 2011 van a hacer dos años; ahora en junio dos años. Y cuando terminé la carrera dije: ya no estudio más de momento. (*Entrevista 1, mujer, 28 años*).

Los jóvenes con trayectorias *exitosas* que cumplen con el requisito de actualizar sus conocimientos de manera constante encuentran recompensada su acción y no se sienten sobrecualificados. Para los que desarrollan trayectorias *precarias* y *ambivalentes*, la experiencia de la sobrecualificación sí se hace patente y conduce a que el incumplimiento de las expectativas laborales iniciales prolongue la fase transitoria hacia la adultez. Son conscientes ambos de haber cumplido su cometido (se han formado tal y como se les dijo) sin haber recibido lo esperado, lo que se traduce en sentimientos de insuficiencia y falta de plenitud. Sin embargo, y antes de responsabilizar a terceros de la situación, perciben su responsabilidad: bien sea por haber confiado en la promesa, por haber formado parte del juego, por no haber tomado las decisiones oportunas, por no haber resultado ganador en los procesos selectivos, etc.

La confianza meritocrática en la formación como (único) criterio de reproducción social despojó a los jóvenes de clases medias de otro tipo de recursos. El valor del mérito como referencia omnipresente ha determinado que gran parte de su empeño –también el de sus padres– se movilizara en ese campo; el resultado es que hoy no resulta sencillo beneficiarse de las herramientas de integración sociopolítica que no pasen por la vía formativa-laboral.

Es frecuente que los jóvenes titulados consideren la formación el camino más sencillo para dignificar sus condiciones de vida y poder diferenciarse. Una joven en paro dice: *“hice el doctorado como por continuar, por darle especialización.”* (Entrevista 10, mujer, 26 años). Otra joven, también en paro que quiere hacer un máster cuando termine la tesis menciona: *“O sea tengo la sensación de que me puedo estar equivocando sabes? (...) pero mi objetivo realmente no es ser doctora por así decirlo...”* (Entrevista 24, mujer, 30 años). Y, finalmente, un joven con dos ingenierías y un máster menciona: *“Mis padres me dicen que estudie algo más...”* (Entrevista 25, hombre, 27 años).

La sociedad del conocimiento demanda jóvenes cada vez más formados, especializados pero a su vez adaptables, y les anima a entrar en la selección competitiva; se sabe que los jóvenes cualificados tienen menos desempleo y mejores condiciones que los no cualificados, suficiente motivo para justificar el esfuerzo. La cuestión es que en España, y como consecuencia de la pérdida de puestos cualificados, el creciente desequilibrio entre demandas laborales y nivel educativo probablemente normalizará la sobrecualificación estableciendo un marco de selección progresivamente más duro.

Las apuestas decididas de los jóvenes ya sobrecualificados por seguir ampliando su formación les permiten postergar la vida adulta, prorrogando su estatus transicional, a la vez que siguen albergando esperanzas sobre sus oportunidades futuras. Mantenerse en el ciclo formativo sin ningún reconocimiento confirma la inmadurez de un proyecto vital que requiere de más tiempo y más preparación. En el marco de ciertas trayectorias, se podría incluso valorar el efecto paralizante que ejercen la sobredimensión de la cualificación, especialmente en los casos en que actúa como un impedimento a la hora de ejecutar proyectos, responsabilidades o decisiones: *“para cuando termine la formación”*. *“Estudio luego postergo”*: ni hago, ni reclamo, sólo espero el momento de estar verdaderamente preparado.

P: *¿Por qué decidiste, al acabar Sociología, hacer este Máster?*

R: Pues yo creo que era por alargar mi vida de estudiante, porque como cierto a meterme en el mercado laboral, no sé. Era como... fue justo el año en el que salían los Máster, y había como una cierta idea de: es necesario... necesitas este Máster. Que luego me enteré que, bueno, pude comprobar que no servía para absolutamente nada; sobre todo, porque las asignaturas eran las mismas que quinto de ca-



rrera, los profesores eran los mismos. La única diferencia que había entre el Máster y quinto de carrera era el precio de los créditos, que valían el doble. (*Entrevista24, mujer, 30 años*).

El estudio se puede convertir en una sala de espera por la que se atraviesa mientras se encuentran condiciones mejores. Los jóvenes con trayectorias exitosas mantienen una idea de la formación como actualización constante, para el resto la formación representa la clave para un buen acceso. Se estudia mientras se está desempleado, hasta que se consiga un mejor salario, mientras no se obtenga el trabajo deseado.... Siempre se necesita algo más. La empleabilidad de los jóvenes de clase media se apoya en la cualificación, aunque ésta sólo sea reconocida para aquellos que desarrollan trayectorias exitosas o ambivalentes.

No obstante, la sobrecualificación no siempre es vista con buenos ojos; para el mercado de trabajo no cualificado. El exceso de formación puede suponer un obstáculo a la hora de conseguir un puesto. Los jóvenes cualificados que no llegan a acceder al mercado para el que han sido formados –aquellos insertos en trayectorias precarias– se suman a la estrategia del “falso currículum”: aquel que niega su propia cualificación para mencionar solamente su formación más básica. Como no pueden acceder como lo que son (cualificados) deben presentarse como lo que no son, (no cualificados).

“Está el curriculum verdadero y el curriculum falso. El curriculum verdadero pone que soy licenciada en Historia, que he hecho cinco cursos sobre cultura romana, que sé hablar... bueno que traduzco latín y griego, que sé el italiano (...) Y luego está mi curriculum falso, en el que pone que tengo bachillerato, que he trabajado en una lavandería y que trabajé en esa tienda de Alcorcón. (...) Ya es difícil que te llamen con el curriculum falso, el verdadero ni te cuento.” (*Entrevista 10, mujer, 26 años*).

Lo difícil será concienciarse de que ha llegado el momento de dejar de estudiar y aceptar que ni siquiera ampliando la cualificación se podrán cubrir las expectativas depositadas. Cuando se acepta que el mercado de trabajo es incapaz de albergar a todos los cualificados, se comienza a cuestionar el sentido de las altas esperanzas depositadas; se encuentra entonces la necesidad de aceptar la situación para empezar a vivir la propia vida. Romper con el ciclo del estudio constante puede ser un

primer paso de avance hacia la vida adulta. De la decisión de la ruptura se hablará un poco más adelante.

## **2. Decisiones vitales en la construcción biográfica**

En el primer capítulo de este informe se mencionó la importancia que han venido desempeñado tres esferas tradicionales –el mundo del trabajo, la pertenencia a una familia propia y la comunidad– en el proceso de integración cívica. En el actual contexto de transformaciones sociales en el que los jóvenes desarrollan sus biografías no se discute el peso que siguen ejerciendo estas esferas, pero se evidencia su cambio en la forma en que éstas son interpretadas. Frente a los modelos lineales, con normalidad productiva, estabilidad familiar y sentimiento de pertenencia territorial y política, las biografías juveniles se construyen hoy a retazos sobre la base de decisiones vitales más o menos estratégicas. En la medida en que el joven está obligado a “optar” sobre cuestiones que afectan a su realidad vital (trabajo, familia, comunidad) anteriormente resueltas por las instituciones, la tradición o la moral, las actuales decisiones se convierten en signos ineludibles de la responsabilidad individual. El requerimiento exigente en las decisiones elimina el componente de voluntariedad y obliga a los jóvenes a tomar decisiones, a menudo en espacios constreñidos donde las oportunidades son limitadas (Bauman 1999).

En este contexto de inestabilidad ya mencionado, se encuentra la necesidad de establecer mecanismos de control de la propia vida que reduzcan la incertidumbre y den significado a los pasos emprendidos. La tolerancia a la frustración y la dilatación de las gratificaciones (Leccardi 2006) es uno de los principios con los que han de moverse. Para la mayoría, la forma en que afrontan la inconsistencia de su trayectoria requiere del uso de estrategias que permitan reconstruir el sentido de su marcha. La competitividad, la adaptación, la resistencia e incluso la innovación se hacen presentes en el momento de la toma de decisiones. Sería importante señalar, no obstante, que no todo es negativo en el mundo de las decisiones juveniles y que la aparición de nuevas formas de convivencia, la consolidación de relaciones familiares democráticas o el incremento en el radio de acción de sus expectativas laborales introducen elementos de singularidad que son bien valorados por los jóvenes.

Pese a la inestabilidad de las trayectorias, el recorrido de los jóvenes hacia la vida adulta sigue estando determinado por el peso de ciertos

aspectos que juegan un papel determinante en la biografía juvenil. ¿Qué tipo de decisiones resultan importantes en la vida de los jóvenes? Sin separarnos del modelo clásico anteriormente descrito, encontramos que las decisiones adoptadas sobre el mercado laboral, sobre los ámbitos personales/familiares y sobre los componentes de arraigo comunitario, siguen siendo significativas.

## 2.1. Las decisiones sobre el mercado y la vocación

Para los jóvenes de clase media, muy marcados por el desarrollo profesional, la tensión entre el desarrollo vocacional o la mirada hacia el mercado constituye un conflicto evidente. Frente a generaciones pasadas que contaron con opciones vocacionales muy limitadas, el desempeño vocacional se reconoce como un aspecto fundamental; rechazando condicionantes, aprecian el sentido de la construcción individual a través de las preferencias y la libertad personal. La vocación se considera un derecho para el desarrollo como persona. Es frecuente encontrar valoraciones que asocian la felicidad a la posibilidad de llevar a cabo los gustos personales; un privilegio que muchos tratan de mantener pese a las recomendaciones del mercado. Otros por el contrario prefieren apegarse a estas recomendaciones, ya que el mercado laboral es siempre una opción en sí mismo, principalmente cuando la vocación es ambigua. La tensión entre ambas opciones se manifiesta en momentos puntuales como son la elección de la carrera (y otras extensiones formativas) y la solicitud y mantenimiento de cierto tipo de trabajos.

“Uno va viendo que no es lo suyo (...) Me hicieron ver que allí tampoco iba a encontrar el trabajo de mis sueños, que era muy joven que necesitaba otro tipo de estímulos, otro tipo de motivaciones.” (*Entrevista 8, hombre, 28 años*).

R: Hice el Trabajo Fin de Máster, defensa y demás, pero no era lo que yo...No era mi vocación.

P: *¿En qué momento viste que no era tu vocación? ¿Cuándo te diste cuenta?*

R: Al finalizar las prácticas, eso fue lo que más me determinó a cambiar de vida. (*Entrevista 5, hombre, 26 años*).

Las miradas hacia lo económico no son incondicionales; las recompensas personales se valoran y los jóvenes están dispuestos a romper con esa norma con tal de hacer algo que les gusta (en ocasiones cobrando

menos, con puestos menos reconocidos, en proyectos arriesgados, o retomando estudios que les gustaban). El mercado no siempre castiga la ruptura y aunque no es muy frecuente, los jóvenes arriesgan opciones seguras para seguir su vocación, para reengancharse en la formación o para salir al extranjero. El conflicto entre una vocación mal pagada y un estatus socioeconómico reconocido no siempre es fácil de llevar. La consecución de trabajos satisfactorios es un aspecto interpretado como un indicador de felicidad. Esta idea es la que lleva, por ejemplo, a un joven a renunciar a un trabajo fijo en una consultora internacional para hacer un máster sobre algo tan vocacional como los temas audiovisuales; una apuesta arriesgada que, en este caso, tuvo como recompensa un contrato en Google, (justo en el momento en que el joven ya había vuelto a presentar currículos en la misma empresa donde había renunciado).

“(...) y tenía trabajo fijo, o sea fijo, y lo decidí dejar básicamente porque no era feliz, o sea no me gustaba el trabajo, y quería darle una oportunidad a eso que me había gustado siempre, pero nunca me atreví por las pocas... igual un poco también por la familia que te dice: en eso no hay curro.” (*Entrevista 9, hombre, 27 años*).

Para estos jóvenes el desarrollo personal y la idea de perseguir un sueño son muy importantes; a ello han dedicado parte de su juventud. Las trayectorias *exitosas* lo consiguen de manera inmediata, los *ambivalentes* no quieren renunciar a ella, los *precarios* tarde o temprano tendrán que hacerlo; es ahí donde descubren que puede haber otras cuestiones necesarias en la vida.

## 2.2. Las decisiones sobre la emancipación y la pareja

Tradicionalmente consideradas dos elementos necesarios para la independencia, la emancipación residencial y la formación de una pareja (ya ni siquiera familia) han ido perdiendo capacidad explicativa a medida que las trayectorias se volvían más inconexas, las parejas más inestables y menos determinantes, y los procesos de emancipación más difíciles y reversibles. Sin embargo, tanto una como la otra –en ocasiones juntas, otras veces de manera independiente– constituyen un hito en el proceso de construcción de la vida adulta y en el propio proceso de integración. La creación de un nuevo hogar, el desarrollo del vínculo afectivo, o simplemente la liberación familiar constituyen aspectos muy valorados a los que no siempre resulta fácil acceder.

El retraso con que, desde las últimas décadas, se ha efectuado la emancipación de los jóvenes españoles ha sido motivo de reflexión, buscándose las causas en el efecto combinado que ejerce el familismo, las dificultades laborales o la falta de una política específica de apoyo a los jóvenes. Según los datos que facilita el Injuve para el tercer trimestre de 2013 la tasa de emancipación de las personas de 16 a 29 años es tan sólo del 22,60% sobre el total de jóvenes, siendo la emancipación para los varones del 17,87% y para las mujeres de 27,43%; una pauta, la de la emancipación más temprana de las mujeres, que se da en todos los países de la Unión Europea.

Si bien la emancipación residencial para los jóvenes de trayectoria *brillante* aparece como un hecho natural, para el resto exige algún tipo de sobreesfuerzo o cesión. Ante la falta de posibilidades económicas o ante la insuficiencia de políticas sociales dirigidas a ello, la emancipación para los jóvenes de trayectorias *precarias* o *ambivalentes* toma formas condicionadas que requieren de renunciias implícitas. Una forma de renuncia propia de las trayectorias *precarias* sería la vocacional, donde se prioriza la remuneración económica sobre las preferencias laborales; una segunda forma sería la renuncia a la autonomía personal, propia de trayectorias *ambivalentes*, donde se pone de manifiesto la dependencia personal respecto a los recursos que aporta la pareja, porque sólo con su apoyo se puede asumir el coste de la emancipación.

“En el futuro me veo dependiendo de mi pareja y no me gusta un pelo. Porque voy a depender de mi pareja que tendrá ahora el MIR, será médico, maravilloso, tendrá mucho dinero y espero que me quiera durante mucho tiempo, ¿sabes? (...) Pero jo, yo lo digo en serio. Y es humillante, para mí es una cosa humillante.” (*Entrevista 11, hombre, 26 años*).

Si el contrato tradicional de género ha sido el marco que ha venido dictando las normas de dependencia económica en la pareja, entendiendo que eran los recursos del varón los que facilitaban la emancipación, hoy en día se encuentran constantes transgresiones a la norma. Pese a las diferentes valoraciones de hombres y mujeres en el mercado, la aceptación de la hipergamia define una nueva forma de concebir las relaciones entre los jóvenes de clases medias.

El tradicional retraso emancipatorio de los jóvenes españoles se agrava en estos momentos. Para explicar este fenómeno, la variable económi-

ca es imprescindible pero la cultural resulta también clave. El contexto natural determinado por la tendencia acomodaticia propia de la familia española no favorece una emancipación que, en caso de producirse, se muestra como un momento de ruptura mediatizado por “la necesidad de forzar la situación”. Para muchos jóvenes la emancipación sólo se produce cuando se convierte en un fin en sí misma.

“(…) no quiero buscar el trabajo de mi vida, es como una idea muy práctica; necesito un trabajo que me pueda permitir seguir llevando esta vida de independencia, o sea, me he independizado de casa de mis padres, vivo en una casa que me gusta, me la quiero costear, necesito dinero.” (*Entrevista 24, mujer, 30 años*).

Los jóvenes que han desarrollado trayectorias brillantes descubren en el ámbito personal los inconvenientes de su trayectoria. Vinculados a mercados laborales globalizados y sin problemas para la emancipación económica, no pueden planificar una estabilidad geográfica compatible con sus opciones familiares. Para muchos el conflicto entre pareja y progreso laboral se resuelve, con dolor pero sin dudas, a favor del segundo. Por otro lado, habiendo interiorizado relaciones de igualdad entre géneros y entendiendo legítimo el deseo de desarrollo profesional por parte del otro/a, encuentran dificultades a la hora de establecer relaciones afectivas duraderas.

“(…) esto es confidencial no? que no se entere mi novia, pero si mañana, si el año que viene me dicen que me tengo que ir a Colombia, pues yo tendré que decir que sí. Y me iré a Colombia por tres años. Y yo puedo querer tanto como quiero a mi novia, que esto seguramente será el punto de ruptura (...) yo diría que sí, pero por la necesidad que tengo de aprender y avanzar. (...) ¿Apetecerme? Cero, digo oh, ahora me dices que me apetece. Pues a mí me apetece vivir con mi novia y no, no es una opción ahora mismo sabes?” (*Entrevista 12, hombre, 28 años*).

Los jóvenes con trayectorias *ambivalentes* y sobre todo *precarias* no interpretan las relaciones afectivas en estos términos. Al no obtener grandes beneficios del marco laboral –ni se realizan en sus trabajos ni son una fuente determinante de ingresos– la renuncia al mismo no llega a ser determinante. Desde esta perspectiva, la pareja puede ser un complemento, un recurso más que una confrontación, un pequeño espacio de crecimiento que permita avanzar todo lo que impide el mercado laboral.

### 2.3. Las decisiones sobre el arraigo y la comunidad de pertenencia

Ante la ausencia de un modelo colectivo de integración social que permita a los jóvenes sentirse parte de la ciudadanía, la decisión generalizada de salir al extranjero representa la mejor imagen de las dificultades de los jóvenes para integrarse en la comunidad política de referencia. En este sentido, la ruptura con la sociedad de origen se vuelve extrema. La partida es un rechazo a un modelo político social incapaz de reconocerles como sujetos válidos y dispuesto a seguir manteniéndolos como sujetos incompletos de manera indefinida. Las alusiones a la “huida”, al hartazgo y a la desesperación son constantes, máxime en un contexto donde el valor del acomodo familiar está profundamente arraigado. La estructura familiar presente en España facilita el arraigo y se muestra dispuesta a hacer cualquier esfuerzo con el fin de que la pérdida no se produzca. Pese a todo, las salidas son constantes.

R: ....y con eso finalizo y ya no quiero, no creo que vaya a tener, o sea espero no tener que estudiar nada más. Aunque ahora mis padres me dicen que me ponga a estudiar otra cosa, pero...

P: ¿Otra?

R: No, porque les da miedo que me vaya claro. (*Entrevista 25, hombre, 27 años*).

No resulta contradictorio que la partida además de extrema se perciba como natural. Natural porque los jóvenes de clases medias han sido socializados en la necesidad de adaptarse a un espacio global donde se diluyen las fronteras y en el que las oportunidades no se interpretan vinculadas a territorios locales. Es natural, además, porque su estancamiento personal y su falta de reconocimiento no sólo se perciben como injustos sino como ilógicos. Muchos de los jóvenes que ahora residen fuera habían vivido experiencias previas en el extranjero, con prácticas laborales, becas de estudio, visitas...; eso convierte su decisión en un proceso racional basado en una comparación entre países donde España no sale bien parada. La facilidad con la que se efectúa la salida hoy en día ha convertido la residencia “fuera” en una opción posible. Su preparación para adaptarse a nuevos entornos lo ha hecho real.

Es cierto que no sólo quieren irse por cuestiones económicas, y que algunos ven el extranjero como un desarrollo más de sus opciones laborales –“*un poco por seguir avanzando y conocer otras cosas, y otros*

*campos artísticos más interesantes, que a lo mejor el que hay aquí.” (Entrevista 20, hombre, 26 años)*– pero para otros muchos ello obedece al no reconocimiento de posibilidades no sólo laborales sino también personales y sociales en nuestro país.

“A mí me han expulsado de mi propio país porque no puedo encontrar trabajo. Hay mucha arcada emocional de pensar ¿por qué tengo que estar en un país en el que no estoy a gusto y por qué mi país no me ayuda?” (*Entrevista 26, mujer, 25 años*).

Algunos llevaban ya un tiempo organizando la salida –“*el máster ya lo he hecho con la idea de irme*” (*Entrevista 25, hombre, 27 años*)–; otros se lanzan sin más, sin ninguna planificación, hastiados de la situación económica, política y social “*huyendo del país ante la falta de alternativas*”. En este caso el recurso más apreciado es la red de apoyo; es decir, el capital social –nacional e internacional– del que disponen estos jóvenes y que se convierte en la clave de la supervivencia. Dicha red hace valorar la posibilidad de construir lazos solidarios en el extranjero. Aunque algunos acuden con contactos laborales (prácticas, contratos, etc.), la mayor parte va con la idea de empezar desde cero y esperando poder albergarse en casas de conocidos.

Algunos denuncian la fuerte presión social que existe y que les empuja a marcharse, como si ya estuviera claro que “*aquí no se puede hacer nada*”, lo que supone la negación de las mínimas posibilidades para iniciar un giro y modificar su situación. Es aceptar que no tienen ningún papel que jugar o que sólo cabe la huida, como si ya estuvieran abocados a la salida como única posibilidad real. Por otro lado, perciben que cada vez se sienten con menos posibilidades para volver: “*España está cerrando las puertas a los que estamos fuera.*” (*Entrevista 26, mujer, 25 años*).

El hecho de que muchos de ellos salgan al extranjero con su pareja implica que junto a la salida se da un paso hacia la emancipación. La falta de perspectivas y la inseguridad experimentada por muchos jóvenes en España genera un estancamiento en las relaciones afectivas que dificulta la toma de decisiones y el avance. En este sentido, su marcha se interpreta como un impulso a su relación, una vía para desarrollarse en el plano afectivo y para culminar un aspecto vital en la construcción de su biografía personal.



“Es que aquí la situación es diferente. O sea cambia radicalmente. Por un lado porque no está la casa de mis padres y porque en vez de compartir una habitación, estamos viviendo solos en un piso.” (*Entrevista 27, hombre, 26 años*).

La idea de construcción paulatina y la importancia del día a día les hace difícil pensar en el mañana; pero de momento los que se han ido no hablan de volver, al menos a corto plazo. No se dan las condiciones para hacerlo. A pesar de las dificultades con las que se encuentran, en el extranjero hallan la posibilidad de una construcción personal más sólida, algo que no habían podido lograr en España.



# 4

## Imaginarios de futuro de los jóvenes: hilos narrativos entre la biografía y la historia

### 1. Imaginar el futuro en tiempos inestables

En el anterior capítulo nos movíamos en el terreno de las experiencias para profundizar en las visiones que los jóvenes tienen sobre los procesos de integración y en la valoración que les merecen. Ahora daremos un paso más y desde las experiencias nos iremos hacia las expectativas, con el propósito de estudiar cómo se imaginan el futuro, personal y colectivo. Y es que indagar en los imaginarios de la situación futura es también hablar del presente, desde otro ángulo, por cuanto las expectativas tienen la capacidad de orientar la acción de los sujetos, especialmente en entornos inciertos e inestables. Por consiguiente, este capítulo pretende ofrecer una visión general de las proyecciones de futuro que los jóvenes estudiados visualizan, imaginan y comparten. En dicha visión se combinan elementos de la experiencia y la narrativa individual con representaciones colectivas; en concreto, las relativas al sistema de integración cívica del que forman parte.

Partiendo de lo constatado en capítulos previos de este trabajo, en comparación con las situaciones de sus mayores e incluso de jóvenes como ellos en otros países, la *frustración* es un elemento fundamental para comprender la ambigüedad con la que se relacionan con el Estado social heredado. Asimismo, sienten incumplida la idea de que había una promesa de movilidad social que conducía a la satisfacción diferida de sus expectativas “a condición de” transitar por los medios ofrecidos

por la estructura, al verse en situación de vulnerabilidad y precariedad. El resultado es un claro desconcierto y una incertidumbre en torno al futuro, en relación con lo que desean y con lo que pueden permitirse desear. Las dificultades de los jóvenes para imaginar futuros no están condicionadas exclusivamente por una coyuntura de crisis que les sitúa en el límite del sistema, sino por las propias transformaciones estructurales que entrañan la segunda modernidad o la sociedad del riesgo, que dan forma inestable a sus transiciones a la vida adulta. Cuando crece la incertidumbre, no sólo frente al futuro, sino sobre el día a día, la base para el plan de vida desaparece (Leccardi 2006: 109). Las generaciones anteriores podían tolerar la frustración de acuerdo a una promesa de futuro. Hoy, los deseos y las necesidades se estructuran en el presente inmediato –o *presente extendido*–. La buena vida no se posterga al futuro; no se pospone sino que se piensan y se crean nuevas formas de temporalidad que incluyen la inmediatez y la escasa proyección de futuro. A la vez, hay un sentido de la temporalidad atravesado por momentos de “encrucijada” (Abbott 2001), momentos clave (Crow y Lyon 2010). Momentos que, como el paso de la formación al mercado laboral, ya no son lineales en las trayectorias juveniles sino que se convierten en etapas de gran inestabilidad y que, quizá por ello, lo son también de reconsideración y negociación sobre las propias expectativas.

Por otro lado, los sueños y aspiraciones pertenecen al ámbito de la biografía pero tienen una naturaleza diferente por cuanto que se vinculan con lo íntimo; con las inquietudes personales. En este sentido, sus imágenes de futuro merecen un análisis específico que tenga en cuenta la dimensión social que se deriva del encuentro con la estructura social (Mills 2010). Si los miramos a la luz de la historia y de las condiciones sociales estables y coyunturales, aun siendo problemas personales, cobran relevancia social y política.

Las aspiraciones de estos jóvenes están influidas por su posición en la estructura y por el contexto social. Son los jóvenes de unas clases medias que, como hemos planteado ya en capítulos anteriores, han sido claves en la provisión de las bases de legitimación del sistema sociopolítico. Jóvenes para quienes el sueño de la movilidad social, la obsesión con el estatus, la atribución de valor a la formación como mecanismo de integración y ascenso social, o el valor del trabajo como indicador de los logros sociales (confort y bienestar material) son esenciales. Les han sido ofrecidos como los ideales propios de la juventud y, como ve-

remos, son aspiraciones que siguen estando presentes en sus imaginarios aun cuando aparecen ciertamente valores postmaterialistas de autorrealización, bienestar espiritual, creatividad o solidaridad.

Aplicando el esquema *mertoniano* (Merton 1968), y retomando algunas de las cuestiones que se analizaron en el capítulo anterior, podemos decir que son jóvenes socializados, entre otros muchos aspectos, en los fines sociales de la clase media y en la idea de que la integración plena en la sociedad se produce a través del estatus profesional y del éxito económico (material). En este esquema, el principal medio para lograrlo es la formación y la esperanza en el logro de la estabilidad material. Pero, como ya hemos indicado en varias ocasiones, este modelo hace tiempo que se ha roto porque la inestabilidad de las trayectorias juveniles es una característica propia de la sociedad del riesgo. Además, la situación sobrevenida de crisis desde 2008 parece conducir a un proceso de introspección y reflexión biográfica y social. Los jóvenes están atravesando “tiempos inestables” (Swidler 2003), no sólo por su propia situación de ciudadanos en transición, sino porque el momento particular de las sociedades avanzadas es de inestabilidad duradera y riesgo. En este sentido, la noción de “*unsettled times*” permite interpretar el proceso de reajuste de expectativas y de sueños posibles en el marco del cambio social más amplio, de la coyuntura de crisis socioeconómica y de la propia condición juvenil, pues todo ello configura un contexto caracterizado por “*tiempos y espacios en los que la realidad social está en proceso de negociación*”.

Si entendemos que las expectativas son valoraciones más o menos realistas de los fines sociales logrables, y los sueños son definiciones ficticias de las ambiciones (Baird et al. 2008), podemos examinar cómo se encuentran las unas con los otros en el proceso de “ajuste”, rebaja o inflación de los mismos en el proceso de negociación de la realidad, de su realidad. Porque mientras algunos de estos jóvenes están reduciendo el valor de lo que esperaban lograr y limitan sus sueños a ficciones de supervivencia, otros inflan las expectativas en lo que podría ser una estrategia distinta de enfrentar o adaptarse a la tensión (Agnew y Jones 1988) y elevan sus sueños a ficciones claramente inalcanzables, pero legítimas.

Con el fin de dar cuenta de este proceso, este capítulo transitará por dos niveles de análisis a través de los que podemos interpretar los ima-

ginarios de futuro y los sueños juveniles. Hay un plano narrativo individual, claramente visible en las secuencias que se presentan, y hay un plano colectivo en el que la sociedad es imaginada. No se trata de procesos separados sino de dimensiones diferentes de su imaginario, ya que, tanto en uno como en otro, el individuo está en un permanente proceso de diálogo y negociación con lo estructural y con lo colectivo.<sup>31</sup>

### **1.1. Las proyecciones de futuro de los jóvenes: la diversidad de hilos narrativos**

Un primer análisis de carácter temático sobre el material epistolar recogido en nuestro trabajo de campo evidenció que los diferentes grupos de edad entre los jóvenes de clase media, que les sitúa en diferentes etapas del ciclo vital, arrojaban percepciones de su situación muy distintas que, sin embargo, iluminan el proceso vital por el que transita la juventud. Si en las edades más bajas (20-22 años) se ponen inicialmente todas las esperanzas en la formación como mecanismo de integración, este proceso es seguido en el siguiente grupo de edad (22-25 años), por momentos de cuestionamiento de la formación y de rebaja de expectativas en el encuentro con el mercado laboral. Finalmente, el grupo de jóvenes en edades más avanzadas (25-27 años) muestra un momento vital que se caracteriza por el cuestionamiento de las propias expectativas ofrecidas por el sistema. Una fase que conduce a la introspección reflexiva acerca de la propia socialización y de sus reflejos en un sistema sociopolítico cuestionable y que se ve con distancia. Asimismo, tiene lugar una reconsideración de las expectativas y los sueños hacia la autorrealización y la satisfacción personal no derivada del trabajo ni de la inserción social. Este esquema, que podríamos tomar como tipo ideal del proceso por el que transitan los jóvenes con respecto a sus expectativas, pone entonces las bases para analizar diferentes tipos de sueños e imaginarios.

Toda narración tiene una trama que se desenvuelve en una secuencia en la cual la biografía se elabora en función de una situación y un contexto dados. Podemos entender que la secuencia evidenciará prioridades, expectativas y sueños. Las proyecciones de futuro entrañan significados entre el “*self*” deseado y la apropiación interior de lo cotidiano.

---

(31) Una explicación detallada de los instrumentos de recogida de datos y del diseño de análisis se encuentra en el capítulo 2 de esta monografía.

Es un modo natural de hablar de lo social (Richardson 1990) pero también una fuente más de información social en tanto entraña un orden y un género (estructura), y un contenido (agencia). Las cartas escritas por los estudiantes universitarios nos dicen cómo se presenta el “*self*” (Goffman 1959) en las historias (Riessman 1993). Un análisis completo conduciría a tomar en consideración el contenido –la sustancia de lo que se cuenta en la historia–, la estructura retórica –en el cómo se cuenta y el trabajo retórico que comporta, la función que cumple una narración epistolar (desahogo, justificación, queja etc.)– y el contexto de su elaboración. Sin embargo, dado su carácter experimental, este análisis se centra únicamente en el contenido y la estructura, entendiendo que entre todos los elementos de la narración son los menos afectados por el diseño experimental y que, al indagar en qué se centraron, qué se priorizó o qué se ocultó, podemos saber más de sus sueños y deseos, si es que acaso se pueden permitir soñar.

El análisis de la narrativa epistolar es fundamental por el trabajo retórico que conlleva: la construcción de una narración de planes de futuro (Edley y Wetherell 1999). Se trata de un ejercicio proyectivo en el que el sueño se encuentra con la estructura; en el que “*lo que querrían*” se topa con lo que “*se pueden permitir*”. En este sentido, consiste en analizar qué proyección decidieron y qué dilemas ideológicos (Billing 1987) hallan en el proceso cuando se debaten entre el trabajo vocacional y el trabajo alimenticio, entre la persecución de la proyección profesional aquí y el extranjero, entre la estabilidad material o la precariedad vital autorrealizada. Si asumimos que las secuencias narrativas comportan parte de sus sueños e imaginarios futuros, tiene sentido sistematizar la información atendiendo a la secuencia que siguen.<sup>32</sup> Es por eso que hemos optado por analizar el contenido y la forma de los materiales epistolares y sistematizarlos en forma de secuencias temáticas: ¿qué se prioriza en el futuro proyectado? La secuencia es la mínima expresión de la dirección a la que apuntan los proyectos vitales imaginados por los jóvenes y la estructura que guía todo el relato.

Dentro de la diversidad de planteamientos y de secuencias que adoptaron las proyecciones de futuro de los jóvenes analizados, sobresalen determinados hilos o secuencias narrativas que serán objeto a conti-

---

(32) La idea de hilos o secuencias narrativas es una traducción propia al término “*storylines*”, muy habitual en los análisis narrativos (Mishler 1999; Taylor 2007).

nuación de un análisis más detallado. Se trata de encadenamientos que aparecen de manera más recurrente y que hemos denominado como secuencias migratorias, de proyección profesional, de encrucijada, de introspección y autorrealización.<sup>33</sup> A continuación se presentarán los distintos tipos de hilos narrativos a través de los cuales estos jóvenes han decidido proyectar su biografía en el futuro.<sup>34</sup>

En primer lugar, los mayoritarios son, sin duda, los que llamamos hilos migratorios e hilos de proyección profesional. Comportan secuencias en las que hay una clara interiorización del trabajo y del estatus vinculado al mismo como mecanismos de integración y ascenso social. Además, la gran mayoría de las secuencias comienzan con reflexiones en torno al esfuerzo formativo realizado, individual y familiarmente, con la esperanza de una satisfacción diferida de las expectativas propias de la clase media: estatus asociado al trabajo y comodidad material derivada del éxito económico. Y lo que hace diferente las narrativas de proyección profesional de las estrictamente migratorias, es el énfasis que en las primeras tiene la continuación de la formación y especialización para hacer visibles perfiles altamente cualificados, en los que, además, la vocación juega un papel fundamental. En las segundas, sin embargo, el acento está puesto en la constatación de que sólo en otros escenarios (otros países y continentes) se lograrán el reconocimiento de su cualificación profesional así como el bienestar material que permite satisfacer las necesidades propias de la transición a la vida adulta (independencia, vivienda, vida en pareja y familia propia). Estos dos hilos argumentales se caracterizan en su mayoría por un alto grado de individualismo, que en el caso de las historias migratorias es muy obvio porque se entienden como soluciones individuales a problemas que, no siempre pero en muchos casos, se diagnostican como colectivos. No es “su” problema, sino el problema de España o de la sociedad española. Sin embargo, sí es “su” solución porque –y esto es más que visible– se sienten olvidados, ignorados y sobre todo desposeídos de todo poder para cambiar la situación.

---

(33) Entre la diversidad de hilos que desarrollaron los jóvenes para pensar su futuro, aparecieron también argumentaciones de “queja” vinculada a las circunstancias inmediatas (“a quien pueda interesar” o “querido Bárcenas”) y también de “presentación” de sí mismos en términos formativos (quiénes son y qué formación tenían). Siendo ilustrativos de las inquietudes personales y colectivas de los jóvenes, estas secuencias, sin embargo, no fueron las más visibles.

(34) La presentación gráfica de secuencias se ha elaborado atendiendo a criterios de visibilidad y presencia en los materiales analizados. Por esta razón, el peso de los hilos migratorios, por ejemplo, es mayor que el de los hilos de autorrealización.



En segundo lugar, hay un conjunto de hilos narrativos muy focalizados en el momento y en la incertidumbre que comporta el mismo. Se trata de secuencias en las que se hacen valoraciones a partir de momentos clave en el plano personal y en el plano social. Son las secuencias de “encrucijada” y de ajuste de expectativas en las que los sujetos parecen encontrarse en un momento clave (Crow y Lyon 2010). En ellas no hay una estrategia definida y se evidencian dificultades, precisamente, para soñar. Estos impedimentos para imaginar el futuro, por lo tanto, conducen a la confusión o al estancamiento; al “esperar” a que se aclare su situación o a que ocurra algo que les permita avanzar o perseguir sueños que ahora mismos no se atreven a plasmar.

En tercer lugar, aparecen, aunque con una presencia menor, otros dos hilos narrativos: son secuencias de introspección y autorrealización en las que, aun habiendo un importante componente individualista, es visible cierta capacidad de interpretar su biografía en relación al contexto social e imaginar sus propias situaciones vinculadas a cambios sociales más amplios. En estas dos líneas –que son claramente reflexivas– existe un proceso de introspección acerca de sus propios procesos de socialización, de lo que esperaban, de lo que les ha venido impuesto, de lo que ya no sirve y de sus efectos en sus propias vidas cotidianas. En dichas líneas argumentales, que podemos denominar secuencias introspectivas y secuencias de autorrealización, el valor de las expectativas de clase media está mucho más matizado y se produce un claro esfuerzo por repensar su situación no sólo en términos estratégicos –“qué hago”– sino en términos reflexivos, emotivos: “a qué quiero aspirar”.

Si analizamos estos distintos tipos de secuencias, podemos ver cómo en su mayoría reflejan estrategias individuales para salir adelante en un contexto incierto. A la vez, imaginan biografías en las que vemos cómo se renegocian las expectativas que se habían asumido y las ambiciones que se habían desarrollado, en un proceso que conlleva la activación, la innovación o la adaptación. Son sueños de trayectorias que ya aparecen reflejadas en el capítulo 3; trayectorias de éxito vinculadas a la proyección profesional, imaginarios que constatan la precariedad que les acecha o, imaginarios ambivalentes en los que se vive en una situación de *impasse*, de encrucijada que, bien permite redefinir lo esperado y lo esperable, bien posterga los sueños en espera de una ocasión que permita soñar. Porque es cuando se rompe el panorama, el paisaje fu-

turo socialmente compartido, y desaparece el horizonte que había estado naturalizado, cuando emergen las trayectorias individuales con más fuerza (Travory y Eliasoph 2013).

### Secuencias migratorias: soluciones individuales en espacios globales

Cuando las aspiraciones y los sueños de los jóvenes pasan por el logro de una inserción en el mercado de trabajo, la salida al extranjero se convierte en un medio para el logro de un fin imaginado. Entre las 40 cartas que se han analizado, 11 comportaron secuencias claramente migratorias y la gran mayoría mencionan en su proyección la idea migratoria. No se trata sólo de que la migración sea un sueño en sí mismo, sino que el “más allá de sus fronteras” forma parte del escenario de posibilidades. Este es un hallazgo fundamental para comprender los futuros imaginados. Se trata de una concepción del espacio que para ellos trasciende las fronteras del Estado-nación. Y su espacio, aunque incluye otros continentes, es especialmente europeo para una generación en la que la experiencia *Erasmus* constituye un proceso claramente transformador. “*Podría estar hablando de esta experiencia sin parar*” (Carta 26, mujer, 24 años). Una vivencia que, en el momento de organizar sus planes de futuro, ilumina las posibilidades y los sueños:

“(...) para salir de dudas, tan sólo necesité 15 minutos, lo que tardé en sentarme delante de mi ordenador y ver las fotos que tenía sobre mi último año (...) me hizo darme cuenta de que el concepto que yo tenía sobre la palabra futuro ahora es muy diferente y mucho más amplio de lo que yo pensaba antes de irme de Erasmus a Suecia.” (Carta 24, hombre, 24 años).

**Secuencia migratoria 1.** (Carta 18, hombre, 22 años). Con destinatario en el extranjero y uso del género epistolar convencional.

(...) ¿Qué tal te va por Inglaterra? Entre que yo **estuve de Erasmus** y tú te fuiste (...) (...) **Yo espero seguir tus pasos** pronto yéndome al extranjero a buscar trabajo (...)

(...) **Volví a la realidad** después del gran año que pasé de Erasmus. (...)

(...) el año que viene a estas alturas ya habré acabado los estudios, y espero estar lejos de aquí. **Vistas las poquísimas plazas que salen de oposiciones, y el gusanillo de vivir en el extranjero** que se me quedó después del Erasmus, estoy decidido a irme.

(...) **Tengo un dinero ahorrado** considerable para mantenerme (...) guardados para **ese día que coja la maleta y me vaya a X lugar donde volver a empezar.**(...) Ya sabes que **mi sueño es irme a EEUU**, es mi primera opción (...) Luego está la opción de ir a Inglaterra como tú, en ese caso ya te tengo a ti para que me echés una mano (...)

(...) Una vez fuera, **no me importará trabajar de cualquier cosa**, aunque **me encantaría poder dar clases** de español, que **para algo he estudiado dos carreras de Educación**, pero la **prioridad es empezar a caminar solo** (...)

En esta secuencia, dirigida claramente hacia una amiga en el exterior, la experiencia *Erasmus* ha venido a dar forma a una ilusión/sueño o expectativa del sujeto. De hecho, su retorno fue como “volver a la realidad”. Está centrada en la presentación de un sueño que pasa por vivir en el extranjero. En el proceso de relatar dicho sueño, el sujeto se encuentra con la necesidad de justificarlo y para ello hay una constatación de las posibilidades estructurales para lograr un trabajo, pero también el propio atractivo (vinculado al estilo de vida) de vivir en el extranjero. El final de los estudios, medios naturales para fines y sobre los que no parece haber conflicto, es la fecha que marca el inicio del futuro imaginado y para la que el sujeto se prepara.

Ahora bien, las posibilidades de logro se asumen dificultosas y es aquí donde se rebajan las expectativas y se plantea la posibilidad –siempre en el extranjero– de ir allá donde las cosas sean más fáciles para el logro de la independencia soñada. Las expectativas laborales han sido rebajadas y se asume que, aun cuando hay un sueño profesional, este

es ciertamente inaccesible y el recurso a un trabajo “alimenticio” le permitirá lograr su ambición: la independencia. En esta secuencia la migración está soñada, decidida y planificada. Hay escenario futuro y éste pasa por el espacio global. El sujeto se mueve entre lo deseado y lo factible, que es recalculado en sus propias experiencias con las distintas realidades (como lograr un visado en EEUU para cumplir su sueño). Es una proyección de solución individual a un problema que ni siquiera se plantea como problema colectivo, pero cuya responsabilidad tampoco se asume. Es como la naturalización de las condiciones estructurales y la persecución del esquema tradicional en otro lugar donde funcione.

**Secuencia migratoria 2** (Carta 3, hombre, 22 años). Con destinatario en el extranjero y uso del género epistolar convencional.

(...) Aquí las cosas siguen como siempre, con **incertidumbre**. Nadie sabe si va a poder aguantar un mes o un año, pero todos tenemos claro que tarde o temprano nos va a tocar sufrir. (...)

(...) Acabo la carrera este año (si todo sale bien), el mes que viene **podré decir con propiedad que soy historiador**. (...)

(...) **No me va a servir de nada**. Bueno, al menos no si me quedo aquí. (...)

(...) **El año que viene voy a estudiar un máster, sé que no voy a encontrar un trabajo** (...)

(...) Además, así termina la carrera mi novia Laura y podemos hacer planes los dos. Estamos **convencidos de que vamos a irnos fuera, aquí no hay ningún futuro**.

(...) Lo tenemos decidido, nos vamos a ir a Latinoamérica (...)

(...) **Será duro** estar allí solos rodeados de extraños, **pero más duro será tener que estar hasta los 40 en casa y parado**. Ya **querríamos poder vivir solos** (...)

(...) La **mayor ventaja que tenemos es la de haber podido obtener formación** (...)

(...) **Laura, por otra parte, ha perdido la fe en estudiar**, quiere hacer algo con las manos. (...)

En esta secuencia hay referencias claras a fines laborales y medios formativos como bases de una trayectoria convencional. Pero el futu-

ro se presenta y se experimenta en pareja. Ello conduce a una narración en la que la prioridad es la independencia y la constitución de una familia que sólo se puede lograr en otro lugar. Hay frustración y constatación del escaso valor de la formación en su función de inserción social, pero el carácter del trabajo aparece como una cuestión discutida y negociada entre las partes que imaginan el futuro. Mientras que uno sigue dando valor a la formación como mecanismos de consecución de empleo cualificado, la otra parte ha renunciado a otorgarle dicha capacidad y atribuye al trabajo manual mayor satisfacción personal. Hay una clara reconsideración de las virtudes sociales y personales conferidas al trabajo. En esta secuencia, la migración es forzosa y no soñada, aunque no parece traumática. No se busca la proyección profesional sino la independencia material. El escenario futuro pasa por la marcha a otro continente en el que se perciben las posibilidades de independencia en pareja. El sujeto -los sujetos por cuando se incluyen las preferencias de la otra parte con la que quiere constituir una unidad- no entra en el terreno de lo deseado sino que permanece en el espacio de lo factible: “no hay futuro”, luego no puedo soñar con lo que querría y debo permanecer en el plano de lo real. Ha habido un ajuste previo de expectativas y esta secuencia se usa sólo para presentar una estrategia para un fin, la independencia. De nuevo, se trata de una solución individual a un problema que ni siquiera se plantea como problema colectivo, pero cuya responsabilidad tampoco se asume.

**Secuencia migratoria 3** (Carta 30, hombre, 22 años). Sin destinatario ni uso del género epistolar.

(...) **No me puedo quejar** (...) las cosas me van tal y como quiero: **he estudiado la carrera que deseaba** (...) Además, llevo **varios años en una relación estable; de hecho vivo con mi pareja** (...)

(...) **Espero hacer el doctorado** en 3 o 4 años y entonces **empezar a trabajar en alguna universidad. Dado que no sé si voy a poder conseguirlo en España aprovecharé ese tiempo para mejorar inglés y alemán** (...)

(...) **Estos años han sido muy buenos, y aunque los que me esperan son inciertos** por ahora todo va bien. (...) (...) **Además tengo el tiempo suficiente para dedicarme a todas mis aficiones, que no son pocas** (...)

La migración es lejana y sólo en la medida en que no se mantenga la precaria satisfacción presente que se obtiene de la formación y de la vida en pareja, se podría convertir en un hecho. El sujeto no parece experimentar frustración de expectativas y sus sueños, formulados sin mucha emoción, pasan por el desarrollo profesional y en buena medida por la autorrealización que se deriva de sus aficiones. Con todo, el relato continúa centrado en el valor de la formación de la que se espera obtener algo; en España o en el extranjero. La salida está interiorizada como opción, pero no parece inminente ni necesaria en el momento presente. El sujeto no entra en el terreno de lo deseado sino que permanece en el espacio de lo presente. Es absolutamente inmediato y es esto lo que parece permitirle constatar que *“no le va mal”*. La secuencia no proyecta ninguna imagen de futuro y mucho menos de sueño. No hay planteamiento problemático de la situación y por lo tanto, no hay una presentación directa de la “solución” para el logro de sus sueños. Percibe incertidumbre pero no parece afectarle en su biografía inmediata. ¿En qué medida la autorrealización que busca en sus aficiones inhibe la frustración?

**Secuencia migratoria 4** (Carta 25, hombre, 24 años). Con destinatario en el extranjero y uso del género epistolar.

(...) **Me han alargado la beca y si todo va bien quizá consiga un contrato real** para después del verano (...)

(...) De todas formas, **estando las cosas como están ahora mismo, nunca se sabe** y puede que si las cosas parece que no van por el buen camino me tenga que poner a buscar trabajo de nuevo (...)

(...) **En el futuro espero ir al extranjero ya que las expectativas no son muy buenas aquí, pero para ello necesito adquirir un poco más de experiencia que me permita diferenciarme del resto de miles de inmigrantes españoles** con los que me encontraré allá donde vaya (...).

Esta secuencia está centrada exclusivamente en el trabajo, en la satisfacción de un empleo precario (beca) y en el anhelo de un contrato real. Dicha estabilidad, aun cuando no parece permitir soñar posibilidades, parece inhibir la frustración. Se asume de forma natural que en España las posibilidades son limitadas y por ello el futuro aparece ubicado en el extranjero. Llama la atención la ausencia de alusión a la formación en la narración. Y sin embargo, aparece como una necesidad en

el caso de tener que migrar; un proceso que se entiende como estructural, como una realidad inevitable y que es el signo de los tiempos para su generación. Cuando emigre, encontrará una realidad que ya conoce aquí: si todos están formados, hace falta marcar una diferencia para ser competitivos. La migración aparece en el horizonte como algo ciertamente inevitable, pero no formulado como proyecto inmediato. Tampoco es un sueño porque este sujeto no parece proyectar ilusiones y anhelos de futuro. ¿En qué medida la “estabilidad” precaria inhibe de la frustración y de la proyección de futuro? El sujeto no se debate entre los sueños y la realidad sino que hay una importante inmediatez e incapacidad para plantear lo que de verdad querría. Quizá sólo aspira a un “contrato real” y, en ausencia de él, no se puede permitir soñar. No hay formulación colectiva de su situación, como tampoco hay una secuencia problemática; en definitiva, es perfectamente individualista y en su narración los demás aparecen exclusivamente como competidores.

**Secuencia migratoria 5** (Carta 29, mujer 22 años). Con destinatario en el extranjero y uso del género epistolar.

(...) No me apetece nada volver a España. **No veo que tenga ningún tipo de opción**, va a ser volver un año para huir al siguiente (...)

(...) **Tengo algo de miedo** de volver (...) (...) **No quiero volver a casa de mis padres**

(...) **¿Cuál es el futuro que me espera? (...) lo veo todo tan negro** (...)

(...) Si te digo la **verdad no sé bien qué es lo que me gustaría hacer**. Me gustaría viajar y aprender idiomas. Suena tópico e iluso, pero aquí los suecos hacen mucho lo de tomarse un “gap year” para viajar. (...)

(...) El problema es **que tal y como están las cosas mi cabeza no puede imaginar ningún futuro**. Vivo al día porque no me puedo permitir el lujo de pensar más allá (...)

(...) Por ahora intentaré seguir ahorrando dinero, acabar la carrera e intentar **seguir estudiando** inglés, porque por supuesto, **si me quiero ir de España lo necesitaré** (...)

(...) Aun así en este momento **no veo que España me pueda aportar nada**. (...) Lo único que sé es que **antes de estar en España sin hacer nada en casa de mis padres me voy a Inglaterra a currar de camarera**. Al menos **allí no me sentiré una inútil y un estorbo** (...)

Esta secuencia es el ejemplo de la mezcla entre los sueños y las necesidades en las proyecciones migratorias. Se escribe desde una experiencia presente que parece transformadora (la estancia *Erasmus*) pero la narración de migración es a la inversa. No quiere volver y, cuando lo plantea, sabe que será circunstancial porque a la larga, imagina el futuro en el extranjero. Se constata cómo las condiciones estructurales impiden la formulación de sueños y de imaginarios de futuro. Aún cuando no hay un ideal claro, sino que se debate entre aumentar su formación (la vieja vía del logro) y la autorrealización del “year-gap” –del “año sabático” propio de otros países– constata negativamente que, dadas las condiciones de la inminente vuelta a casa de los padres y “la situación” que queda implícita en el texto, imaginar el futuro no es algo que se pueda permitir. Es que “no hay futuro”. Algo que, sabe bien, es posible en otros lugares. Volver significa renunciar a la independencia y ello genera miedo a la frustración por la pérdida de algo que se conoce y se ha experimentado positivamente. A pesar de no mostrar sueños explícitos, la migración sería la única estrategia para ser independiente (aunque sea de camarera en Inglaterra). En definitiva, la prioridad sigue siendo la independencia, pero es evidente que había expectativas de estatus profesional que son rebajadas en el curso de la narración en aras de la independencia. La migración aparece en el horizonte inmediato como algo inevitable, pero no como una experiencia de fracaso ni frustración. Surge como la posibilidad de la independencia; una expectativa que aparece como prioritaria por lo que marchar sería la liberación de algo que vive como una carga –ser inútil– en una sociedad que se entiende como utilitarista. Una sociedad en la que quien no produce y es dependiente es un estorbo. El sujeto no se debate entre los sueños y la realidad, sino que constata la imposibilidad de soñar en una realidad estructural concreta. No hay formulación colectiva de su situación como tampoco hay, a pesar de todo, una secuencia problemática. Se anticipa una solución individual y ello permite, de algún modo, adaptarse a los problemas estructurales para el propio hecho de ser capaz de soñar.



**Secuencia migratoria 6** (Carta 26, mujer, 24 años). Con destinatario en el extranjero y uso del género epistolar.

*A un buen amigo del Erasmus,*

(...) Mi carta va dirigida a un compañero que afrontó conmigo probablemente **el mejor año de mi vida (...)** **el que más me ha aportado** como persona a lo largo de mi vida (...) Tras esta experiencia **fui a buscar trabajo a Reino Unido (...)** **donde nada fue fácil me hizo ver que no tenía ni la edad ni el momento para perder el tiempo y que había un mundo de oportunidades** para nosotros en el ámbito donde me había formado (...)

(...) Actualmente **me encuentro trabajando** en una multinacional española, donde después de 6 meses de prácticas y mucha ilusión **me han premiado con algo que es tan difícil en hoy día, tener un contrato de trabajo decente (...)**

(...) Como la situación económica afecta a todos y también a las empresas más grandes, **mi futuro en algunos meses pasa por salir fuera de España (...)**

(...) Mi objetivo a medio largo plazo, es **seguir aprendiendo y formándome (...)**

Esta secuencia, en la que el espacio “global” está totalmente integrado en la visión del sujeto, parte de una experiencia transformadora (*Erasmus*). Está totalmente centrada en el trabajo y en el valor de la formación, pero ni lo primero ni lo segundo se experimentan en términos de frustración. Más bien, aún persisten las altas expectativas puestas en el trabajo (que son evidentes en la narración de fracaso de su primera experiencia trabajando en otro país, y en lo que se entiende como un “premio” al esfuerzo: el contrato decente), y se mantienen los incentivos para la formación con la promesa (que aquí no parece rota) de la satisfacción diferida del esfuerzo. No hay frustración porque en alguna medida se ha seguido un itinerario “exitoso” y se continúa soñando con el logro del estatus derivado del trabajo, que se puede obtener a través del esfuerzo individual y constante en formación; aquí o en el extranjero. La migración aparece como algo natural; sin queja ni frustración; es una necesidad vinculada al trabajo en una multinacional (en la que el imaginario del espacio de trabajo es global). Más que una proyección migratoria, aquí hay una interiorización del estatus de potencial “expatriada”

de una multinacional<sup>35</sup>. El imaginario de futuro es el propio del modelo tradicional; éste se entiende como parte de un desarrollo natural en el que el esfuerzo es fundamental. Por consiguiente, no hay sueños claros ni frustración de los mismos. Cuando piensa en plural es en términos de la empresa y en cómo la crisis afecta no sólo a todo el mundo, sino en particular a las empresas grandes. En definitiva, la proyección es individual y el futuro es anticipado según una lógica individualista.

Hasta aquí se han presentado algunos hilos narrativos que reflejan proyecciones migratorias. Más o menos inmediatas o lejanas, más de necesidad o de consecución de sueños, el hecho es que, así presentadas, ilustran la relevancia de esta proyección y ponen de manifiesto cuestiones comunes. Llama la atención, en primer lugar, su carácter de encrucijada, que, en parte, se debe al momento del ciclo vital y también al momento social. Es el paso de la formación al mercado de trabajo pero también hay una constatación permanente de que “la cosas están cambiando”. En este sentido, y aunque como hemos visto existen narraciones epistolares centradas exclusivamente en la idea de “encrucijada”, es necesario enfatizar el carácter de coyuntura crucial de las mismas. En segundo lugar, las narraciones expuestas permiten evidenciar la interiorización que estos jóvenes tienen del espacio global más allá de las fronteras estatales. En algunos casos como sueño y en otros como fracaso, pero en todos ellos como posibilidad real futura, la opción migratoria aparece de manera natural. Es más que llamativo el hecho de que son escasas las narraciones que lo plantean en términos de “migración” en sentido estricto. Simplemente es un espacio que se les hace “natural”, aunque no siempre querido.

La tercera cuestión que estas narraciones tienen en común es que están construidas en torno al binomio formación-trabajo y junto a ello, también sobre una reconsideración de lo que pueden esperar en el futuro. En todas ellas, cualquier futuro imaginado –ya como sueño, ya como necesidad– pasa necesariamente por su ubicación en otro país en el que, eso sí, unos mantienen la expectativa de lograr el trabajo, el estatus derivado del mismo y la satisfacción de expectativas materiales,

---

(35) En el imaginario y el lenguaje empresarial de las grandes multinacionales, se entiende por expatriado, el trabajador que por necesidades de la producción es destinado a un tercer país. La expatriación es una práctica habitual de las multinacionales y normalmente conlleva altas remuneraciones y atractivas condiciones sociales en el país de acogida. Esta situación difiere bastante de clásica estrategia migratoria de marchar a otro país para mejorar la situación personal y/o familiar.

y otros simplemente las rebajan y sólo pueden imaginar trabajos no cualificados como medios para la mera independencia sin más esperanzas. En cuarto lugar, todas las narraciones son proyecciones de soluciones individuales a problemas que fundamentalmente se entienden en términos también individuales. Lo más visible es la frustración, la incertidumbre y la puesta en marcha de su propia imaginación para solucionar de manera individual la propia biografía de acuerdo a expectativas que aún siguen estando muy vinculadas a la tradicional formación-trabajo.

Nadie nos autoriza a llamar sueños o pesadillas a los planes y experiencias migratorias de estos jóvenes (Berger 2002); para algunos son ilusiones y sueños, para otros, procesos inevitables a los que se ven abocados. A pesar de las narraciones individualistas *“las decisiones del emigrante están penetradas de necesidades históricas de las que ni él ni nadie de cuantos él conoce son conscientes”* (Berger 2002: 55). Lo que en estas narraciones aparece como inquietudes personales responde claramente a problemas públicos y muy visibles en el momento presente: la nueva migración española (González Ferrer 2013). Examinar sus biografías a la luz de los cambios sociopolíticos y económicos que afectan a su condición de jóvenes y de futuros ciudadanos es fundamental para interpretar la relevancia de que hayan decidido contar su historia a través de la secuencia migratoria.

Secuencias de proyección profesional: entre la vocación y la generación de recursos

Las secuencias centradas en la proyección profesional revelan una clara interiorización del trabajo y del estatus. En estas también aparece la opción migratoria y, sin embargo, hay un énfasis central en la búsqueda de la satisfacción profesional: se sueña con más formación y más especialización. Y el principal dilema al que parecen enfrentarse es entre una vocación soñada, y la simple persecución del valor de la cualificación y el estatus profesional. Se trata de proyecciones que provienen de formaciones muy profesionalizantes (psicología, medicina, criminología...) y en las que suele haber fuertes expectativas profesionales. También aparecen en sujetos que todavía se encuentran en pleno periodo formativo. Su futuro imaginado pasa necesariamente por el logro de la satisfacción que se deriva del trabajo vocacional y al que se atribuye relevancia social.

**Secuencia profesional 1** (Carta 13, mujer, 20 años). Género epistolar.

(...) **Tengo un contrato indefinido.** ¡Pocas personas pueden decir eso hoy en día! Obviamente no es el **trabajo que quiero para toda mi vida** (...)

(...) Si no encontrara trabajo de lo mío **no me daría por vencida** (...) **quiero dedicarme a la Criminología** (...)

(...) **si no tengo la oportunidad de hacerlo, me plantearía irme a trabajar fuera** de aquí (...) Me considero luchadora **y apuesto ciegamente por mi carrera** (...)

(...) **Afortunadamente el colectivo profesional** de criminólogos contamos con múltiples asociaciones que también apuestan por esta disciplina (...) Eso **da un poco de tranquilidad.** (...)

(...) Pondré **todo mi empeño en seguir formándome** (...) y en proponer ideas tanto a estas asociaciones como a las universidades o incluso en otras entidades que (...) **puedan precisar de la labor criminológica** (...)

(...) **Se debe luchar por (...) hacer entender a los poderes públicos que nos necesitan** y que podemos serles de mucha utilidad (...) Debemos trabajar (...) **dando el lugar que la Criminología merece en nuestro Estado** (...)

En esta secuencia hay un imaginario futuro claro de proyección profesional. Se ha invertido mucho esfuerzo en la formación y se apuesta por ella como fuente de satisfacción personal. Efectivamente, la opción migratoria aparece, siempre que sea para el logro de la carrera profesional y no como estrategia de supervivencia ni como sueño de experiencias internacionales. Desde una posición de precariedad “estable” (en la que otros jóvenes optarían por la autorrealización), esta narración revela grandes aspiraciones y sueños de inserción profesional. Se imagina incluso un futuro social en que dar cabida a su profesión y no se rebajan las expectativas asociadas a la misma, aun cuando hay evidencia en la narración de encuentros con la estructura y con la crisis. Ciertamente, se está en una fase muy temprana de la formación en la que las aspiraciones y las expectativas puestas en la misma aún no parecen haberse quebrado. Es por ello que es muy visible cómo la propia identidad personal se vincula a la formación y a sus potenciales resultados.

**Secuencia profesional 2 vocacional** (Carta 15, Hombre, 21 años).  
Género epistolar, destinatario en el extranjero.

(...) Que **quería estudiar medicina** a toda costa (...) ¡Pues al final **lo conseguí!** (...)

(...) La carrera **es dura, requiere mucha dedicación**. (...) unas 6 u 8 horas al día estudiando. Puede sonar horrible, pero la verdad es que me encanta, llámame masoca, jajaja. (...)

(...) Después de lo que me lo que he **tenido que currar para estar aquí** (...) **Me estoy trabajando la carrera a tope**, intento ir limpio año a año (...) **La dedicación** a la medicina es completa (...)

(...) **Me gustaría coger experiencia en el extranjero** (...) un par de años de la residencia aquí y luego (...) en Inglaterra nos tienen en muy buena consideración a los médicos españoles. Pero para ampliar conocimientos me iría a EUA, el hospital **de Boston es mi sueño** (...)

(...) Está la posibilidad de irme de Erasmus durante la carrera pero (...) **en mi carrera supone directamente alargar la carrera a 7 años** (...)

**No tengo muy claro mi futuro, pero sé qué camino va a llevarme ahí**. Supongo que los desvíos que vaya tomando serán lo que acaban de definir mi vida (...)

Esta secuencia profesional se caracteriza por sus sueños y sus altas expectativas altas, y por no haber encuentros frente a la crisis o, al menos, no se alude a ella. Se trata de una formación muy profesionalizante a la que tradicionalmente se asociaba un altísimo estatus social. Los incentivos para la formación y la especialización de este joven son muy fuertes y están orientados hacia el logro de los fines esperados. En esta anticipación de futuro, cualquier “desvío” de la estrategia considerada adecuada (incluyendo la experiencia *Erasmus*), se percibe en términos de penalización. Por ello, se alude al “camino correcto”, al mantenimiento del esquema prometido –“*si te formas más, tendrás el status profesional esperado*”– que no parece haberse roto y para el cual hay aún horizonte claro.

Sin embargo, hay secuencias centradas en el trabajo como fuente de satisfacción de expectativas y que no necesariamente conllevan el elemento vocacional. Se dibuja una estrategia profesional para un fin superior de autorrealización. Claramente se diferencian de aquellas que

rebajan las expectativas vinculadas al trabajo esperando satisfacer su frustración con un trabajo alimenticio y volcándose en la mera supervivencia o en la autorrealización. Ésta está absolutamente centrada en el trabajo y sin embargo, no hay vocación ni sueño ninguno de carácter profesional. Hay una total indiferencia ante el hecho de ser funcionario, empresario o migrante cualificado en el mundo empresarial.

**Secuencia profesional no vocacional 3** (Carta 34, hombre, 23 años). Género epistolar.

(...) **estudiar** y todo lo que ello conlleva; **así puede resumirse mi vida** (...) **gracias a mis padres puedo decir que no me falta de nada**, (...)

(...) Si algo he aprendido de mi experiencia Erasmus (...) es que hay **que atreverse, hay que moverse, buscar, luchar por lo que realmente quieres**.

**El objetivo número uno es ser feliz**, estar satisfecho con lo que hago (...)

(...) **Primero tengo que ser independiente**, encontrar estabilidad (...) el hecho de **tener dos licenciaturas no me aseguran nada** (...).

Una de las vías laborales (...), es la **de trabajar en el extranjero**. (...) Otra opción que me he planteado (aconsejado por mis padres) es la de **opositar** (...) Por último está la opción de **emprender** (...).

Lo que tienen en común estas secuencias es la centralidad del trabajo profesional (cualificado) ya sea vocacional o no. El ajuste de expectativas no es tan visible como en otras secuencias. Llama la atención en ésta que, aún cuando se constatan experiencias de la situación de crisis y de la precariedad que comporta para ellos o sus familias, no hay ningún tipo de reflexión de carácter colectivo. De nuevo, se trata de proyecciones estrictamente individuales, no excesivamente problemáticas. Estos jóvenes no sólo tienen capacidad de proyectar su futuro sino que en este proceso no manifiestan la sensación de “engaño” que perciben otros como tampoco se ven en la necesidad de matizar lo que esperaban a la luz de lo que pueden plantearse.

Secuencias de ajuste de expectativas: ¿Se puede acaso soñar?

Las secuencias que podemos llamar de “ajuste de expectativas” se caracterizan claramente por la incapacidad de soñar que entrañan. Son

las más pesimistas de todas y en ellas hay una clara dificultad para proyectar el futuro, individual y colectivo. La anticipación de futuro es mucho más caótica; no se tiene una línea clara de ruta a seguir, de estrategia para salir adelante.

**Secuencia de ajuste de expectativas 1** (Carta 36, hombre, 24 años). Género epistolar dirigido a un viejo profesor.

Hace tiempo que no nos vemos **Don Javier**

(...) Le escribo unas pocas líneas **para que sepa de mí y de la situación que vivo con respecto a los estudios de filosofía** (...)

**Terminé la licenciatura** de filosofía (...) **El Máster** que estoy cursando (...) me permite emprender pequeños **proyectos personales**. (...)

(...) **Me gustaría realizar el Doctorado** (...) pero (...) mis padres ya no pueden seguir haciéndose cargo de mis gastos.

(...) **Supongo que volveré a mi pueblo**, donde **continuaré con algún tipo de formación** (...) a la vez que **ayudo en la empresa familiar** (...)

En esta primera secuencia, es llamativo que se escriba a un viejo profesor, quién posiblemente formó a su autor y contribuyó a generar sus expectativas formativas. Por más que se trata de mantener el equilibrio entre las expectativas puestas en la formación y la búsqueda de otras fuentes de satisfacción, se dibuja un escenario negro que se deriva de dos hechos: por un lado, de la motivación para seguir estudiando y, por otro, de las limitaciones estructurales para poder hacerlo. Su posición en la estructura social, en este caso, evidencia claramente que por muchos esfuerzos familiares su única opción posible pasa por el “regreso al pueblo” para ayudar en el negocio familiar. Es una secuencia triste y desmotivada. En esta ella el sujeto apunta sin mucho entusiasmo hacia lo que querría hacer, pero sus posibilidades de sueño parecen desvanecerse cuando constata las limitaciones estructurales para salir adelante. “Volver al pueblo” y encargarse del negocio familiar es el modo en que reconsidera lo que esperaba y lo que tendrá que hacer. Sigue otorgando gran valor a la formación pero quizá ha constado que la aportación de la misma no será ni de carácter laboral ni de estatus, sino que los recursos habrán de venir de otro lugar.

**Secuencia de ajuste de expectativas 2** (Carta 19, hombre, 24 años). Género epistolar dirigido a un amigo.

(...) **Aún no quiero resignarme a trabajar en algo para lo que no me he formado** (...)

(...) **escogí ADE porque** todo el mundo hablaba que **era la carrera con más salidas** (...)

(...) Si no hubiera acontecido esta devastadora **crisis** (...) **empezaría a trabajar con un sueldo no muy alto que me permitiera tener una vida cómoda** (...) **unos años después y con un sueldo mayor, podría independizarme y aprender cómo es la vida de verdad.** (...)

(...) Estos planes se truncaron (...) **empecé a ver que el futuro no sería lo que esperaba** (...) si quería **prosperar tenía que moverme, hacer algo diferente a los demás** (...)

(...) **No es agradable** estar viviendo con tus padres con 24 años, sin ingresos, y **sin ninguna ocupación** (...)

(...) Mañana **seguiré mandando currículums** y ojeando libros de **idiomas para no sentir que estoy perdiendo el tiempo** (...)

Esta segunda secuencia es el claro ejemplo del ajuste de expectativas y de las dificultades tanto para soñar y proyectar futuro como para desarrollar una reflexión sobre su propia situación. Todas las expectativas vitales estaban puestas en una formación “con salidas”. Se imaginaba en el corazón de la clase media (ingresos, estatus, ocio...) a la que define con la idea de “prosperar”. La formación elegida conllevaba un camino claro, al final del cual estaba la vida adulta, el sueño de “*independizarme y aprender cómo es la vida de verdad*”, la que tiene valor, la del adulto. Pero la crisis –y aquí aparece un diagnóstico de su problema– ha truncado lo que de otra manera habría sido una biografía fácil y con escasa incertidumbre. Esta coyuntura lo ha situado claramente en “tiempos de inestabilidad”, en los que la frustración y la apatía parecen totales, y la incapacidad de proyectar futuro manifiesta. Sólo puede pensar en la aburrida y rutinaria actividad de enviar currículums al día siguiente: sin motivación y sin esperanzas. Según su propio diagnóstico, tenía clara su biografía futura pero el panorama que había dado por hecho se ha roto, y con él la incapacidad para anticipar y para desear.



**Secuencia de ajuste y reconsideración de las expectativas 3** (Carta 22, mujer, 23 años). Género epistolar a la Tía Eva.

(...) **“¿qué hacer?”** (...)

(...) **tú si tenías claro donde querías terminar (...)**”**Oposiciones”**

(...) **El sueño de todo español**, no gran cosa, pero cómodo y con pan para llevar a casa seguro.

(...) **Me veo plantando un huerto y ayudando a mi padre con el ganado** ja, ja, ja, ja..., no se me caerían los anillos como algo temporal, pero quiero algo más, para ello he estudiado, ¿no?

Las opciones que más manejo son las de un estudio superior, en plan **Máster** (si paga Padre, claro está); o **irme al extranjero**.

¡Emocionante!”, se supone que es lo que deberíamos pensar de la vida al salir de la universidad (.....) Ahora salimos como más miedo del que entramos (...) **habrá que confiar en el colchón** de Papá y Mamá .

(...) **Es hora de que le echemos un poco de imaginación** (...) **y salir de todo lo que se nos ha dado tan fácilmente, que es además taaaan insípido** (...) lo que vaya consiguiendo me será mucho más mío. Llámame ilusa.

En la secuencia enviada a la “tía Eva”, volvemos al esquema inicial en el que alguien se dirige a un mayor que ha podido ser un referente de las aspiraciones de la clase media española: “*ser funcionario*”. Ahora, dice la narración, “*me veo cuidando del ganado*”. Ha habido claramente una motivación de ascenso social y mucho esfuerzo por lograrlo a través de la formación en la que aún se cree. A pesar de ello, el futuro aparece en el extranjero, de nuevo, y siempre dependiente de la ayuda familiar. Las dificultades para soñar son evidentes en las expresiones de “miedo” e incertidumbre” ante el futuro inmediato. En esta secuencia queda clara la ruptura de una aspiración, pero no hay estrategia innovadora ni adaptativa para salir adelante. Estudiar y migrar parecen opciones lejanas, y más que una mirada hacia adelante se vuelve la vista atrás. La secuencia termina con una necesidad de introspección que, sin embargo, no se lleva a cabo. Una necesidad de reinventar y resistirse a “lo que se les ha dado fácilmente”.

Estas secuencias de ajuste de expectativas son mucho más estáticas que las anteriores ya que se ubican claramente en el “presente extendido” (Leccardi 2006) y las anticipaciones de futuro son menos percep-

tibles. Son las que revelan de una manera más clara el estancamiento y la parálisis ya analizada en el capítulo 3. Además del proceso de ajuste, rebaja o simple constatación de que no consiguen lo que esperaban lograr, siguen siendo muy individualistas y poco inclinadas a las valoraciones en las que su situación personal se enmarque en el contexto social.

### Secuencias de introspección entre lo individual y lo colectivo

Los últimos hilos narrativos que habría que considerar corresponden quizá a los jóvenes que tienen un recorrido vital algo más largo. En tanto narraciones se mueven muy claramente entre lo individual y lo colectivo, y entrañan un importante esfuerzo de observación biográfica y social. En términos de imaginación del futuro, todas ellas se caracterizan por haber renunciado a soñar. Proyectar el futuro forma parte del conjunto de valores que parecen cuestionar. En las dos siguientes secuencias hay una constatación de que “no está permitido soñar” o de que “no se sueña con lo que se espera que se sueñe”. Por lo tanto, no tiene ningún sentido planear el futuro o se busca no tener que preocuparse por él.

**Secuencia de Introspección 1** (Carta 37, mujer, 26 años). Género epistolar dirigida a una abuela difunta.

(...) **Medio mundo está atravesando una crisis**, en principio económica, pero con implicaciones mucho más profundas (...) **muchos de los políticos en los que confiábamos nos han traicionado.**

(...) **pedimos un cambio, pero más profundo del que nos ofrecen** (...)

(...) De todas formas, **el modelo de vida que se nos impone ya no es asequible** (...). **Consumir, usar y tirar** (...)

(...) **nuestro estado depende de la comparación** con el resto de millones de personas que viven en este planeta. Y sin duda, **nosotros somos la clase alta del mundo** (...)

(...) **Me da impotencia ver cómo el alcance de mis acciones no es muy relevante** (...)

(...) **Después de hacer una carrera** (...) **me veía indefinidamente trabajando** en algo que no me gustaba, (...) **busqué másters** (...) **yo sabía que habían subido las tasas universitarias** (...) **de 2300 a 5800 euros** (...) **me derrumbé.** (...) Todas mis previsiones se fueron al garete. (...)

(...) **Me decidí a hacerlo** (...) **Gracias a esto, he dejado de lado otras preocupaciones del futuro** (...) **El futuro es muy incierto** (...) **pero siendo realistas, tampoco tengo la necesidad que me empuje a trabajar a toda costa.**

(...) **la vida es una aventura, y no tiene sentido planearlo todo** (...)

En la exposición de este hilo argumental hay una clara reconsideración de aquello que la sociedad ofrece, a partir de lo cual se rechazan los planteamientos de vida que se consideran impuestos porque “no son asequibles”. A la vez, la narración pasa permanentemente de lo individual a lo colectivo. Se relativizan las condiciones sociales de la crisis en comparación con otras zonas del mundo, se reivindica una transformación del sistema y se narra la experiencia del choque con el cierre del sistema de bienestar como una tragedia personal. El futuro biográfico, fuente de inquietud, se pospone por la satisfacción del presente que se deriva del hecho de “estar haciendo lo que quiere hacer” y haber logrado salirse de lo que se considera el núcleo del sistema. “*Rodeada de gente que detestaba por haberse dejado caer en el sistema*”, importa más el “cómo se siente” y el “cómo se quiere sentir” que los logros fu-

turos. Pero el resultado del trabajo retórico (Edley y Wetherell 1999) que se desarrolla a lo largo de toda la secuencia, es la voz (Hirshman 1977); la capacidad de considerar sus inquietudes a la luz de los problemas públicos y de dar voz a la injusticia.

Frente a esta secuencia que termina en la voz, encontramos otras que con argumentaciones similares parecen conducir a la *salida*, por seguir empleando los términos de Hirshman. En la siguiente narración hay un esfuerzo retórico importante por rechazar las viejas expectativas y definir las propias. De nuevo, los sueños se posponen porque imaginar el futuro es un ejercicio que se rechaza, o para el que se ha perdido la capacidad.

**Secuencia de Introspección 2** (Carta 8, mujer, 27 años). Género epistolar dirigido a una amiga cercana.

(...) **A mí me ha ido muy bien, mejor de lo que esperaba** (...) (...) **Ahora tengo que cambiar de ciclo, ya toca moverse**, hacer otras cosas (...)

(...) **Veo mucha desconfianza** (...) y un estado de decepción casi permanente (...) No nos ayudamos nada (...) **...nos vamos a hundir y a matar unos a otros**, (...)

**No sé si lo mejor es retirarse o trabajar y luchar por lo mejor.** (...) (...) **estamos haciendo un mundo inhabitable** (...) Así **no dan ganas de pensar en el futuro.**

(...) **No sé qué va a pasar en el futuro, sólo espero que lo resistamos** (...)

(...) **no sueño con lo que esperan que sueñe, no es que me importe vivir mejor que mis padres.** Conocer mundo, hablar idiomas, tener casa en la playa, cobrar bien. **Eso no me parece tan importante como lo que tiene que ver con mi estado de ánimo** (...)

(...) (...) **La gente se creará que la libertad es tener cincuenta tipos de chocolate para elegir en el supermercado** (...) **Qué tristeza me da a veces** (...)

La secuencia se mueve, como la anterior, entre lo individual y lo colectivo, tratando de dar sentido a su biografía presente y futura, y lo social se percibe en términos muy negativos –“la desconfianza, el resentimiento”–. Las escasas alusiones al futuro aparecen cuando se hace re-

ferencia a una sociedad “inhabitable”; una imagen que claramente disuade de toda lucha por un “mundo mejor”. Hay, además, un claro rechazo de las expectativas y fines tradicionales de la clase media, y las prioridades se orientan al ánimo, a la autorrealización. No se espera nada del estatus laboral ni se cree en la estabilidad y el confort material que se derivaba lo que la sociedad “esperaba que soñara”.

Ambas secuencias, con distintos puntos de partida y llegada, evidencian escasa ficción futura. Sin embargo, cuando aparecen imágenes (que están además vinculadas a lo social), el escenario es el de una sociedad bastante despiadada e injusta. En conjunto han renunciado a soñar. No porque no puedan, como parecía desprenderse de las secuencias frustración, sino porque de alguna manera se rechaza el hecho “convencional” de proyectar en detalle su propia vida.

### Secuencias de autorrealización

En último lugar, habría que incluir un tipo de argumentación narrativa que se ubica entre la introspección y los deseos de autorrealización, entre el cuestionamiento de las expectativas y la determinación de resolver la biografía a través de la búsqueda de autorrealización. Siendo minoritaria en las cartas de los jóvenes, refleja sin embargo una idea recurrente en las entrevistas de muchos jóvenes. El imaginario de futuro en esta secuencia no prioriza el trabajo ni la formación, pero tampoco parece hacer grandes esfuerzos de cuestionamiento de las expectativas previas. Se constata que no se espera mucho de la sociedad, se genera distancia con lo colectivo y hay una determinación muy individualista por modificar las propias aspiraciones; se podría decir incluso que por generar expectativas inalcanzables y poco realistas, quizá como mecanismos de respuesta a la tensión en la que se encuentran muchos jóvenes (Agnew y Jones 1988).

**Secuencia autorrealización 1** (Carta 17, hombre, 24 años). Género epistolar.

(...) **No me quejo, hago lo que me gusta** y llevo mis riendas hasta donde puedo (...) **me toca elegir mi futuro** (...)

(...) También estoy haciendo algunas páginas web donde en algunas gano dinero sin apenas esfuerzo a posteriori (...)

(...) **No quiero seguir haciendo estas cosas**, después de haber estudiado durante tanto tiempo **tengo la necesidad de irme al extranjero a vivir** (...) **quiero dar la vuelta al mundo** (...)

(...) Creo que debería vivir esta experiencia para mi vida futura, con esta visión **sé que seré mejor persona y que afianzaré mi vida en la autorrealización** (...)

(...) En cambio, **si sigo los pasos corrientes de la sociedad no creo que me llegue a encontrar nunca** (...)

(...) **me encantaría vivir en París**, sin importarme donde trabajar.

(...) **Compaginar el trabajo en un bar o cualquier sitio donde no tenga nada que ver con mi formación me apasiona** (...)

(...) **Sería una auténtica tragedia que no lograra esto, eso significaría que he premiado el dinero y lo material a mi realización personal**, obligándome a la mediocridad y a la infelicidad (...)

En esta secuencia no interesa el dinero, la formación apenas se menciona y el trabajo es un instrumento para un fin: la autorrealización y el hedonismo. Se trata de una secuencia muy proyectiva de futuro en la que todo es “sueño”. Se parte de una situación de estabilidad precaria a partir de la cual hay un compromiso con su persona y frente a la sociedad. No hay grandes esfuerzos por cuestionar las expectativas ofrecidas por el entorno y escasas alusiones a lo social. La sociedad aparece como un “agujero negro” por el que no hay que “dejarse arrastrar”. Es una proyección estrictamente individual y en la que es muy llamativa la ausencia de alusiones a la coyuntura de crisis. Este tipo de proyección hedonista, distante de lo social y profundamente individualista parece en sí misma una estrategia que sirve para evitar la reconsideración de las expectativas y, a la vez, la introspección que conlleva ponerlas en cuestión.

## 1.2. Transitar entre lo biográfico y lo social en el proceso de imaginar

En tanto proyecciones de futuro, las secuencias aquí presentadas –migratorias, profesionales, encrucijadas, introspecciones y autorrealizaciones– arrojan luz sobre las principales inquietudes de estos jóvenes. Migrar para buscar lo que se les prometió, migrar con menores expectativas de las que les ofrecieron, defender estas expectativas sin rebajarlas ni un ápice, cuestionar lo que se les ha ofrecido, o ignorar simplemente lo social para perseguir lo personal son algunas imágenes de futuro de estas secuencias. En conjunto, revelan heterogeneidad en la forma de imaginar “soluciones” y futuros. Frente a la homogénea presencia de la formación, el trabajo y la estabilidad material que aparece en los contenidos de las secuencias, las propias secuencias y la diversidad de las estructuras a las que se recurre nos hablan de las dificultades para imaginar y anticipar a las que se enfrentan estos jóvenes: se puede soñar pero ha de ser en otro sitio, se sueña por encima de las circunstancias, las condiciones les impiden soñar o hay resistencia a hacerlo.

Lo que sin duda evidencian estos hilos narrativos es que hay una serie de dilemas ideológicos a los que estos jóvenes están enfrentándose y en torno a los cuáles imaginan y construyen sus proyecciones. Estos dilemas contienen, por un lado, las expectativas clásicas ofrecidas por la sociedad y, en concreto, por los ideales tradicionales de las clases medias. Por otro lado, engloban la constatación del fracaso de aquéllos –que ya no funciona– y las opciones en las que los jóvenes parecen estar innovando.

En primer lugar y frente al trabajo vinculado a la formación –asociado con el estatus y el nivel material de vida– aparece una visión del trabajo de escasa cualificación al que se atribuye la capacidad de generar recursos –el trabajo de supervivencia o alimenticio–. A partir de esta segunda visión desarrollan sus elaboraciones en torno a lo que querrían y a lo que podrán aspirar para su propio futuro.

En segundo lugar, se constata que también se posicionan, se resisten o construyen su futuro a partir del dilema en torno a la capacidad del trabajo para la realización personal, más allá de la satisfacción de necesidades materiales. Muy vinculado con el dilema anterior, los jóvenes se plantean el potencial de realización personal del trabajo frente a la

construcción de la propia persona, a la autorrealización hedonista. No se trata sólo de qué nivel material de vida proporciona determinado trabajo sino de qué tipo de vida te permite llevar en términos de ocio, disfrute de la familia o persecución de valores más posmaterialistas.

En tercer lugar, hay un dilema fundamental que tiene que ver con su propia concepción del espacio social. Una vez que deciden o adoptan una línea de construcción biográfica, la pregunta es: “*si no es aquí, ¿dónde?*” Cuando anticipan su futuro y constatan las limitaciones del panorama del país, la migración aparece interiorizada como una opción más. Para algunos es una ilusión; para otros una necesidad. Pero en todos los casos, se trata de una opción totalmente naturalizada en el horizonte de lo posible y de lo factible.

Finalmente, el último dilema que entendemos en la base de sus elaboraciones tiene en un extremo lo individual y en el otro lo colectivo. Las mismas cuestiones que atraviesan sus relatos biográficos están presentes cuando imaginan el futuro colectivo. Las biografías son pensadas en términos de expectativas y, en este sentido, se mueven en un entorno que es individual, pero que, a veces, cuando se ponen en relación con lo colectivo, adquieren otro cariz más vinculado con el sistema sociopolítico. Por esta razón, la diferencia está, quizá, en el modo en que temas similares son formulados de manera diferente. El dilema del trabajo se convierte así en valoraciones en torno al mercado de trabajo, sus limitaciones y las condiciones laborales. Las aspiraciones desarrolladas en relación con la formación se transforman en evaluaciones sobre el sistema educativo y sus funciones. Y las ilusiones o las frustraciones que se derivan de migrar se trastocan en evaluaciones de las posibilidades e imposibilidades que conlleva la globalización. En definitiva, las inquietudes personales se convierten en cuestiones públicas, aunque no siempre los sujetos sean conscientes de ello. Y así, transitando entre los problemas biográficos y sus dimensiones públicas encontramos también redefiniciones del futuro colectivo imaginado.

Los ejes para interpretar este futuro de lo colectivo son claramente la incertidumbre, la comparación con la generación de sus padres y los esfuerzos para tornar en positivo una realidad que se percibe en términos muy negativos. Y la clave para hacerlo es el valor del esfuerzo individual, la innovación, la habilidad para moverse en escenarios inciertos y capacidad de imaginar soluciones individuales y colectivas.



## 2. Reconsideraciones y dilemas: mirando al futuro

Como hemos reiterado a lo largo del capítulo, imaginar el futuro supone un ejercicio difícil cuando el horizonte de posibilidades es incierto. También al concebirlo más allá de la propia biografía se pone de manifiesto el dilema que se genera en torno al propio hecho de hacerlo<sup>36</sup>. Quienes se enfrentan a él lo hacen desde la constatación de la precariedad y el estancamiento, y de que el solo hecho de pensar en el futuro se convierte en absurdo, incómodo e incluso doloroso.

“Es lo malo de la precariedad laboral. Primero, cómo te sientes contigo mismo, porque cuando te despiden te sientes como una puta mierda: qué he hecho con mi vida, a qué dedico mi tiempo. Y lo segundo es que no te pones a hacer planes de futuro. Yo es que no sé si el año que viene podré irme a vivir con mi chico porque yo sé que el año que viene no tengo trabajo; y él, no tengo ni idea. O sea, el problema de la precariedad laboral es eso, es que yo no puedo hacer planes de futuro; yo vivo al día.” (*Entrevista 10, mujer, 26 años*).

La constatación de que la posición desde la que se proyectan los futuros es de precariedad estructural, aun cuando dificulta la posibilidad de imaginar y anticipar biografías y tipos de sociedad futura, no impide la reflexión ni les bloquea del todo para hacerlo. Es un elemento importante de conflicto del que, sin embargo, logran salir a través de la reflexión “constructiva”<sup>37</sup>.

En el juego de acomodación entre lo que esperaban y aquello a lo que pueden permitirse aspirar en sus proyecciones a cinco años vista emergen una serie de dicotomías que revelan cuestiones interesantes. Cuando imaginan su futuro, lo hacen en comparación con los logros de la

---

(36) Como se recordará en el guion de las entrevistas se incluyó un último apartado en el que se pedía a los entrevistados que se imaginaran cómo sería su futuro y el de su generación, en un plazo de unos cinco años.

(37) Cuando se indaga en cómo perciben el futuro, aparece originalmente el negativismo y la dificultad para hacerlo. Sin embargo, en el proceso de la escritura o del discurso, se hacen esfuerzos por salir del bloqueo que esto genera y se desarrollan argumentaciones que quieren ser optimistas bien a través del esfuerzo individual, a través de la perspectiva histórica, o bien por medio de la innovación en las soluciones individuales y colectivas. Es decir, los jóvenes hacen esfuerzos por no quedarse atrapados en el “no hay futuro” sin más. Ello indica cómo la solución adaptativa no pasa exclusivamente por el conformismo, sino más bien por la innovación y la creatividad para resistir los constreñimientos estructurales.

generación de sus padres y en relación con el sistema sociopolítico. Y es en el propio proceso de proyectar, a través de la imagen especular de la vida de sus padres, donde aparecen los dilemas que hemos tenido ocasión de observar en las biografías, y que necesariamente tienen sus ecos colectivos. Al comparar, aparecen las aspiraciones en las que han sido socializados. Se hacen visibles entonces los dilemas que ya expusimos en la primera parte de este capítulo y que tienen que ver con la contraposición entre el trabajo vocacional y el alimenticio, así como con la diferencia entre el trabajo como fuente de realización personal y como instrumento para buscar la autorrealización en otras experiencias. El dilema de dónde situar el escenario futuro para sacar los proyectos personales adelante (si no es aquí, ¿dónde?), o el dilema sobre las propias aspiraciones y sueños que se desean, y la búsqueda de soluciones innovadoras y alternativas.

## 2.1. ¿Vivir mejor? depende

En la comparación con la generación de sus padres, aparece un primer planteamiento asumido que remite directamente a las condiciones materiales de la propia vida. En este marco, lo que imaginan es muy negativo en la medida en que se constata que nunca vivirán como sus padres. En el terreno de la seguridad material, su futuro es mucho más incierto y está naturalizado como un escenario muy por debajo de la generación previa: *“en lo económico seguro que no”* viviré como mis padres. Este concepto de seguridad y estabilidad de la clase media, vinculado a la propiedad y a la comodidad material aparece como un futuro inalcanzable. Y cuando se han asumido estas aspiraciones, se proyecta una imagen de vida peor y fuertemente influida por la precariedad de las condiciones laborales y el retroceso de las políticas sociales que contribuían a ofrecer posibilidades. Se piensa en una generación de los padres que, con menores posibilidades de partida, ha logrado un nivel de integración, de comodidad material y de seguridad social y vital que ellos no alcanzarán. Esta constatación es parte de la reconsideración que están haciendo en relación con su propia sobrecualificación, y de la frustración que muchos muestran al comprobar que el mecanismo de ascenso social se ha roto. Al mirar al pasado constatan que la concepción de progreso lineal no funciona como pensaban y que ahora, en realidad, “se retrocede” en un proceso que les afecta directamente en sus posibilidades de lograr autonomía e independencia; es decir, en sus posibilidades de integrarse socialmente como adultos.

“Porque mis padres, a pesar de que no tienen muchos estudios, vamos estudios superiores; de que mi madre, por ejemplo, se sacó el graduado hace un par de años, no ha tenido nunca estudios; tienen su casa pagada, tienen un chalet en un pueblo de Toledo pagado, tienen su coche pagado y tienen unos ahorros. Y mi padre se jubila ahora y van a poder vivir; van a poder viajar, sin ser ricos, pero van a tener dinero suficiente para vivir (...) Entonces, pero conseguir el nivel que tenían nuestros padres, yo creo que es complicado.” (*Entrevista 9, mujer, 27 años*).

“Si no tienes un trabajo, tampoco puedes comprarte o alquilar, independizarte. Si no puedes independizarte, pues al final no te desarrollas. O sea, no creces. Entonces, tal y como veo venir el futuro...lo veo dentro de tres años o cuatro, todavía en casa de mis padres, en la misma situación.” (*Entrevista 6, mujer, 24 años*).

Efectivamente, aunque no se aspire al mismo nivel logrado por los padres, la emancipación es la condición de entrada en la vida adulta; es el requisito para poder proyectar una vida independiente y que permite poder empezar a soñar y a imaginar otras cosas.

Pero no todas las comparaciones con la generación previa arrojan futuros negativos porque no sólo se compara en términos materiales, sino que se evalúan las condiciones de realización personal. Aquí emerge con fuerza el dilema ideológico en torno al potencial de realización y satisfacción individual del trabajo. Hay una importante labor retórica en la que se negocia el propio significado de “*vivir bien*” y de lo que aportan el trabajo y la formación a la vida personal. Se trata de un dilema que aparece plantado –incluso en biografías que apuestan por proyectos muy profesionalizantes– entre la comodidad y la vida realizada; es decir, entre la vida entregada al trabajo y la vida autorrealizada en el ocio, en la vida familiar o en todo aquello que no es trabajo. Evidentemente, satisfacer esta aspiración de autorrealización se percibe como una dificultad añadida y por la que, sin embargo, muchos jóvenes apuestan.

“Sí que es verdad que yo, en mi situación personal, con respecto a mis padres, mis padres al fin (...), pues han terminado trabajando en algo que no es vocacional. Yo sí.” (*Entrevista 3, mujer, 30 años*).

“Yo espero poder llegar a vivir igual de fenomenal (...) también es lo que está pasando ahora, que la gente ya como que cambia esa aspiración del trabajo perfecto y ya tienes más una aspiración de trabajo que te permita poder llevar una vida que te apetezca.” (*Entrevista 9, mujer, 25 años*).

El encuentro con la imagen de la generación de sus padres es la estructura que les permite reconsiderar aquello a lo que se suponía que debían aspirar y aquello a lo que quieren aspirar. Hace posible tomar en cuenta otros factores que no son estrictamente materiales (autorrealización, crecimiento personal, formación vocacional, trabajo vocacional, viajes, relaciones de amistad, ocio, consumo, estilos de vida etc.); es decir, son capaces de poner en cuestión ciertas aspiraciones y ambiciones que habían desarrollado. En ese momento la frustración se difumina y apuestan por su propia individualidad; así, en el trabajo biográfico, la dedicación a la propia realización se impone.

## 2.2. Si no es aquí, ¿dónde?

El segundo dilema que aparece claramente en las proyecciones de futuro es el migratorio y supone pensar la vida en otro lugar. Para poder mantener las aspiraciones clásicas, e incluso en algunos casos para tratar de lograr aspiraciones abiertamente rebajadas, la constatación de la salida al extranjero está totalmente interiorizada y parece cobrar relevancia a partir de un umbral de insatisfacción. Es en ese momento cuando la idea cobra fuerza, y entonces simplemente se persiguen las expectativas en otro lugar (*"Aguantaré lo que pueda buscando trabajar en lo mío pero cuando me canse, me iré"*). Por ello piensan en otros países europeos o regiones del mundo (América Latina, por ejemplo) que se asocian con más oportunidades para el logro de la independencia y la autonomía. Estas imágenes de futuro están más vinculadas a la necesidad y a la falta de opciones, que a las ilusiones personales; al mismo tiempo, la dimensión social está más presente que la biográfica. Por un lado, hay una percepción de la altísima competitividad que se enfrentan y, por otro, una necesidad de desarrollar estrategias para salir adelante en un contexto en el que una de las sensaciones más fuertes que tienen es la de la exclusión (*"nos echan"*<sup>38</sup>).

---

(38) El eslogan de las campañas de la organización Juventud Sin Futuro *"no nos vamos, nos echan"* está contribuyendo en los últimos meses a abrir el debate de fondo sobre la actual migración juvenil española. Quizá por eso, algunos jóvenes sienten la necesidad de posicionarse en relación a este planteamiento *"me voy / me echan"*. Y aunque en las narraciones biográficas aparecen más cuestiones que la mera falta de recursos, cuando se confronta la narración migratoria con la realidad social y las inquietudes personales se entienden como problemas públicos, entonces sí está enmarcada con más frecuencia en términos de exclusión/expulsión.

“Quizá muchas veces haya que hacer mayores esfuerzos o sacrificios (...) si se quiere trabajar aquí, tener que hacer mayores esfuerzos por estar dispuesto a irse a la otra punta del mundo para poder granjearse una experiencia y una reputación, que luego te permita vivir aquí con manga ancha.” (*Entrevista 13, hombre, 26 años*).

“... Entonces, no te queda más remedio que decir: imenudos hijos de puta! ¡Me voy de aquí! Hay que vivir nuestra vida (...) Habrá que moverse, habrá que buscarse las habas, y fuera (...) No, me voy con ganas, pero con resentimiento. Me parece... Me parece cabreado.” (*Entrevista 25, hombre, 27 años*).

En la anticipación de la migración como opción, la generación de los padres es menos visible que su propia imagen frente al sistema sociopolítico. Aparecen reivindicaciones y demandas hacia el sistema que debía, según consideran bastantes jóvenes, proporcionar opciones para integrar su formación en el mercado laboral. Ciertamente, quienes más abiertamente visualizan un futuro en el extranjero lo hacen como solución individual, pero entienden su problema como público. Esta cuestión se ha revelado como un aspecto fundamental de los presentes y futuros biográficos de los jóvenes estudiados en este trabajo. Lo que en el plano biográfico viven como “su” solución y “su” estrategia individual, cuando suscita su reflexión a la luz de los procesos colectivos emerge como una percepción de exclusión y de abandono por parte del sistema sociopolítico. Entienden que los problemas a los que se enfrentan no son a causa de algo que ellos hayan hecho mal, sino por algo que otros –las autoridades– han dejado de hacer. Ese “algo” se entiende en términos de oportunidades y de mecanismos para poder perseguir sus expectativas. Si la tendencia a hacer pronósticos de soluciones individualistas es ciertamente visible, también lo es la capacidad para formular diagnósticos sobre el fracaso, por ejemplo, del sistema educativo en su papel de inserción e integración social, y para constatar la falta de oportunidades que ahora afrontan: “¿Por qué permiten una carrera que no tiene salidas laborales? ( ) ¡Qué manera de engañar! ¡Qué manera de jugar con la gente!” (*Entrevista 11, varón, 28 años*).

Pero el dilema de la migración también permite reflexiones sobre su dimensión política y sobre su carácter de exclusión. Y por eso algunos se niegan a ser expulsados y consideran la salida migratoria como una derrota frente al sistema sociopolítico que, tal y como ellos lo perciben, los expulsa. En este caso, no hacerlo, no irse, es una forma de reivindi-

car su pertenencia y su demanda de inclusión, pero quizá también se trate de su propia batalla individual por salir adelante.

“Este es mi país y yo vivo aquí ( ) Mi lucha es ésta. Y si yo me voy, porque no encuentro trabajo, es porque me estoy rindiendo ( ) Porque la actual crisis económica y los recortes me estén impidiendo desarrollarme, ¿me tengo que ir?” (*Entrevista 10, mujer, 26 años*).

Como vemos, el dilema migratorio, así como ocurría con el relativo a las potencialidades del trabajo, saca a relucir buena parte de las disyuntivas frente a las que se encuentran los jóvenes. Pone de relieve también el proceso de reconsideración de lo que esperaban del sistema, y por tanto, genera una introspección individual y colectiva sobre una cuestión que se concibe como uno de los retos generacionales que están afrontando.

“( ) desde el punto de vista de un inmigrante, es muy duro ver como tu país va cada vez peor y va a una situación que no tienes posibilidades. O sea, el reto es cómo gestionas personal y profesionalmente la decisión de irte fuera o no, y como los jóvenes que se quedan aquí cómo gestionan el hecho de vivir en pareja, cómo gestionan el hecho de independizarse. Eso me parece un reto diario ( ).” (*Entrevista 29, hombre migrante, 29 años*).

### 2.3. ¿En qué sociedad viviremos?

Los futuros imaginados arrojan, finalmente, imágenes de “solución” que son individuales y colectivas. En el plano individual, la visión competitiva del mundo atraviesa cualquier solución trazada de futuro. Al tiempo, el individualismo y la confianza en el esfuerzo les conducen a un cierto optimismo basado en lo que creen que pueden lograr. La metáfora del movimiento frente lo estático es la gran virtud que consideran necesaria para salir adelante en un mundo en muchos sentidos hostil. Sin embargo, cuando dibujan una visión de futuro que va más allá de sus propias biografías, y se imaginan como parte de una generación, de una comunidad o simplemente del sistema comienzan a emerger opciones de voz o de salida (Hirshmann 1977).

En el momento en que los jóvenes salen del plano individual en el que imaginar su propia vida para adentrarse en el proceso de anticipar el futuro social, nos encontramos en un terreno igualmente incierto que,

sin embargo, tiene algunas dimensiones de gran interés. Se trata de proyecciones de la sociedad *del riesgo*: imágenes de incertidumbre, de miedo, de inestabilidad y, hasta cierto punto, de amenaza de perder la escasa precariedad que tienen. Son visiones necesariamente atravesadas por “la crisis” de 2008 que están y formuladas por medio de aquellos lenguajes y metáforas que han permeado de los diagnósticos hegemónicos en la interpretación de la crisis y sus efectos. Con resistencias por parte de los sujetos, la crisis es el fenómeno que todo lo envuelve y a través del que identifican sus elementos estructurales –en particular, los cambios en las políticas sociales– y las responsabilidades individuales. Es el acontecimiento a partir del cual interpretan el futuro; de manera que el medio y largo plazo dependen, en cierto sentido, de cómo se resuelva “la crisis”: la crisis para el futuro social y la crisis para sus propias vidas.

Al mismo tiempo, cuando hacen proyecciones de futuro social inevitablemente se piensan en términos de una “generación” que comparte situaciones similares de frustración y falta de oportunidades. En este imaginario generacional se asume que son muchos quienes han tenido que posponer sus sueños, deseos y aspiraciones.

“Eso es una generación que a nivel personal también retrasa mucho sus deseos, o lo que sea, sean de cualquier tipo; sea de tener familia, sea de irse, de los planes que tuvieran de irse al extranjero, de ir a no sé dónde... O sea, son... todos esos deseos se retrasan, se pierden, pues (...)” (*Entrevista 24, mujer, 30 años*).

Esta percepción de que comparten dificultades que serán duraderas pone las bases para una construcción de la identidad compartida que gira en torno a la imagen del “precariado”. Se sienten una generación, entre otras cosas, precaria, y perciben que se está produciendo un cambio generacional relacionado también con transformaciones sustantivas respecto a la generación de sus padres, tanto en los modos en que se imaginan la vida como la propia sociedad. Además de verse como una generación con dificultades que afronta desafíos colectivos importantes, perciben de una manera mayoritaria que el momento social se caracteriza por unas transformaciones muy significativas –cambios estructurales en términos sociológicos– que concretan al hablar del futuro que imaginan en relación con el sistema de salud, de educación o de seguridad social. En algunos casos, estas imágenes están más politizadas y atribuyen responsabilidad al modo en que está organiza-

do el sistema sociopolítico. En otros, la politización queda más velada y no hay atribución de responsabilidades ni concepción soluciones claras. Nuestros jóvenes desarrollan argumentos a partir de las narraciones hegemónicas de la crisis, pero sin embargo, se resisten aceptarlas de manera acrítica, puesto que los elaboran con sus propios criterios de lo justo y lo deseable socialmente. Pero en todo caso, evalúan un conjunto de cambios sociopolíticos como si no hubiera vuelta “atrás”.

“Yo creo que se va hacia algo diferente. Me imagino que muy complejo, y ya no solo a nivel de España, sino a nivel un poco más mundial (...)” ... (*Entrevista 20, hombre, 26 años*).

“No, yo creo que va a haber una restricción, un paso atrás en cuanto a lo social, recorte a los derechos sociales; van a haber un aumento de problemas sociales. Pero (...) creo que el futuro no va a ser del todo negativo y que va a haber también cierta concienciación, nos vamos a concienciar más socialmente.” (*Entrevista 17, hombre, 25 años*).

Los cambios duraderos que visualizan tienen, además, una dirección bastante realista según la cual la sociedad futura estará atravesada por grandes desigualdades. Esto genera gran incertidumbre dada su situación que es, en su mayoría, precaria. Porque, recordemos, son estos mismos jóvenes de la clase media quienes imaginan un futuro sin clase media; un modelo de sociedad elitista y muy desigual.

“Me lo imagino ya restringido, o sea, la diferencia de clases me la imagino ya elevada a la máxima exponencial. O sea, la clase media no existe ya; no está. O eres rico, o eres pobre. Así me lo imagino (...)” (*Entrevista 6, mujer, 24 años*).

En todo caso, resulta llamativo que en este modelo de futura sociedad ellos no se posicionen entre las élites ni entre los más desfavorecidos. Como resultado quizá de su propia incertidumbre, es significativo que, aunque definen con precisión una sociedad muy poco igualitaria, no se ubiquen en ningún lugar de la estructura social imaginada.



### 3. El futuro como espacio de encuentro de lo individual y lo colectivo

A lo largo de este capítulo hemos podido examinar con cierto detalle el modo en el que los jóvenes de la clase media visualizan, anticipan e imaginan el futuro biográfico y social. Tanto su anticipación como el proceso a través del cual lo llevan a cabo están surcados por una reconsideración de algunos de los presupuestos sobre los que venían fundamentando sus identidades, sus transiciones y sus planes vitales. Este proceso de reconsiderar y negociar su realidad individual y colectiva en el encuentro con elementos estructurales –que son tan institucionales como culturales– parte de la incertidumbre y del miedo, pero no siempre acaba en el pesimismo. Aun así, en todo caso, dicho proceso atraviesa tanto sus biografías individuales como sus imaginarios de lo colectivo. Por su comprensión del espacio social en términos globales y por sus coordenadas vitales de incertidumbre forman parte de una generación que algunos autores llaman global (Beck y Beck Gershein 2009).

Los distintos modos de construir el futuro implican un encuentro de los individuos con lo estructural (Abbott 2001). En las proyecciones de futuro de estos jóvenes, este encuentro es bien visible en los diferentes dilemas que tienen que afrontar. Éstos surgen en forma de narraciones de encrucijada en las que los sujetos son conscientes de estar viviendo momentos vitales y momentos sociales marcados por el cambio. La idea de “tiempos inestables” que venido utilizando a lo largo de nuestro trabajo ilustra perfectamente esta situación. Desaparece aquello que se daba por hecho, el panorama y el horizonte que se había interiorizado como natural (Trevory y Eliasoph 2013), forzando una reconsideración y re-elaboración de la propia biografía que inevitablemente tienen un eco colectivo:

“Yo creo que mi generación, por lo menos, somos conscientes de que al estar en crisis tenemos que ser innovadores e intentar, no sé, de alguna forma, cambiar un poco todo: políticamente, socialmente, de todo tipo. Pero sí que es verdad que básicamente nos enfrentamos al miedo: a qué me voy a dedicar yo, a qué voy a hacer con mi vida y dónde voy a conseguir trabajo y de qué.” (*Entrevista 26, mujer, 25 años*).

Por un lado, aparecen las aspiraciones tradicionales, por otro, valores y prácticas emergentes o novedosas. Emergen los efectos negativos de los diseños políticos e institucionales, pero también sus propias solu-

ciones creativas. ¿Para qué sirve la formación y qué sentido tiene seguir formándose? ¿Qué esperan del trabajo y de qué manera lograrán la autorrealización? ¿Tiene que ser aquí o podría ser en otro sitio? Los dilemas en torno a los que están reflexionando contienen elementos viejos y nuevos y, por ello, evidencian por sí mismos la introspección individual y generacional.

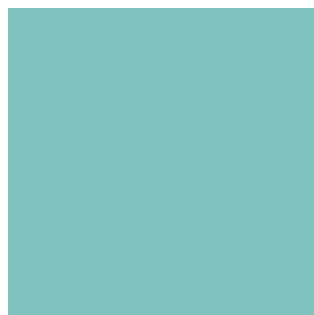
En este capítulo se han examinado dos niveles de proyección futura: el individual y el colectivo. En ambos, las representaciones que los jóvenes se hacen del futuro están íntimamente interconectadas de manera que, cuando proyectan biografías individuales, lo que tienen en común son cuestiones generacionales y propias de su condición juvenil en tiempos de crisis. Por otro lado, cuando imaginan la sociedad en la que vivirán en el futuro lo hacen desde la experiencia individual y presente.

Los hilos narrativos que nos presentan los jóvenes para imaginar su propia biografía en los próximos años han pasado por vidas migrantes, por vidas dedicadas a la profesión, y por dificultades para anticipar un recorrido cuando las bases de lo que esperaban se desvanecen y todo lo más que se puede hacer es redefinirlo a la baja. Pero también hay relatos en los que aquello que les ha sido ofrecido es puesto en cuestión de manera crítica, sentando las bases para una definición alternativa de las aspiraciones. En estos casos, surge una definición mucho más basada en el logro de su satisfacción y su bienestar personal no derivado de los mecanismos sociales tradicionales.

Se trata de dilemas biográficos que tienen su eco en el modo en que ven el futuro social y viceversa. Lo social no es previo a lo biográfico ni consecuencia de ello; más bien constituye un proceso interactivo a través del cual la realidad externa es interpretada y negociada por los individuos. Por eso, al transitar a lo social, las imágenes que devuelven los jóvenes son igualmente visiones de “tiempos inestables”. Si bien la gran mayoría coincide en pronosticar una sociedad más desigual, fruto de cambios presentes que se perciben como fundamentales y, hasta cierto punto, determinantes, la ambigüedad (que incluye tanto pronósticos tremendistas como optimistas) es la clave que explica su visión de la sociedad futura. Comparar con las anteriores generaciones les conduce a poner en cuestión lo heredado –en concreto, las virtudes y potencialidades conferidas a la formación y al trabajo– y a innovar estrategias individuales y colectivas.

## PARTE 3

### Los fundamentos de la integración cívica





# 5

## El modelo de sociedad: ¿cómo interpretan los jóvenes la sociedad en la que viven?

Si en los capítulos anteriores de este informe nos hemos centrado en el análisis de los significados que los jóvenes atribuyen a sus procesos de integración en el marco de sus trayectorias biográficas y cómo, a partir de aquí, adaptan o redefinen sus expectativas vitales, en esta última parte analizaremos cómo entienden los fundamentos de su vinculación con la comunidad a la que pertenecen. Y lo haremos a través de las interpretaciones que realizan de la sociedad en la que viven, de los discursos hegemónicos transmitidos por los medios de comunicación y, en general, de las formas que adopta la vida en común.

Partiendo del material empírico que nos proporcionan los discursos generados en las entrevistas en profundidad descritas en el capítulo 2 de este informe<sup>39</sup>, a continuación discutimos los principales resultados del análisis de los marcos interpretativos utilizados por los jóvenes universitarios para conferir sentido y evaluar las bases del sistema sociopolítico en el que están integrándose. Tres son los aspectos fundamentales en los que nos detendremos. En primer lugar, la manera en que se enuncian los discursos y las posiciones desde las que se expre-

---

(39) Hay que recordar, como se detalla en el capítulo 2, que en estas entrevistas se presentaron a los entrevistados diferentes noticias extraídas de los medios de comunicación sobre diversos temas relacionados con debates recientes en torno a políticas públicas, programas y servicios de bienestar. El objetivo era que el/la entrevistado/a utilizara estas noticias como estímulo para suscitar discursos sobre su concepción del sistema sociopolítico.

san. Es importante señalar que no analizamos prácticas ciudadanas de los jóvenes, sino que nos concentramos en la mera producción de discursos sobre la sociedad, que se desenvuelven en torno a diversos registros: vivencial, ideológico, estructural y, en la mayoría de los casos, desarrollados en el propio contexto de producción del discurso. En segundo lugar, destacamos los contextos desde los cuales los jóvenes piensan y plantean su integración sociopolítica, es decir las características que tienen los marcos interpretativos que se utilizan para dar sentido a la realidad sobre la que se habla. Dichos contextos se caracterizan por una creciente individualización de las miradas sobre lo social, la renegociación de los límites de los derechos de ciudadanía y la flexibilización de los marcos mediante los cuales se interpreta la sociedad, ante una experiencia compartida por la mayoría de los jóvenes de relativa frustración de sus expectativas vitales. Finalmente, nos concentramos en los procesos de cambio actuales y los criterios concretos, que se pueden analizar como términos de justicia y de legitimación del modelo de sociedad, sobre los que construyen una idea de ciudadanía.

Como indicamos en el primer capítulo, uno de los componentes fundamentales de la construcción de una idea de ciudadanía es el proceso de atribución de legitimidad a la organización de la sociedad y al sistema político. La legitimación del sistema ha sido analizada, especialmente a partir de Rawls (1971), desde la perspectiva de la justicia: aquello que socialmente es legítimo se decide en torno a una serie de criterios de valoración acerca de la igualdad, la equidad o la necesidad en la distribución de bienes, ya sean materiales o simbólicos. En el contexto vivencial incierto y a la vez flexible de los jóvenes, analizado en los capítulos anteriores, la mirada a la ciudadanía desde la justicia no solo se dirige hacia el mundo actual, sino también hacia la sociedad en la que van a vivir o quieren vivir en el futuro. Es por ello que los criterios de justicia, además de superponerse entre sí, aparecen en ocasiones como objetos de negociación. En cierto modo, los jóvenes construyen una idea de ciudadanía relativamente “intermitente” (Norris, 2004), que articula -de forma más o menos coherente- algunos compromisos concretos con la sociedad a la que *pertenecen* con otros espacios de derechos definidos de manera mucho más flexible en función de las intervenciones de los actores institucionales -la política partidista actual- de las que desconfían en buena medida y en la que no ven cómo podrían *implicarse* de manera efectiva.

## 1. La construcción discursiva del modelo de sociedad

Los discursos que expresan los jóvenes, producidos en el contexto particular de la situación de entrevista cualitativa mediante la discusión de noticias de actualidad sobre cambios sociales y reformas políticas, pueden analizarse como “enunciaciones que expresan posiciones sociales” (Martín Pérez *et al.* 2012). De esta manera, es el propio proceso de producción del discurso el que estaría construyendo la idea de sociedad, los términos de justicia y una noción de ciudadanía característica del colectivo de jóvenes con estudios universitarios con el que hemos trabajado. La expresión del modelo de sociedad tiene lugar, así, en un contexto social determinado: por un lado, por la propia situación de entrevista y la dinámica de producción del discurso y, por otro, por las condiciones sociales de dicha producción; es decir, el hecho de ser jóvenes, la experiencia social de su condición, y la articulación de la propia biografía con las identidades que se movilizan alrededor del discurso.

Podemos identificar cuatro niveles de expresión del discurso sobre el modelo de sociedad. En primer lugar, el discurso que se conforma mediante la propia situación de entrevista. Los jóvenes, ante los impulsos que suponen las noticias ante las que se tienen que posicionar, construyen su opinión en el mismo proceso en que se genera el discurso. Además de por las características de la técnica de investigación elegida, esta manera de dar cuenta de los discursos en el mismo momento en que se producen nos revela elementos fundamentales del contexto: marcos interpretativos relativamente flexibles, debate y negociación de términos y principios de justicia, así como intercambios y transacciones sobre lo que es o deber ser público, lo que es o debería dejarse a la iniciativa privada y aquello que corresponde a una responsabilidad exclusivamente individual.

Así, en el siguiente ejemplo, vemos un caso en el cual en el discurso de la persona entrevistada se explicitan y flexibilizan criterios de acceso a determinadas prestaciones sociales, a medida que el entrevistador plantea dilemas a resolver dentro del debate de una noticia concreta:

R: Ya. Sí, sí. Hombre, yo entiendo que dice, pues lo que decías, o sea, han cotizado tus padres, a lo mejor tienen más derecho la gente que vive aquí. Pero también no darle nada, ningún derecho, a gente que

lo necesita y que tampoco tienen la culpa de haber nacido en otro lado y que no...

*P: Y dentro de... nos olvidamos de los extranjeros, dentro de España y los españoles, ¿tú crees que hay colectivos que de alguna forma podrían no estar... o sea, justificar que no estarían dentro? Para desahogar un poco la seguridad social.*

R: Hombre, yo valoro, no sé... Es que, claro... Sería... No va a ir caso a caso, familia por familia, porque yo sé que es complicado.

*P: Sí, colectivos o situaciones que creas, que dices: bueno, esto no tiene mucho sentido; sería positivo para las arcas públicas, y ellos en cualquier caso podrían...*

R: Yo qué sé... Es que no sé qué colectivo o colectivos. Hombre, yo sé, por ejemplo, de los gitanos, porque yo de la zona en que vivía antes sí que había más, y dices: jolín, no trabajan, están ahí, no cotizan, les dan comedor gratis... A mí eso, por ejemplo, esas cosas me parecen injustas; porque para ir al colegio les motivas y les pagas el comedor. O les estás pagando la sanidad, pero tampoco... Pero también porque no quieren. *(Entrevista 18, mujer, 29 años).*

La entrevistada pasa de plantear el acceso a determinadas prestaciones sociales desde una perspectiva más o menos universal a establecer criterios individuales de merecimiento y una denuncia de la ausencia de este (en este caso, por parte de un grupo étnico), entendiendo el disfrute de derechos no merecidos como una injusticia dentro de la sociedad. La joven no se habría confrontado ante dichos dilemas si no hubiera estado ante la situación de entrevista, moldeando y flexibilizando así los principios de justicia sobre los cuales va construyendo su idea de la sociedad en la que vive, en función de una especie de negociación establecida por las contradicciones de un discurso en proceso de definición.

El segundo nivel de expresión lo encontramos en la construcción del discurso mediante el planteamiento de experiencias vividas y la referencia a la propia situación. La valoración acerca de lo social pasa, así, de referentes generales acerca de lo que es justo o injusto en los demás, al contraste con la propia vivencia. Lo observamos en el ejemplo siguiente, en el que el entrevistado valora su situación de desempleo contextualizada con su situación familiar, contrastándola con el cambio de circunstancia que se daría si quienes pasaran a estar en paro, o en una situación económica precaria, fueran sus propios padres. La experiencia social del desempleo se combina así con la experiencia de la solidaridad intrafamiliar:



“Yo, por ejemplo, para mí no supone un drama estar en el paro, porque estoy viviendo con mis padres; mis padres, el bar va tirando; no me falta comida, no me falta ropa; no estoy en riesgo de exclusión social, digamos. En cambio, si mis padres se quedaran en el paro, sí que tendríamos ya un problema. Entonces, son planes diferentes, claro. Es más dramático, no sé, las personas de 40, 50 años, de 50, cincuenta y tantos, que no tienen empleo y que las perspectivas de encontrar empleo son casi nulas. Porque joven, bueno, vas tirando, ¿sabes? [...] Algo va saliendo. Pero estas personas ya de perfil, digamos, acercándose a la jubilación ya, se han quedado desempleados, no van a encontrar, sí que es bastante dramático. Muchos de estos perfiles son gente que se está quedando en la calle.” (*Entrevista 17, hombre, 25 años*).

El tercer nivel de expresión es el del discurso ideológico. La idea de sociedad, en este caso, aparece claramente mediada por las convicciones ideológicas, más o menos firmes, de algunos de los jóvenes entrevistados. Cuando predomina la expresión mediada por la ideología, el discurso ya no responde ni a la dinámica generada por la propia entrevista, que flexibiliza los marcos interpretativos, ni tampoco se ponen en el primer plano las propias experiencias como elemento explicativo del sentido de la narración. A pesar de ello, la ideología no difumina del todo los anteriores registros de la expresión. Como vemos en el siguiente ejemplo, la entrevistada moviliza un discurso ideológico, actualmente con creciente impacto en la sociedad española, vinculado a ejemplos cercanos; en este caso se trata de la utilidad de las diputaciones:

“Las diputaciones fuera. Las diputaciones son un resquicio del siglo XIX, de cuando no se podía hacer el bien, los cargos... la política, la forma más pobre y más aisladas de España, necesitaban las diputaciones. Pero ahora las diputaciones, en el estado actual, con las comunicaciones que tenemos (...) las diputaciones no pintan nada. Lo que pasa es que se mantienen porque es un nido de enchufados. (...) Lo digo por experiencia, todos los concejales de la zona de mi pueblo, todos estaban enchufados a la diputación, todos tenían cargos; cargos que no sé qué coño pintaban (...).” (*Entrevista 10, mujer, 26 años*).

En cuarto lugar, la expresión de lo social puede plantearse desde una perspectiva estructural, observando la sociedad en su conjunto. Es el registro expresivo menos habitual en las entrevistas analizadas en esta

investigación, lo cual resulta relativamente lógico. Los jóvenes no tienen por qué haber realizado una reflexión general sobre el modelo de sociedad en el que viven y, puesto que el discurso que emiten se está revelando gradualmente en su propio proceso de producción, únicamente asistimos a la expresión de percepciones globales de lo social al final de los relatos planteados en la entrevista. Surgen después de haberse confrontado a la situación mediante la cual el propio proceso de investigación les ha conducido a plantearse y construir una idea propia de sociedad. Por tanto, esta visión estructural de lo social, cuando aparece, tiene un carácter de expectativa ficcional;<sup>40</sup> esto es, está construida sobre imágenes de cómo será la sociedad en el futuro. La pregunta general que los jóvenes se plantean no es, de este modo, en qué sociedad vivimos, sino en qué sociedad llegaremos a vivir en un futuro relativamente próximo y cómo incidirá dicho modelo de sociedad en la existencia y las biografías de cada uno en cuanto que actor social individual, tal como hemos analizado en el capítulo anterior.

## 2. La flexibilidad de los marcos interpretativos de los jóvenes

Siguiendo la lógica de nuestra exposición y una vez analizado cómo se expresan los jóvenes y qué registros expresivos utilizan, nos adentramos en este apartado en la contextualización de sus discursos, en las características de los marcos interpretativos que utilizan. La idea de sociedad en los jóvenes se construye en contextos concretos de su experiencia vital, la cual es leída a través de unos marcos interpretativos comunes que dan sentido a sus situaciones y les ayuda a conectar su experiencia con su idea de sociedad. Más allá de la edad, la formación u otras condiciones sociales, estos marcos constituyen el punto de partida de nuestro análisis y la base sobre la que se sustenta el significado de sus discursos aportando las estructuras necesarias para la comprensión de las narraciones. El análisis temático de los discursos generados en las entrevistas nos ha permitido hemos establecer cuatro características o elementos de contexto que definen con bastante precisión los marcos interpretativos de nuestros entrevistados: la individualización de las experiencias, la ambigua interpretación de “lo público”, la percepción de la mayoría de derechos como derechos derivados, la frustración relativa de las expectativas vitales de los jóvenes y la flexibilización de los marcos interpreta-

---

(40) Las expectativas ficcionales representan eventos futuros como si fueran verdad, aunque su eficacia real reside en su grado de credibilidad. Lo importante no es que la expectativa futura sea verdadera sino convincente (Beckert 2013).

tivos de la experiencia fruto, en parte, de la *desestandarización* de las transiciones juveniles apuntada en el primer capítulo.

## 2.1. La individualización del contexto de las experiencias

Los jóvenes piensan e interpretan en múltiples ocasiones su condición social desde una perspectiva individualista, argumentada desde su propia experiencia y teniendo como criterio principal de juicio sus propias trayectorias y circunstancias vitales. Este creciente individualismo y la pérdida de interés de los individuos en las referencias a una realidad social colectiva han sido analizados como un proceso de individualización que recoge la paulatina disolución y desprendimiento de los sujetos de la vida colectiva como consecuencia del aumento de las posibilidades de elección y decisión (Beck 1999; Bauman 2005b). Los jóvenes asumen cada vez más las posibilidades pero también los riesgos e inseguridades relativos a la planificación y organización de su propia forma de vida que experimentan como la suma de decisiones y elecciones individuales. Sus decisiones, tal y como ha sido expuesto en el capítulo tres, están relacionadas con tres ámbitos fundamentales: los de carácter laboral, los personales/familiares y los relacionados con la elección entre los elementos de ruptura o continuidad de sus trayectorias. El éxito o fracaso percibido por los jóvenes de sus trayectorias depende en gran medida de la consideración de que están tomando las buenas decisiones con respecto a sus expectativas.

La individualización supone, por tanto, la asunción de que son los jóvenes quienes tienen que construir su propia biografía sin depender de la estabilidad de los contextos o de las tradiciones entre las que se mueve (López Blasco 2006). Tal como queda recogido en el primer capítulo en la discusión sobre la combinación de factores relativos a la estructura y/o la agencia, es precisamente en las decisiones y elecciones individuales donde los entrevistados ponen el foco a la hora de valorar sus trayectorias de integración. Esto queda especialmente patente cuando los jóvenes entrevistados valoran las diferencias de integración de su grupo de afines, especialmente de sus amigos más cercanos y de sus compañeros de estudios, la mayoría con la misma formación universitaria pero con distintas trayectorias de integración en el mercado laboral. Es entonces cuando emergen todas aquellas cuestiones individuales que marcan la diferencia de trayectorias, en un abanico de posibilidades que va desde la valoración del esfuerzo individual a la

consideración de que lo obtenido en la vida depende únicamente de la suerte o de su ausencia. La individualización implica que la subjetividad de los jóvenes adquiere mayor importancia, pues deben tomar decisiones que se adecúen a sus situaciones y experiencias vitales. La elección de los estudios, en la mayoría de los casos, de las asignaturas y profesorado, los contactos, la suerte, la ayuda familiar, las capacidades individuales, la motivación, o las circunstancias personales se convierten en las piezas determinantes para la explicación de las distintas trayectorias vitales. Las decisiones son en ocasiones puntuales pero en otras responden, tal y como hemos apuntado anteriormente, a unas estrategias claras por parte de los jóvenes de activación, reinversión y/o aceptación de su situación presente.

Al estar atravesada su valoración por su propia experiencia y circunstancias, las políticas o, más bien, las reformas de los programas de intervención social acaban siendo evaluadas principalmente desde la perspectiva individual y de la exposición de casos concretos. Dicho en otros términos, la importancia que se les atribuye depende de la cercanía de dichas reformas a su contexto de experiencias. Son numerosas las expresiones que relativizan la evaluación en función de la valoración de lo individual, a la hora de elaborar sus juicios sobre determinados cambios en las políticas. Se trata de expresiones como *“depende”*, *“según cada caso”*, *“no se puede generalizar”*, *“habría que estudiar cada circunstancia”*, que preceden las opiniones de muchos entrevistados con respecto a distintas políticas sociales, situando la experiencia individual y la casuística en el centro de su discurso.

Hablar e interpretar lo social desde la perspectiva del individuo implica situarlo en el centro de la vida social y, así, transferir parte de las responsabilidades colectivas hacia responsabilidades individuales. La estructura política de oportunidades queda supeditada al uso individual que se hace de la misma. La toma de decisiones individuales, las elecciones realizadas en un determinado momento, explican las distintas trayectorias de integración de los jóvenes, tal y como ya hemos desarrollado al tratar los distintos procesos de integración de las nuevas generaciones y el peso que en éstas tienen sus propias decisiones. Existen, por tanto, buenas o malas elecciones y decisiones individuales que explican los distintos niveles de integración socioeconómica de los jóvenes, en parte ignorando los posibles problemas estructurales de fondo:

“Así que tampoco tomó la *buena decisión*, porque los funcionarios hoy en día tampoco están ahí excesivamente bien [risas]. Pero, bueno, que sí, por decirte algo así. Pues, mira, en ese momento, no era buen momento y *decidió cambiar de rumbo*, en determinado momento de la vida. Y pues ella, ahora mismo, está tranquila; no ha seguido vocacionalmente lo que ella quería y cosas que tal, pero un poco por dinero, al final ha tenido que decidir de alguna manera: llevo mucho tiempo sin trabajar, y mucho tiempo tal; me voy a poner a estudiar y hacer otra cosa, porque veo que por aquí no encuentro la salida, y voy a hacer otra cosa. Bueno, no sé (...).” (*Entrevista 3, mujer, 30 años*).

## 2.2. La ambigüedad de “lo público”

La referencia a “lo público” es una constante –si bien los significados que se le atribuyen presentan una cierta complejidad– en el caso de jóvenes cuyas condiciones materiales y sociales les han posibilitado acceder a la educación superior, pero que sin embargo se encuentran en la actualidad, en muchos de los casos analizados, en situación de precariedad laboral. Utilizado como contraposición de lo privado, como sinónimo de lo político, como entramado de prestaciones sociales o como herramienta ideológica, a la hora de aplicar la idea de “lo público” a ámbitos concretos de la sociedad en la que viven, destaca entre los jóvenes una gran ambigüedad. En el significado atribuido a lo público concurren dos tipos de narraciones: (1) “lo público” narrado desde la posición social caracterizada por un sentimiento de marginación o incluso exclusión social y laboral; y (2) “lo público” como herramienta de acción e intervención política.

En el primero de los casos, el desapego mostrado en ocasiones por lo “público” no es sino la ilustración de un sentimiento de exclusión por parte de los jóvenes que no perciben el efecto de determinadas intervenciones públicas en sus vidas:

“Y no sé lo público, qué ofrece o lo que deja de ofrecer. O sea, que voy un poco pez. Es decir, a nivel de: ¿qué ofrece ahora mismo el Estado y si deberíamos bajarlo o no, o ajustarlo o no, para el nuevo sistema de bienestar? No opino, no sé; porque no sé exactamente qué ofrece. Pero, bueno (...).” (*Entrevista 12, hombre, 28 años*).

La falta de autonomía e independencia económica de los jóvenes, que conlleva una experiencia de “lo público” institucional más limitada que

la de otros grupos de edad, puede explicar el hecho de que sus narraciones estén colmadas de actitudes de introspección. Se priorizan algunas emociones que implican un encuentro con ellos mismos y, a su vez, un cierto desencuentro con el resto de la sociedad y por tanto, con la esfera pública. Dependientes de las familias en muchos de los casos y del bienestar que éstas les puedan proveer, lo público queda relegado a debates relacionados principalmente con las ayudas y prestaciones sociales. Lo justo o injusto de una determinada prestación social o la ausencia de la misma parece vertebrar todo el debate relativo a la esfera pública, sin trascender a una reflexión sobre lo colectivo y a una idea general de la sociedad. Este repliegue sobre lo individual se materializa en narraciones que contienen un cierto sentimiento de exclusión, a través de las cuales los jóvenes se sitúan como observadores de una estructura pública más que como sujetos de derechos y beneficiarios de determinados bienes y servicios públicos.

La segunda variante de “lo público” como “espacio de la política” se corresponde con los constantes cambios políticos e ideológicos, que varían el contenido del contrato social en función del gobierno de turno. Lo público como espacio de la política es efímero y cambiante, por lo que las reflexiones respecto a ello son muy concretas y vinculadas principalmente a la política partidista, en función de la ideología de cada entrevistado. Lo público y lo político forman por tanto, en esta variante, un mismo cuerpo social, dificultando pensar en uno sin el otro. Así, se suceden expresiones del tipo, *“la educación para el PP”*, o *“el bienestar para los políticos”*, politizando un sistema de bienestar cuyos derechos son otorgados pero cambiantes en función del partido en el gobierno.

Nuestros entrevistados son jóvenes cuyas vidas transcurren en medio de importantes cambios sociales y políticos, discontinuidades e incertidumbres que determinan una visión a corto plazo de su entorno social: les preocupa más el presente que el futuro. Su concepción de lo público es por ello del aquí y ahora, y en ella se entrelazan su valoración de los logros individuales con la reivindicación de unas estructuras públicas que no dificulten sus trayectorias y en el mejor de los casos que la potencien. Esta tensión entre lo personal y lo social, lo permanente y lo efímero, genera una actitud ambivalente con respecto a lo público que vertebra gran parte de sus discursos. Ambas variantes de lo público desembocan en una aproximación al concepto que va desde la retrac-

ción hacia la interioridad y la instrumentalización de lo público como herramienta de supervivencia individual, hasta la reivindicación de la configuración de lo público como estructura social necesariamente diferenciada del cuerpo político, cuya legitimidad residiría precisamente en su neutralidad y permanencia.

Estos dos matices sustentan un significado de lo público como potenciador de lo personal. Defender lo público desde una perspectiva individual equivale a demandar una estructura que beneficie el desarrollo personal y proteja o garantice unos mínimos a los individuos en caso de necesidad. Lo problemático reside en determinar y distinguir lo que cada uno considera que favorece, o entorpece, su desarrollo personal, y cuáles de estos aspectos son considerados logros individuales u oportunidades que ofrece el Estado. La ambigüedad en la interpretación de lo público y su papel en el proceso de integración social de los jóvenes lleva a cuestionar la labor que debiera desempeñar el Estado y su parte de responsabilidad en las trayectorias juveniles. Para algunos, la estructura pública vertebró su trayectoria puesto que llevan 20 años inmersos en un sistema educativo público; para otros, esta estructura, casi invisible a sus ojos, sólo emerge en caso de problema y necesidad –desempleo por ejemplo– y, por último, algunos la valoran como innecesaria e ineficaz, tal y como está planteada, y le atribuyen parte de responsabilidad de los desajustes sociales actuales –sobrecualificación, dependencia social, etc.–. Si bien la relación entre los jóvenes y lo público está atravesada por determinadas paradojas, está muy presente en sus discursos y reflexiones en torno a los logros individuales y la estructura de oportunidades públicas que los pudiera favorecer o perjudicar.

### **2.3. Los derechos de ciudadanía como derechos derivados**

El tercer elemento fundamental para entender las características de los marcos interpretativos que utilizan los jóvenes es su percepción de los derechos. En este caso, todo su planteamiento viene marcado por los problemas que tienen para poder disfrutar de dos derechos fundamentales, que tienen una importancia crucial tanto en su camino biográfico hacia la vida adulta como en el proceso de integración en la comunidad como ciudadano: el acceso a un trabajo digno y la posibilidad de adquirir o disfrutar de una vivienda, propia o en alquiler, a un precio razonable. Pero si esta referencia a las barreras que les impiden progresar en su camino hacia la independencia económica y la autonomía personal

es una constante en los discursos juveniles, reiterada una y otra vez desde hace tiempo, la novedad en el momento actual es la preocupación que manifiestan por las condiciones en que se desarrollan dos derechos que hasta ahora parecían inquebrantables: el derecho a la educación y el derecho a la sanidad. El aumento de tasas universitarias, los cambios en los criterios de obtención de becas o la vinculación de la atención sanitaria a la cotización a la Seguridad Social para los mayores de 26 años, por solo citar las medidas que se introdujeron en nuestras entrevistas, provocan una sensación generalizada de inquietud e incertidumbre entre los afectados por el miedo a perder lo que hasta ahora eran derechos no sometidos a debate; algo que existía, que formaba parte de nuestro sistema social sin plantearse ni porqué ni para qué. El temor a la pérdida de dichos derechos no hace más que aumentar una situación de dependencia familiar, que parece incrementarse en los últimos años como consecuencia de la crisis económica y el problema de empleo que ha traído consigo.<sup>41</sup>

De esta falta de independencia económica, total o parcial, deriva la percepción de muchos jóvenes de que disfrutan de unos derechos derivados del trabajo y esfuerzo acometido por sus familias. En un régimen de bienestar cuyos derechos sociales básicamente están vinculados al trabajo en términos de aportación económica a las arcas públicas, los jóvenes, con poca o ninguna experiencia laboral a sus espaldas, no se sienten legitimados para reclamar por sí mismos sus derechos. Ya beneficiados por una larga trayectoria formativa, piensan que se encuentran en el momento de devolver al Estado parte de lo que éste ha invertido en ellos. Ante la imposibilidad de hacerlo, acaban por acudir al trabajo realizado por sus familias, a los largos años de cotización realizada por sus padres, para poder reclamar el disfrute de sus propios derechos. Muchos todavía en búsqueda del primer empleo sienten que sus derechos con respecto al Estado, sobre todo en materia de educación, sanidad y vivienda, derivan de las aportaciones realizadas por sus familias a través de su trabajo. La familia se convierte así, tal y como veremos más adelante, en el sustrato cultural y económico de que da sentido a los planteamientos juveniles. Este Estado de bienestar *fami-*

---

(41) Según los datos del Observatorio de Emancipación nº2 (Segundo semestre de 2013) realizado por el Consejo de la Juventud de España sólo el 22,2% de los jóvenes menores de 30 años está emancipada residencialmente, una proporción que ha venido descendiendo de manera significativa desde principios de 2011.

[<http://www.cje.org/es/publicaciones/novedades/observatorio-de-emancipacion-n1-segundo-trimestre-2013/>]



*liarista* induce una relación con el Estado mediada por la situación familiar, y los derechos de algunos entrevistados parecen derivar de los esfuerzos que sus familiares han realizado o realizan. De los derechos de ciudadanía pasamos a los derechos “por delegación”.<sup>42</sup>

Es especialmente significativo el caso de la sanidad, como muestra la cita que aparece a continuación: ante el nuevo escenario de acceso a ella, muchos reclaman su derecho a la misma a través de sus padres, en lugar de hacerlo por el simple hecho de ser ciudadanos. Parte de los esfuerzos acometidos por un padre a lo largo de su vida laboral, justificarían la cobertura de un hijo:

“Significa que es el número de mi padre terminado en B; con lo cual yo me beneficio de lo que padre cotizó a la seguridad social a la hora de recibir atención de la seguridad social. O sea, mi padre ha cotizado y yo me beneficio de sus beneficios. ¿Por qué ahora ya no? Quiero decir, ¿mi padre no cotizó lo suficiente para que yo pudiera ir al médico?” (*Entrevista 10, mujer, 26 años*).

La situación vital de los jóvenes les lleva a verse como receptores de la solidaridad intergeneracional en vez de cómo actores que reclaman su posición en la sociedad a la que pertenecen. La prolongación de la edad de formación, la dificultad de inserción en el mercado laboral o los obstáculos para acceder a la vivienda no sólo retrasan la consecución de la independencia económica sino que también afectan al logro de la propia autonomía personal. Las consecuencias sobre la percepción de su condición ciudadana son evidentes. No se ven a sí mismos como sujetos de derechos sino más bien como sujetos dependientes que se benefician indirectamente de los derechos adquiridos por sus familias. En última instancia, lo que estos jóvenes están manteniendo es que la integración en la sociedad como ciudadano depende de la capacidad de trabajar y aportar económicamente a la sociedad.<sup>43</sup> La clave, tal y como ya hemos visto, está en el trabajo, como forma de acceso al estado de bienestar, al sistema de derechos; en definitiva, a la ciudadanía. De esta

---

(42) Esta idea de los derechos por delegación (“*rights by proxy*”) es un concepto muy popular en los estudios de juventud a partir del texto ya clásico de Jones y Wallace (1992) en el que examinan cómo los jóvenes llegan a ser reconocidos como ciudadanos independientes.

(43) En una investigación llevada a cabo en Gran Bretaña hace algunos años ya se comprobó que la concepción de ciudadanía más extendida entre los jóvenes era la del *ciudadano respetable independiente económicamente* (Smith et al. 2005).

idea deriva un pensamiento transversal a casi todas las entrevistas: los derechos se exigen en función de la aportación directa o indirecta (a través de la familia) que cada individuo efectúa al Estado, vía impuestos, cotizaciones, etc., pero pocas veces como un *acquis* ciudadano. Los derechos pasan de esta manera a ser merecidos a través de un intercambio económico con el Estado, con el cual se mantiene una relación de reciprocidad.

## 2.4. Las expectativas y la frustración relativa

Frente a una integración sociolaboral difícil, muchos jóvenes apuntan a la necesidad de flexibilizar sus expectativas para no caer en una frustración, optando por la estrategia de adaptación de sus expectativas a la compleja realidad en la que les ha tocado vivir. El presente no se parece a lo que ellos se habían imaginado: la dificultad de encontrar el primer empleo, la precarización de las situaciones laborales, la diferencia entre su formación y las tareas desempeñadas en el trabajo, y en el peor de los casos, la experiencia del paro. Ante este panorama, algunos recurren a una flexibilización o relativización que se interpreta como la necesaria adaptación de las expectativas previas a las realidades laborales actuales:

“Hay que ser realista. Es decir, de lo que has estudiado a lo que realmente vas a trabajar es muy difícil que coincida. Aquello que se dice de trabajar de lo que has estudiado, trabajar de lo que has hecho; yo de hecho estoy trabajando en una cosa que no tiene nada que ver con lo que he estudiado, hasta cierto punto. Entonces, hay que tener, yo creo que la palabra clave ahora es flexibilidad; a nosotros es hora de adaptarse. (...). Tienes que saber muchas cosas y saber desenvolverte. Quizá es esa flexibilidad y ese manejo que le falte a mucha gente.” (*Entrevista 13, hombre, 26 años*).

Esta flexibilidad, entendida por unos como cualidad para conseguir una trayectoria exitosa, es comprendida por otros como una cierta claudicación y derrotismo. Este sentimiento está especialmente presente en aquellos que han estudiado una carrera por vocación y prefieren seguir esperando, e incluso ampliando su formación, hasta poder dedicarse a aquello para lo que están preparados, y a lo que efectivamente desean dedicarse. Sin embargo, en ambos casos existe una latente frustración con la situación presente. Esta frustración tiñe sus discursos de un relativo amargor, que se expresa en posicionamientos

defensivos que favorecen juicios cerrados sobre las situaciones propias y ajenas.

La promesa incumplida, según la cual a una buena formación le correspondería un determinado nivel de vida, genera en el contexto actual de desempleo y precariedad, que es el contexto vital de buena parte de los jóvenes entrevistados, un presente de supervivencia, pero una frustración clara de expectativas. Más aun cuando se trata de jóvenes de clase media que habían apostado su futuro a los beneficios hipotéticos de una etapa formativa amplia y dilatada. Frente al cumplimiento de lo que consideran su parte del pacto con la sociedad (formarse con el objetivo de integrarse en un mercado laboral cualificado y revertir así a la sociedad lo que ésta ha invertido en ellos), muchos jóvenes valoran su situación presente como injusta e incomprensible. Consideran que su formación les debería permitir alcanzar un determinado nivel laboral y que a éste le acompañaría un bienestar y nivel de vida determinado:

“Para encontrar trabajo, es la idea que nos vendieron cuando éramos pequeños: tú trabajas, o sea, tú estudias, hijo, haz una carrera, licénciate, y ya si tienes eso te va a venir todo, te va a venir, la casa, la novia, el piso, el perro y el coche. ¡No, es así! Esa es la idea que nos vendieron. Y ahora todos tenemos no sé cuántas carreras, no sé cuántos Máster, idiomas... Y no viene ni la casa, ni el coche, ni el perro ni nada.” (*Entrevista 24, mujer, 30 años*).

En los discursos de los jóvenes sobre su relación con la sociedad, el vínculo entre educación o formación y trabajo ha sido modificado sin su acuerdo. En el ideal de sociedad en el que se basaba la promesa de futuro, se ha pasado de una relación lineal y proporcionada (a mayor educación, mayores posibilidades de integración cualificada en el mercado de trabajo), a una relación percibida como tramposa y falsa, incrementando los sentimientos de frustración. Pero también se ha roto el vínculo del trabajo con el bienestar, ya que –bien por ausencia del mismo, bien por unas condiciones precarias– no es fácil encontrar un equilibrio con las expectativas de vida de muchos jóvenes. En efecto, muchos de los entrevistados con trabajo mencionan unas condiciones laborales por debajo de lo deseado: largas jornadas de trabajo, salarios insuficientes para garantizar una vida confortable y una falta de estabilidad que dificulta la realización de planes a medio plazo. Tener trabajo no garantiza, por lo tanto, realizar sus expectativas. Dicha frustración, en la base de muchos de los discursos, proporciona la herramienta ne-

cesaria para comprender los replanteamientos y cuestionamientos actuales relativos a la educación, el mercado de trabajo y los procesos de integración y creación de vínculos cívicos.

La tensión entre las expectativas y la realidad se traduce en cierta ambigüedad en el discurso de los jóvenes con respecto a sus prácticas y experiencias, pero también con respecto a sus opiniones y posicionamientos sobre lo social. Los pensamientos, las experiencias, las decisiones y los discursos contenidos en cada una de las entrevistas contienen, en no pocas ocasiones, contradicciones continuas, fruto del intento de ajuste que realizan los jóvenes entrevistados entre sus aspiraciones y la realidad que les rodea, percibida como cambiante y difícil de predecir:

“Sí, hoy en día, yo creo que mi generación, respecto a la de mis padres, vive cosas muy fugaces. Es decir ha habido un salto brutal, de veinte años hacia aquí, de treinta años hacia aquí, y creo que cada vez iremos más rápido. Es decir, mi hermana, me llevo diez años con mi hermana, y creo que ella, cuando entre en el mundo laboral cambiará más incluso de lo que yo he hecho; y yo me he intentado adaptar, pero las nuevas tecnologías y las nuevas generaciones... Es decir, hoy en día no hay fronteras, hoy es fugaz, es (...).” (*Entrevista 7, hombre, 30 años*).

Esta sensación de falta de control sobre las trayectorias vitales, de constatación de adaptabilidad y flexibilización ante los continuos cambios en la vida, da lugar a discursos en los que abundan las contradicciones. Unas contradicciones que, a primera vista podrían ser interpretadas como síntomas de una falta de coherencia, pero que cuando se analizan más en detalle demuestran ser una herramienta fundamental de supervivencia y un instrumento de adaptación a una realidad compleja y cambiante. En las intervenciones producidas durante las entrevistas queda reflejada la ambivalencia con la que estos jóvenes se relacionan con muchos de los conceptos que marcan las distintas trayectorias de integración y que analizaremos a continuación: el esfuerzo, el mérito o la igualdad, entre otros.

### 3. Criterios de justicia y concepción de la ciudadanía: una renegociación constante

Una vez analizadas en detalle las características de los marcos interpretativos utilizados por los jóvenes entrevistados a la hora de enfrentarse con la realidad en la que viven, es el momento de adentrarse en las propias interpretaciones que realizan. Más concretamente, nos ocuparemos de los criterios de justicia que manejan para orientarse, entender y evaluar la sociedad, así como de la idea de ciudadanía que subyace a los mismos. La interpretación de la sociedad en términos de justicia y de ciudadanía está plenamente arraigada en las sociedades democráticas del capitalismo de bienestar, que se definieron a lo largo del siglo XX en torno al ideal de la *justicia social* (Miller 1999). Se trata, por tanto, de un vector clave de la construcción de la idea de sociedad en nuestro contexto actual.

Las transformaciones contemporáneas de las sociedades y estados de bienestar, en la evolución desde su “edad de oro” de mitad del siglo XX hasta la “edad de bronce” actual (Moreno 2012), y también debido a sus “nuevas” políticas neoliberales (Pierson 2001), están modificando también los criterios de justicia mediante las cuales se interpretan. De hecho, los criterios de justicia cobran especial relevancia en el contexto actual, como demuestran los muy numerosos estudios sobre el cambio en los valores y las actitudes hacia el bienestar (Svalfors 2003; Van Oorschot 2006; Reeskens y Van Oorschot 2013), que son en realidad investigaciones sobre la construcción misma de la idea de sociedad. Emergen así criterios de valoración de los vínculos sociales que dan forma a una idea concreta de sociedad: la consolidación del individualismo en la atribución de responsabilidades, la dinámica del *merecimiento* o la creciente dependencia del *esfuerzo* se superponen cada vez más al ideal de la solidaridad redistributiva y a la concepción de ciudadanía como consecución de una serie de derechos y obligaciones de participación. Sin embargo, esto no sucede de manera homogénea en las sociedades del bienestar. Como veremos, también rigen fuertes factores estructurales e institucionales que se siguen agrupando en torno a la noción de *régimen de bienestar* (Esping-Andersen 2000). Por ejemplo, en sociedades con fuerte dependencia de la solidaridad intrafamiliar, sigue primando el *familiarismo* en la delimitación de los criterios de justicia –como veremos a continuación–, mientras que en sociedades cuya distribución de justicia se ha basado más en el logro

individual, este criterio no ha hecho más que consolidarse (Moreno 2012).

Así, los discursos de los jóvenes españoles sobre la sociedad en la que viven tienen un sustrato común que sitúa a la familia como principal espacio de solidaridad y como generador básico de vínculos sociales. La familia juega, de este modo, un papel crucial en su idea de sociedad, que va más allá de la configuración de una “última red” de la protección social (Moreno 2000). La solidaridad intrafamiliar es para ellos, sin prácticamente ninguna excepción entre los discursos, mucho más que un espacio de transferencias materiales o simbólicas. Se trata, en realidad, del sustrato cultural sobre el que se edifica toda una idea de sociedad; el criterio de justicia que los jóvenes movilizan para interpretarla y las ideas sobre las cuales se puede establecer una noción de ciudadanía. A pesar de los cambios sociales producidos en las últimas décadas, incluidos los cambios en las formas familiares, este sustrato cultural sobrepasa experiencias concretas de vida familiar –se da prácticamente por igual independientemente de la situación familiar que se viva o se haya vivido– y se erige en un elemento básico de la interpretación de lo social.

Con esta base cultural, los jóvenes interpretan la sociedad en la que viven en torno a la combinación de principios de justicia que se manejan de manera pragmática. Así, hay espacios de lo social que únicamente pueden interpretarse como espacios de derechos, en los cuales resulta incuestionable el papel que tiene que jugar el Estado y a los que se les ha de aplicar un principio de igualdad fundamentado en la ciudadanía. Una vez garantizado ese espacio de derechos básicos, la justicia pasa a ser relativamente negociable y flexible, articulando, por una parte, un principio redistributivo basado en la *necesidad* (que plantea que quienes han de recibir solidaridad son preferentemente aquellos que demuestren mayores necesidades económicas) y, por otra parte, un principio basado en la *equidad*, esto es, que la redistribución tenga lugar en función de los esfuerzos realizados y los méritos demostrados por cada individuo.

Los principios de justicia que movilizan en sus discursos marcan el grado de legitimación de la sociedad en la que viven los jóvenes. La defensa de ese espacio de derechos básicos, en el que se encuentra sobre todo la sanidad pública y, con algún matiz, el acceso a la educación,

define los límites de la negociación acerca de lo social. A pesar de ello, los jóvenes ven en riesgo esa frontera infranqueable por la aparición de determinadas disfunciones especialmente de la política y de los políticos. De este modo, el sistema político aparece legitimado por la valoración de que lo social genera ciertos derechos y obligaciones, pero al mismo tiempo se considera que determinados elementos estarían fallando y poniendo en riesgo algunos vínculos que se perciben como infranqueables. Estos riesgos se identifican, por un lado, con las experiencias de injusticia debidas bien a la ausencia en la sociedad española de una cultura del esfuerzo, bien, en ocasiones, a la sospecha de falta de merecimiento (por ejemplo, de la percepción de algunas prestaciones sociales), o bien directamente a situaciones de fraude y corrupción en el ámbito de la política. Por otra parte, el riesgo de deslegitimación se vincula con una crítica relativamente extendida al sistema político actual, y a la necesidad de cambio. Los jóvenes muestran a menudo su disconformidad y también un distanciamiento claro con los políticos actuales, más que con la política con la que, en grados diversos, se muestran relativamente interesados, aunque no especialmente activos, por ejemplo, en movilizaciones sociales recientes.

En este mismo sentido, se explica que la idea de ciudadanía resulte de la combinación de los criterios de justicia y de los elementos que legitiman o deslegitiman lo social, con la familia como sustrato. Sobre esta base se desarrolla un espacio sociopolítico de derechos irrenunciables y ámbitos flexibles de negociación de lo social, donde se combinan –dependiendo del ámbito concreto de intervención– una lógica individualista del esfuerzo y el mérito con criterios de solidaridad y creación de vínculos sociales.

### **3.1. La familia como sustrato cultural**

La idea de sociedad entre los jóvenes pasa por una referencia constante a la familia. Los discursos sobre la integración cívica parten de la idea de que ésta constituye una red de relaciones sólida que articula la solidaridad, tanto hacia dentro de los límites de la unidad familiar como de cara a la sociedad. Este discurso es a menudo explícito, con constantes referencias a unos progenitores que aportan sustento, económico y afectivo, y a la propia idea de familia. No obstante, en otras ocasiones, sin partir de una reflexión explícita, la familia acompaña todo el discurso acerca de los vínculos sociales y de la idea de bienestar. No se en-

tiende la sociedad sin su presencia, y su ausencia o la ausencia de su apoyo es causa concreta de la exposición a determinados riesgos sociales. La familia es más que una “última red” de protección social: todo lo social aparece en las entrevistas articulado por su presencia.

Descubrimos la importancia de la familia en una entrevista concreta, la realizada a *M.* (*Entrevista 14: mujer, 27 años*), joven de nacionalidad noruega pero instalada en España hace pocos años. Sirve para poner a los jóvenes españoles ante el espejo de su propia realidad:

“Justo por eso, pero que no debería influir tanto la gente con quien tú has vivido, aunque sean tus padres. Porque aunque biológica, la relación que tiene una familia, no significa que se apoye toda la familia en las decisiones que hace la gente. Yo lo veo, que somos individuos y no podemos siempre depender de la familia. Es que no lo veo justo.” (*Entrevista 14, mujer, 27 años*).

Con el discurso de *M.* se ponen a prueba modelos opuestos de sociedad, marcando la diferencia con el discurso del resto de jóvenes entrevistados de nacionalidad española. Para éstos la familia es, implícita o explícitamente, el elemento más básico de la solidaridad y el bienestar, frente a un planteamiento –como el que realiza *M.*– en el cual la responsabilidad del individuo ante la sociedad no tiene por qué estar mediada por una institución que, como máximo, es un espacio compartido de afectos, pero no de solidaridad con trascendencia en la esfera pública. A su vez, este discurso constituye una prueba de la importancia de los elementos socioculturales en la interpretación de lo social; en la idea de solidaridad y de bienestar. Podríamos decir que estamos ante un caso paradigmático de la incidencia del *régimen de bienestar* (Esping-Andersen 2000) sobre las actitudes que adoptan los individuos acerca de los vínculos sociales y de la solidaridad. Mientras que *M.* dice no entender por qué en España determinadas prestaciones sociales, como por ejemplo las becas universitarias, se hacen depender de las rentas familiares, y no de una combinación de criterios de ciudadanía (garantizar el acceso a la universidad independientemente de las condiciones sociales de origen) y de equidad (valorar el mérito y el esfuerzo de los mejores estudiantes), ninguno de los jóvenes españoles cuestiona la base del sistema. En otros términos, para los españoles la posición inicial del acceso a determinados bienes públicos viene claramente marcada por la familia y su desarrollo, el éxito o el fracaso (conseguir acabar los estudios universitarios) está también mediado por la situación



familiar. De hecho, no solo no se cuestiona, sino que ni siquiera se plantea como un dilema. La omnipresencia de la familia se da por supuesta en la mayoría de los casos, pues de ella acaban derivando buena parte de los derechos de los que un ciudadano disfruta.

Esta constatación es la que nos permite interpretar la familia como un sustrato cultural, como la base sobre la que se organizarán los criterios de justicia y los elementos de legitimación que culminarán en una idea determinada de pertenencia e implicación en la sociedad. Hay aquí una aclaración importante que hacer. Los resultados de la mayoría de investigaciones sobre socialización y ciudadanía entre los jóvenes (Benedicto y Morán 2007) podrían hacernos pensar en que la familia es sobre todo relevante como sustento temporal en el proceso de *transición a la vida adulta*, como soporte previo para dar el salto a una realidad futura en que se deja de depender de ella. En realidad, los discursos de los jóvenes entrevistados son algo diferentes. La familia aparece como un espacio general de creación de vínculos sociales y de solidaridad en cualquier etapa de la vida, ya sea como base para entender las desigualdades de origen, para justificar la importancia de la aplicación de los programas sociales (que gozan de un alto nivel de legitimidad cuando se basan, como hemos visto y sin ningún tipo de crítica, en la renta familiar y en la propia idea de solidaridad intrafamiliar) y para entender solidaridades que se han hecho más evidentes y explícitas en la situación de crisis actual.

Hay en las entrevistas dos tipos de casos reveladores de la permanencia de la familia como soporte ante los cambios sociales acelerados por la crisis. Por un lado, se narran situaciones en las que la familia se constituye en pilar de la supervivencia ante la precariedad laboral y vital de los jóvenes, lo que también explica una cierta acomodación, por parte de algunos de ellos, ante determinados riesgos que no se asumen al estar cubiertos por la propia familia:

R: Porque si estoy en paro en mi casa, con mi madre, que me hace la comidita y me da charleta por la tarde, me dice: hija, no te preocupes, que la vida es fácil. Yo me acomodo y busco trabajo así: este no me va; iuy, este, que te piden que te pongas rubia!, no, no me gusta, tal, tal, tal... ¿Sabes? Lo miro todo como más relajado.

P: *Más distancia, claro.*

R: Porque tengo el colchón de mis padres, que me dicen: no te preocupes que aquí tienes una cama. Pero si tengo esa presión de que me piro de casa, de que me echan (...) (*Entrevista 24, mujer, 30 años*).

Por otro lado, observamos algunos casos donde el referente ya no son unos padres que proveen bienestar y vínculos sociales a sus hijos. Las formas de solidaridad intrafamiliar se han vuelto más transversales, y nos encontramos con hijos que piensan que el caso contrario de una exigencia de cuidado familiar de hijos a padres se podría dar, o incluso actualmente la estarían viviendo. Se trata de jóvenes que con su empleo precario se ven en la necesidad de cubrir también las necesidades vitales de sus padres, desempleados de larga duración. La solidaridad no es ya unidireccional, sino que adopta sentidos diversos en distintos momentos de la vida y ante la flexibilización y diversificación de las experiencias de integración social formal, especialmente a través del empleo. El ejemplo de L. (*Entrevista 10: mujer, 26 años*) es significativo, ante una situación laboral precaria, tanto la propia como la de su pareja, con unos padres en paro cuyas perspectivas de reinserción en el mercado laboral son, para ella, más que dudosas. El referente familiar determina en buena medida el sentido de su mirada hacia el futuro:

“Mínimo con ella. Y luego también, mi padre sí, ha cotizado y va a cobrar pensión, ¿y mi madre? O sea, yo vislumbro el futuro que a lo mejor me puedo ir a vivir con mi novio y una casa, pero también vislumbro que voy a tener una suegra y a unos padres de los que ocuparme, de los que pasar una ayudita, ¿vale? No sé si mis padres van a poder vivir con una pensión de cuatrocientos euros toda su vida, van a estar un poco *jodidos*... Y *jodidos* en el buen sentido hasta los sesenta. Espera que se empiecen a poner malos... Como mi suegra, que mi suegra, sí va a tener la ayuda de la pensión de viudedad, pero es que no va a tener su propia pensión porque no ha cotizado; siempre ha cobrado en negro.” (*Entrevista 10, mujer, 26 años*).

### 3.2. La articulación flexible de los principios de justicia

En los discursos de los jóvenes acerca de la sociedad en la que viven se articulan tres principios de justicia (Reeskens y Van Oorschot 2013). En primer lugar, un principio de *equidad*, basado en la idea del merecimiento según la cual el esfuerzo tiene un premio en una mayor obtención de beneficios en la vida en sociedad. Aquellos que más se esfuerzan se hacen merecedores de mayores incentivos reflejados en el acceso a más altos grados de integración social. En segundo lugar, un principio de *necesidad*, según el cual el reparto de los bienes dentro de la sociedad ha de tener lugar de tal manera que aquellos que menos oportunidades tienen puedan llegar a alcanzar oportunidades similares

o cercanas a aquellos con mejores posiciones de partida. El tercer principio gira en torno a la idea de *igualdad*: todos tienen derecho a recibir de la sociedad por igual, independientemente de sus condiciones de origen, del esfuerzo que realicen y del mérito que demuestren en determinados ámbitos de las relaciones sociales.

En realidad, en los discursos de los jóvenes los principios de justicia se articulan entre sí con mayor predominio de un principio sobre los otros en función de la interpretación de cada espacio posible de intervención pública, aunque asistimos en todo caso a una combinación de principios de justicia. Se distinguen así, en función del criterio movilizado de manera preferente, diferentes espacios de lo social. Un primer espacio sería el de los *derechos básicos*, correspondiente al principio de *igualdad*, en el cual se sitúa, de manera mayoritaria entre los jóvenes, la protección de la salud, defendiendo la intervención pública en sanidad. También con algunos matices, identifican el espacio de *derechos básicos* con la educación, en muchos casos también universitaria, principalmente en lo que se refiere al acceso a los estudios superiores en condiciones de igualdad de oportunidades.<sup>44</sup> Los jóvenes son prácticamente unánimes en la valoración de estos ámbitos como espacios de derechos básicos:

“Todas las personas que están en España tienen que tener el derecho a la sanidad. Bueno, es que voy más allá, todas las personas que viven en este planeta. Pero, vamos, a nivel español, o sea, voy más allá, me parece que el derecho a la sanidad, ese derecho no se puede quitar, ¿vale?, que no se puede quitar.” (*Entrevista 11, hombre, 28 años*).

“Sí, sí, sí. Tanto la sanidad como la educación, no me parecen ámbitos donde recortar, la verdad. Si acaso, seguir ampliando la universalidad; o sea, seguir invirtiendo para asegurar la universalidad de ambos ámbitos.” (*Entrevista 17, hombre, 25 años*).

“En la sanidad... es algo tan necesario que... Yo es que en ese punto no sé dónde tendría que poner los límites, porque es que es algo que a mí me parece: privar a gente de que les atiendan... Es donde no podría hacer... No sabría; en este caso no sabría cómo poder ahorrar en sanidad, porque... No sé, es que en algo tan necesario, me parece súper injusto que alguien le priven de eso, de atenderle, cuando es algo tan necesario.” (*Entrevista 18, mujer, 29 años*).

---

(44) No hay que olvidar que hemos trabajado con jóvenes universitarios y que el trabajo de campo se realizó en un momento de gran debate sobre la subida de las tasas universitarias, la adopción por parte del Gobierno de una nueva política de becas, etc.

Una vez definido el espacio de los derechos básicos, los ámbitos institucionales que se entienden como dependientes del trabajo, los jóvenes los caracterizan más bien sobre la base del principio de *equidad*. Son ámbitos de la intervención sobre lo social en los que la garantía de justicia se valora a través del *esfuerzo* realizado y del *mérito* adquirido. Aparece aquí, de nuevo, la educación, pero en una dimensión diferente. Mientras que el acceso se valora bajo criterios de ciudadanía, como *derecho básico*, el resultado de la educación, y su traducción en expectativas de integración y movilidad social, se valora de forma mucho más compleja. Y ello sin duda tiene que ver con el hecho de que, a pesar de la frustración relativa en la que se pueden encontrar por las situaciones de inestabilidad o precariedad laboral, constatan que sin el filtro de su formación universitaria es muy probable que su situación fuera aún peor:

“(...) yo pienso que la gente joven, en general, por lo menos la gente que me rodea: voy a formarme todo lo que pueda para que, algún día cuando esto mejore, tener más posibilidades o poder irme a otro sitio donde... [...] Si tienes un bagaje y unos estudios que te respalden, siempre vas a tener más opción. [...] Mis amigos con carrera los tengo a todos trabajando; con mejores o peores condiciones, pero están trabajando. Y los que no tienen carrera, tengo a muchos que no. Entonces, creo que, a día de hoy, sí que es mejor tener una carrera o tener estudios, que no, por supuesto.” (*Entrevista 1, mujer, 28 años*).

En la mayoría de los casos, la valoración del mérito y del esfuerzo por parte de los jóvenes se superpone a la garantía de igualdad de oportunidades, de tal modo que la defensa del esfuerzo y los posicionamientos meritocráticos basados únicamente en una exigencia de responsabilidad estrictamente individual sobre los logros o fracasos resultan prácticamente excepcionales:

“Yo creo que premiar al que se esfuerza me parece una buena medida, pero basándonos en iguales. Es decir, premiar al que se esfuerza cuando alguien no tiene ni para ir al cole, no sé si me parece una medida adecuada. Es decir, yo creo que premiar al que se esfuerza sí que tiene sentido cuando todos estamos iguales; es decir, todos tenemos acceso. [...]. Que yo creo que el premiar al que se esfuerza, hay casos en los que no se pudo aplicar de igual manera.” (*Entrevista 9, hombre, 27 años*).

Este extracto de entrevista es significativo de la superposición de criterios de justicia y de la manera en que se va construyendo paulatina-

mente una idea de ciudadanía característica. Así, con el sustrato de la familia como principal espacio definitorio de las posiciones sociales de origen, se valora el esfuerzo y se defiende el premio basado en el mérito siempre que estén garantizadas condiciones suficientes de igualdad de oportunidades, por ejemplo –y de manera destacada sobre otros ámbitos de intervención social– en el acceso a la educación. Es en esta combinación donde la dinámica del discurso convierte a los criterios de justicia en un cierto objeto de negociación relativamente flexible. Los principios de justicia parecen claros y asentados, pero el grado de incidencia de la *igualdad* y la *equidad* pueden ser objeto de debate y negociación dentro de la sociedad. De este modo, es interesante comprobar cómo en las entrevistas se formula dicho proceso de negociación, por ejemplo, estableciendo el criterio óptimo de valoración del esfuerzo, bien a través de las calificaciones formales del sistema educativo, bien a través de un juicio más subjetivo sobre el propio esfuerzo, aunque sometido al control de la sociedad. El espacio para la negociación es tan flexible y abierto que se debaten hasta los límites porcentuales del peso de la igualdad frente a la equidad o viceversa, aunque siempre –en el proceso de construcción discursiva de los criterios de justicia– abierto a la negociación:

“Rentas, 75-25. Rentas, 75%, esfuerzo 25%. Porque para mí la renta es lo básico. Simplemente eso, que no se debe perder de vista de no estar beneficiando ciertos casos, que pueden resultar flagrantes, ¿no? Como éste que decía, de ir arrastrando asignaturas y asignaturas, ya que al tener beca, le permitía relajarse, cada año contaba con que no tenía que pagar matrícula, podía seguir tranquilamente... se pasaba las jornadas universitarias en el bar, no tenía que venir a clase... Simplemente eso. En cuanto al esfuerzo habría que mirar simplemente esto, y que lo principal debería ser la renta.” (*Entrevista 17, hombre, 25 años*).

Este último ejemplo nos revela también la segunda modalidad de expresión en la valoración del mérito y el esfuerzo, esta vez en términos negativos: la constatación de que en España la meritocracia y la cultura del esfuerzo estarían, en buena medida, ausentes de los valores predominantes dentro de la sociedad. La necesidad formulada de introducir criterios de control del fraude se plantea como una respuesta ante la sospecha acerca de la existencia de trampas, que cuestionan el merecimiento de determinadas transferencias o prestaciones sociales. Dada la familiaridad de los entrevistados con la cuestión universitaria, este tema

se vincula en bastantes casos con el uso de las becas universitarias. Así, la crítica se dirige a determinados estudiantes que, pese a recibir beca, no demuestran un interés y una actitud activa por esforzarse en sus estudios, o de los cuales se denuncian usos indebidos de los importes de las transferencias recibidas. La mirada se amplía, en segundo lugar, a otros ámbitos como el laboral donde se cuestiona la ausencia de “cultura del esfuerzo” en el día a día de los centros de trabajo y en aquellos espacios donde van acumulando sus primeras experiencias laborales:

“O sea, yo digo mi experiencia. O sea, no sé, mi experiencia es que hay muchísima gente en corrillos todo el día, viendo vídeos, comentando, paseándose por la planta; pero no los veo delante de un ordenador, debatiendo sobre temas de los que están trabajando. O sea, veo que hay muchísima pérdida de tiempo (...).” (*Entrevista 4, mujer, 25 años*).

La respuesta ante este dilema, es decir, la valoración del esfuerzo junto a la constatación de que en determinadas ocasiones éste no se produce de la manera deseada no se traduce, sin embargo, en un posicionamiento estrictamente individualista. Como hemos avanzado, la meritocracia tiene un lugar destacado en las preferencias de justicia de los jóvenes en aquellos ámbitos que no son estrictamente de *derechos básicos* y siempre que esté cubierta una posición de origen en la que quede satisfactoriamente garantizado el acceso a determinados bienes públicos en condiciones de igualdad de oportunidades. La mayoría de los discursos transcurren en torno a esa lógica, quedando únicamente en posiciones extremas algunas expresiones estrictas de *igualitarismo* (por encima de cualquier valoración del esfuerzo, que en la situación actual de frustración de expectativas laborales y vitales de los jóvenes carecería de validez como principio integrador) o de *individualismo* (en algunos casos especialmente determinados por posicionamientos ideológicos).

Esta combinación de principios de justicia no impide, sin embargo, que una ética de la responsabilidad individual, aunque compatible con la idea de solidaridad, vaya adquiriendo un peso creciente en las valoraciones de los jóvenes acerca de la sociedad en la que viven. Estamos aquí en un espacio ambivalente ya que, por una parte, hay muchos casos en los que el esfuerzo realizado en los estudios universitarios no se ha visto específicamente recompensado con el logro esperado por la propia promesa de los estudios. Este incumplimiento de la promesa de ascenso social podría llevar a pensar que los jóvenes descartarían la

defensa de una “cultura del esfuerzo” que aporta resultados muy desiguales, y que en muchas ocasiones los jóvenes entrevistados fían a contextos cortoplacistas más que a condicionamientos estructurales. Pero, por otra parte, esta frustración es únicamente relativa, ya que la comparación con aquellos que no tienen estudios, cuya situación se percibe mucho más precaria, les reconcilia con esa creciente defensa del esfuerzo y de los resultados, al menos, de la formación universitaria que han conseguido culminar y que algunos aún se plantean continuar. Las oportunidades laborales y vitales que nacen de la formación se presentan, de este modo, como un claro beneficio de una estrategia que permite desenvolverse mejor en la sociedad individualmente, sin necesidad de apoyos externos (el Estado) no deseados especialmente:

“Yo lo que no creo que deba hacerse es... yo, por ejemplo, estudié una carrera, no creo que deba tener más derecho a encontrar un trabajo que una persona que no lo ha hecho. ¿Qué pasa? Que yo al haber estudiado, tengo acceso a trabajos que el que no lo ha hecho no tiene; también tengo acceso a los que él tiene, y tengo acceso a más; y eso es mi beneficio de haber estudiado. No necesito que el Estado ahora me proteja más.” (*Entrevista 23, hombre, 28 años*).

Comprender la defensa de la igualdad de oportunidades entre los jóvenes entrevistados necesita de un matiz importante en el contexto español o de *régimen de bienestar mediterráneo* (Moreno 2000). Se trata de un principio que no se sustenta sobre criterios de ciudadanía, y por tanto en la defensa de modalidades de intervención sobre lo social de carácter universal (exceptuado el espacio de los *derechos básicos*), sino más bien mediante la aparición de un tercer criterio de justicia: el de *necesidad*. Este criterio se combina con el principio de *equidad*, y se vincula siempre con la valoración de las posiciones de origen de las familias.

Sobre este matiz, al igual que sobre la centralidad y omnipresencia de la familia en la sociedad española, también nos alerta el contraste del discurso de la joven entrevistada de nacionalidad noruega sobre la sociedad española. Su discurso, así como la comparación con otros sistemas que hacen los jóvenes españoles emigrados a otros países europeos, marca alternativas basadas en la combinación de *igualdad* y *equidad*. Por ejemplo, plantean la posibilidad de una educación universitaria gratuita que cuente con sistemas de préstamos universales que presuponen el esfuerzo del estudiante, al plantear su devolución a la

sociedad en el futuro. En cambio, el resto de jóvenes entrevistados entiende, de forma casi unánime, que las intervenciones estatales orientadas a favorecer la igualdad de oportunidades han de adoptar el diseño institucional de un programa de intervención asistencial. Por ejemplo, conceden legitimidad a las becas universitarias mediante criterios de verificación de niveles mínimos de renta, con el entendimiento de que las rentas familiares superiores a ese límite pueden cubrir los costes de las matrículas universitarias sin necesidad de intervención estatal, pues funcionan como principal motor de la solidaridad. Esta comparación nos ayuda a entender cómo los jóvenes españoles delimitan la igualdad de oportunidades como un derivado del criterio de *necesidad* más que como un logro de ciudadanía. Es, al mismo tiempo, un reflejo más de una fuerte dependencia de los criterios de justicia del *régimen de bienestar*. Esto explicaría, además, que el principio de *necesidad* llegue a aparecer como prioritario frente al esfuerzo y el mérito en los discursos de muchos jóvenes, aunque, como hemos visto, ambos principios de justicia nunca dejan de combinarse entre sí en diversos grados.

### **3.3. La legitimación crítica pero pragmática del sistema sociopolítico**

Esta combinación articulada de principios de justicia, que otorga valores específicos a los vínculos sociales que genera la familia, a la propia idea de solidaridad y a la necesidad de una intervención estatal al menos en un espacio público en el que se garanticen derechos básicos y algunas fórmulas de redistribución, demuestra la legitimidad que los jóvenes le atribuyen a determinadas intervenciones en lo social por parte del Estado. De hecho, hay en el planteamiento que hacen los jóvenes según criterios de justicia una clara legitimación del Estado social como garantía del bienestar. No obstante, el Estado no es la única garantía, comparte ese rol tanto con la familia como con el ejercicio de las propias responsabilidades individuales.

Estamos, de este modo, ante una visión pragmática de su participación en la sociedad, que es también una percepción crítica del sistema en el que se desarrollan. Hemos visto en algunos ejemplos la crítica a una sociedad en la que, por una parte, no existiría una “cultura del esfuerzo” especialmente desarrollada y, por otra parte, no contaría con un sistema eficiente en la prestación de garantías al bienestar. Se desarrollan ciertos discursos que muestran desconfianza, distanciamiento y cierta



deslegitimación del sistema político español actual que, no obstante, no supondrían una deslegitimación de lo político. De hecho, los jóvenes muestran un interés destacado por lo político en general; es decir, por todo aquello que se refiere a la vida colectiva y en sociedad. Pero dicho interés se traduce en un creciente descrédito, bastante compartido, de la formulación actual de la política institucional en la España contemporánea.

La crítica hacia el funcionamiento actual del sistema político es la más extendida. Debates que se han desarrollado en el espacio público en los últimos años, como por ejemplo la proliferación de casos de corrupción, se vinculan en múltiples ocasiones con las deficiencias de un sistema en el que, en general, los jóvenes afirman creer aunque no confían en aquellos encargados de gestionarlo. Un recurso que aparece con frecuencia en los discursos es la comparación internacional:

“Pues mayor control, por ejemplo, de la corrupción; porque yo creo que... no conozco exactamente qué parte del dinero público desaparece con la corrupción, ¿no? (...). Escuché hace poco en Francia, donde se comparaba la represión de la... de la... de la corrupción en Inglaterra, en Estados Unidos, en Escandinavia, en Francia y en España.... Y en Alemania. Y en los países escandinavos y en Alemania hay unas leyes mucho más estrictas que aquí en España o que en Francia respecto a estas cosas. Pues, bueno, se podría, por ejemplo, tomar medidas como éstas.” (*Entrevista 5, hombre, 26 años*).

Otro discurso recurrente acerca de la corrupción del sistema lo encontramos en la comparación, también habitual en los discursos públicos que se han difundido en la sociedad en los últimos años, entre los políticos “privilegiados”, cuando no directamente sospechosos de corrupción, y el común de los ciudadanos que ha de someterse a la vigilancia y controles estrictos por parte de los poderes públicos. Sin embargo, la corrupción del sistema político no es para algunos jóvenes entrevistados únicamente un fenómeno de “*los políticos*”, sino que refleja las características y el comportamiento de toda una sociedad. Así lo describe, entre otros jóvenes, *M.*, para quien la sociedad española se caracteriza por una picaresca propia que va desde la corrupción del sistema político, al enchufismo del que, en mayor o menor grado, se valdrían la mayoría de los españoles, y a las trampas que los ciudadanos realizan cotidianamente al sistema. Es significativa la justificación que emplea al citar el caso de las personas que defraudan –en el ejem-

plo que utiliza- al servicio público de empleo, al afirmar que se trata de “*súper buenas personas*” (sic.) que, de hecho, actuarían por un “problema cultural” característico de la sociedad española:

“Yo creo que tenemos un problema cultural serio. Serio [...] O sea, yo he visto a gente en paro que -o sea, súper buenas personas, de verdad, súper buenas personas-, pero que a lo mejor se han ido de vacaciones... Entonces, como conozco a los de..., pues la única manera que tengo para cobrar el paro por no haber ido a fichar es una argumentación médica de que me imposibilitaba ese día haber asistido al paro; y se lo han hecho. ¿Sabes? Eso es algo que nos tenemos que plantear. [...] Entonces, o sea, yo creo que el problema lo seguimos teniendo. Y yo qué sé, amiguismos o cosas de estas, lo sigue habiendo. O sea, lo mismo, nos quejamos de que el marido de la Cospedal está metido en Capiro, que es el que está comprando todos los hospitales, pero realmente tú has llamado a Pepa a ver si puede tu hijo hacer las prácticas ahí.” (*Entrevista 15, mujer, 28 años*).

A pesar de esta atribución de responsabilidad en las deficiencias del funcionamiento de la sociedad y del sistema político a unas características “culturales” propias de la sociedad española, la principal responsabilidad del mal funcionamiento de los mecanismos de intervención social, de redistribución y de garantía de la igualdad, actualmente, se atribuyen a los políticos y a los gobernantes, hasta tal punto, como ocurre en el extracto de entrevista siguiente, que la “ineptitud” de los gobernantes lleva al entrevistado a optar por un modelo de sociedad con un Estado mucho menos interventor:

“Claro. Yo podría querer un Estado proteccionista si tuviéramos gobernantes que supieran hacerlo; pero como los gobernantes están demostrando que son unos ineptos, uno detrás de otro, pues prefiero que hagan lo menos posible, y que no interfieran; que se limitaran en no dar la lata. Y que el aparato regulador, que es lo que queda en su mando, que no dé la lata, y dejar a la gente que puede y sabe sacar las cosas adelante, que lo haga.” (*Entrevista 23, hombre, 28 años*).

No puede desdeñarse en ningún momento la importancia de la crítica a las deficiencias del modelo de sociedad, ya sea mediante explicaciones culturales o derivando directamente la responsabilidad sobre los políticos actuales y la corrupción de la política; aun así, en los discursos de los jóvenes se vislumbra una cierta legitimación del sistema. A pesar de que no destacan por una excesiva implicación transformadora de la

sociedad en la que viven, la reflexión sobre la manera en que se combinan los criterios de justicia, y la defensa agregada del Estado social, del sustento que aporta la familia y de determinados aspectos atribuidos a la responsabilidad individual, demuestran la creencia de los jóvenes en un modelo de sociedad que, más o menos conscientemente, están contribuyendo a construir. Aunque no aprueban determinadas tendencias hacia las que la sociedad está evolucionando –por ejemplo, la acelerada *remercantilización* del que identifican como espacio de *derechos básicos*–, no desarrollan líneas discursivas alternativas ni destacan por una movilización activa frente a los cambios sociopolíticos más recientes. Más concretamente, no se implican en la política, de la que se sienten generalmente distanciados por el juicio negativo que de ella hacen. A su vez, asumen buena parte del bagaje de los valores cada vez más predominantes en las contemporáneas sociedades del bienestar: el esfuerzo y el mérito derivados de una creciente atribución de responsabilidad al individuo sobre su propia existencia en sociedad. En cierto modo, se manejan en sociedad con pragmatismo, movilizando criterios de valoración inicialmente claros, aunque a la vez flexibles y negociables, pero que, en todo caso, no suponen una alternativa efectiva a los propios criterios de justicia sobre los que se están imaginando las democracias del bienestar en las últimas décadas.

### **3.4. Una idea de ciudadanía: la combinación de criterios, a veces contrapuestos**

La representación de la ciudadanía entre los jóvenes puede analizarse a partir de las tres dimensiones, generalmente admitidas, desde la obra, ya clásica, de T.H. Marshall (1998). En primer lugar, se trata de pensar en la ciudadanía como *pertenencia* a una comunidad política, que puede ser también comunidad de afectos, valores e intereses. En segundo lugar, como espacio de *derechos*, consolidado a través de unas instituciones democráticas. Y, por último, como *implicación*, es decir, mediante la atribución de significados a la pertenencia a la comunidad política a través de una serie de prácticas de ciudadanía (Benedicto y Morán 2007).

Las nociones de justicia y la legitimación pragmática del sistema conforman una determinada idea de ciudadanía como *pertenencia*. Los discursos de los jóvenes están formulando una idea específica de sociedad, afirmando la necesidad de vínculos sociales fuertes ante una reali-

dad incierta que les lleva a flexibilizar los marcos a través de los cuales interpretan su vida en sociedad. Aunque el contexto en el que se plantean los criterios de justicia que dan sentido a la sociedad en la que vivan pueda resultarles ambiguo, los jóvenes acaban adoptando posturas pragmáticas que se adaptan a la relativa incertidumbre de su vivencia. Sus posiciones sobre lo social están, no obstante, organizadas según criterios de justicia con una lógica interna clara. Así, combinan un sustrato cultural *familiarista* al que no renuncian, y al que se ven muy arraigados en el presente y de cara al futuro, con una atribución de responsabilidad a los propios individuos en el éxito educativo y en la integración en el mercado laboral. A su vez, no abandonan la crítica a elementos estructurales relativamente injustos, como las diferencias en las posiciones de origen ante el sistema educativo que exigen de una intervención del Estado fundada en la redistribución de *necesidades*, así como la frustración relativa de las expectativas de muchos en la inserción laboral tras el éxito en los estudios universitarios. Aunque se destaca lo individual, los jóvenes afirman la necesidad de lo colectivo. Aunque desconfían de su gestión y organización por parte de las élites políticas actuales, esto no les lleva a reconducirse radicalmente hacia soluciones únicamente individuales: analizan los problemas que afrontan también como problemas estructurales de la sociedad.

La representación de la ciudadanía en torno a *derechos* resulta también de una combinación de criterios. Con un espacio de *derechos básicos* limitado a la garantía de la salud y la educación, las demás dimensiones de la esfera pública, bien las observan con una relativa ambigüedad, bien las plantean como un objeto de negociación entre diversos principios de justicia aplicables. No hay en sus discursos una defensa explícita de las libertades públicas, como parte del bagaje de la ciudadanía, pero esto puede comprenderse en que se trata de una generación nacida y criada en democracia, cuyo contenido forma parte de manera intrínseca de su percepción de la sociedad. Si acaso, ante determinados recortes recientes en algunas prestaciones sociales, pueden entender que las garantías de dichas libertades podrían estar empezando a peligrar en algunos casos. Sin embargo, no predominan posiciones excesivamente activas en la crítica a los últimos cambios políticos.

En cuanto a los principios de justicia, en el contexto español aparecen elementos del *régimen de bienestar*, con una cercanía notoria al “tipo ideal” mediterráneo: los derechos no forman parte del bloque de la ciu-

dadanía, sino que más bien se entienden como *derechos derivados*. Como hemos visto, éstos se plantean a partir del doble vínculo con la familia y con el trabajo. Ello explica un posicionamiento ante la intervención social sobre las desigualdades que privilegia criterios de *equidad* y de *necesidad*, por encima de la *igualdad* y, con ello, por encima de posibles intervenciones públicas de carácter universal que no sean las del espacio de los *derechos básicos*. La igualdad es, entre la mayoría de los jóvenes, una igualdad de oportunidades que garantiza la posición de origen de la familia y, en caso contrario, que ha de garantizarse por el Estado “desde abajo”, mediante políticas y programas de intervención de carácter asistencial que aseguren niveles aceptables de renta.

Finalmente, en lo que se refiere a la *implicación* y a las prácticas de ciudadanía activa, hemos visto cómo convive entre los jóvenes un destacado interés por lo político en general con un distanciamiento crítico con respecto a la política y a su práctica actual. Esto no conlleva, sin embargo, la participación activa en alternativas ciudadanas. Con algunas excepciones, la mayoría de los jóvenes participantes en la investigación no destaca por su vinculación a propuestas alternativas o transformadoras. De hecho, como hemos visto, en general los jóvenes otorgan legitimidad al sistema en el que desarrollan sus vidas, y asumen gradualmente los valores más destacados en las sociedades del bienestar de la Europa contemporánea. Aunque defienden una idea de sociedad y una cierta noción de solidaridad, y a pesar de que se ven afectados por procesos de precarización que les generan insatisfacción con respecto a las expectativas vitales derivadas de los estudios universitarios, son crecientemente individualistas y sus criterios de valoración de lo social se están orientando, de forma a veces ambigua, a veces crítica, hacia los mismos valores sobre los que se están articulando las sociedades europeas en las últimas décadas.





## Conclusiones

Estas últimas páginas de nuestro trabajo están dedicadas a resaltar algunas de las principales aportaciones de la investigación que se han discutido en los capítulos anteriores. Trataremos de sintetizar las ideas que consideramos más relevantes y pondremos de manifiesto aquellos problemas que han ido surgiendo a lo largo de nuestra tarea, algunos de los cuales demandarían una respuesta más específica de la que en esta ocasión hemos logrado articular. En última instancia, todas estas cuestiones contribuyen a dibujar una agenda investigadora sobre la que consideramos que se debería seguir trabajando.

Para comenzar, los resultados obtenidos en nuestro trabajo investigador confirman no sólo el interés de los objetivos planteados sino la idoneidad –y en cierta medida novedad– del diseño metodológico adoptado para conseguirlos. Haber elegido “dar la voz” a nuestros jóvenes, provocando su reflexión no sólo desde una perspectiva biográfica sino también desde su condición de miembros de una sociedad a la que pertenecen, nos ha permitido profundizar en las relaciones que se establecen entre el nivel micro –sus experiencias, sus elecciones, sus propias vidas– y el nivel macro –el contexto, los determinantes estructurales–. Así, hemos podido considerar la enorme complejidad y diversidad de formas con las que los sujetos gestionan los determinantes estructurales presentes en un contexto de globalización y en el seno de profundas transformaciones económicas, sociales y políticas en el plano nacional. Unos contextos que, por exponerlo de forma muy resumi-

da, provocan el desconcierto y la incertidumbre. Ante esta situación, es cierto que los jóvenes responden con estrategias muy diversas –un punto sobre el que volveremos más adelante–; pero también lo es que lo hacen con flexibilidad y pragmatismo, tratando en unos casos de adecuar sus expectativas a los cambios que perciben, y en otros de enfrentarse a los mismos.

En concreto, a lo largo de las entrevistas hemos visto cómo los discursos que iban elaborando los jóvenes sobre la sociedad en la que viven se caracterizan por el recurso a marcos interpretativos relativamente flexibles y el cuestionamiento y la negociación sobre algunos elementos clave del modo en que definen su vínculo cívico: los principios de justicia, la concepción de lo público, o la responsabilidad individual frente a la colectiva. Pero, volviendo al modo en que se entremezclan lo micro y lo macro, hemos constatado también que buena parte de sus discursos se elaboran mediante la referencia a las experiencias vividas y a su propia situación. Las vivencias juegan, pues, un papel clave en sus narraciones sobre lo social, sobre lo público; pero ello no significa que no sean capaces, al mismo tiempo, de elaborar discursos en los que introducen elementos ideológicos, así como de incorporar una visión estructural de lo social, presente sobre todo en el momento en que se ven obligados a pensar en cómo será la sociedad en un futuro.

El análisis de los textos escritos por los jóvenes en forma de cartas ficticias ha confirmado todos estos resultados, pero además nos ha permitido agregar nuevos matices y perfilar algunas cuestiones innovadoras. Capturar los imaginarios de estos jóvenes en el momento en que proyectan su futuro, siempre a partir de una definición de su situación presente, ratifica dos cuestiones fundamentales que definen sus procesos de integración cívica. La primera de ellas es la incertidumbre, propia de su momento vital y del entorno social. Como hemos afirmado en diversas ocasiones, la idea de “tiempos inciertos” –resultado de la propia sociedad de riesgo pero también de la actual crisis– todo lo envuelve; convierte la realidad social en más contingente, individual y colectivamente. En segundo lugar, la quiebra de las viejas seguridades origina una constante renegociación de expectativas y de aspiraciones. El género epistolar ha sido particularmente adecuado para captar el modo en que, al imaginar el futuro construyendo un “presente extendido”, se enfrentan a dilemas que oponen lo que se tenía por cierto y se confiaba, y lo que pueden y quieren soñar, esperar y planear.



Los jóvenes hablan y escriben, además, conscientes de que se encuentran en una encrucijada; en un momento clave en el que sus decisiones individuales y las oportunidades y constricciones del entorno parecen determinar su propia vida. Pero es interesante advertir que, aunque en muchas ocasiones emplean un tono de lamento o de irritación, la incertidumbre que perciben a la hora de considerar las expectativas que definen sus trayectorias y los medios para hacerlas realidad no desemboca en la ruptura sino en la reconsideración y renegociación de la propia realidad social. En casi ningún caso la evidente frustración lleva a la negación o a la desviación –a la “salida”– sino que, por el contrario, suele generar flexibilidad e incluso creatividad.

Hay que admitir que el propio ejercicio de imaginarse el futuro en estas condiciones, en las que las antiguas certezas parecen desvanecerse para una gran mayoría, y en las que se desdibujan los “panoramas” de su propia integración cívica que hasta hace poco daban por sentado, hace que la biografía emerja con fuerza y, con ella, sea mayor el peso de lo individual sobre lo colectivo. Aun así, el papel de los elementos estructurales no se desvanece, sino que se construye en la propia interacción entre los sujetos y la realidad en la que viven. Las historias que narran –con esfuerzo y con dificultades– revelan el modo en el que, a través de las opciones que visualizan, tiene lugar el proceso de negociación de las disyuntivas. En buena parte de los casos, como es lógico, plantean soluciones individuales a problemas que perciben como individuales. Pero, vistas a la luz de sus representaciones sobre lo colectivo, sus inquietudes personales se convierten en problemas públicos. Es decir, cuando en un ejercicio de introspección y reflexividad hablan en primera persona del singular de cómo perseguir los objetivos de una vida profesional, de sus esperanzas de autorrealización o de si migrar en el espacio global, están presentando su propia reflexión sobre los problemas del mercado de trabajo, el debate generacional, el cambio de valores o la nueva migración española. Pero, además, en el proceso de enfrentarse a estos dilemas están diseñando estrategias de adaptación, resistencia e innovación. Ante la falta de certidumbres, y junto al pragmatismo y la flexibilidad ya mencionadas, la metáfora del movimiento frente a lo estático es la gran virtud que consideran necesaria para salir adelante en un mundo, en muchos sentidos, hostil.

El complejo juego que se establece entre las dimensiones estructural y personal en los discursos de los jóvenes constituye, a nuestro entender,

una de las principales aportaciones de esta investigación. Nos ha permitido comprobar uno de los presupuestos iniciales de nuestro planteamiento: la necesidad de matizar las tesis que, a partir del énfasis en los procesos de individualización de las sociedades actuales, confieren un papel protagonista a las decisiones particulares de los jóvenes en sus procesos de integración cívica. En nuestro trabajo, hemos examinado cómo el proceso de construcción biográfico vivido en un contexto de cambio como el actual se traduce para estos jóvenes de clase media en un marco dual de oportunidades y límites. Ciertamente, las oportunidades se consideran personales y los límites estructurales; pero es precisamente en ese punto donde aparece el espacio de sus elecciones. Por ello, el papel de la decisión individual cobra mucha fuerza en sus discursos, lo que origina una cierta sobredimensión del valor de la libertad de elección y una interpretación de sus resultados en términos de responsabilidades individuales.

No obstante, ellos mismos admiten que dichas decisiones están muy mediatizadas por la familia y, por lo tanto, por su grupo de pertenencia. Aun así, la idea de la responsabilidad personal tiende a diluir otro tipo de obligaciones políticas o institucionales y a dificultar las respuestas de tipo colectivo. A partir de aquí, se articula una de las constantes que articulan los discursos de los jóvenes, la “promesa incumplida”, en la que se hace particularmente visible la vinculación entre la dimensión estructural y la individual. La tensión se revela de forma clara en la admisión de los valores en los que han sido socializados: un mundo en el que el mérito, el esfuerzo y la responsabilidad individual se recompensaban con el éxito profesional, la libertad y la autosatisfacción personal.

La persistencia de estos valores sigue definiendo su mundo, tal y como hemos visto en el capítulo 3. Las decisiones en torno al trabajo, la emancipación de la familia de origen y la pertenencia a la comunidad a través del ejercicio de los derechos y deberes cívicos siguen siendo determinantes en la senda hacia la vida adulta. Pero, frente a las anteriores transiciones bien estructuradas, el contexto de oportunidades en el que se han socializado estos jóvenes de clases medias incorpora importantes cambios en cada una de estas facetas: el mercado de trabajo se presenta como “muy abierto” e incorpora también la idea de vocación; la emancipación se torna más compleja en la medida en que incluye nuevas relaciones personales y distintas formas familiares; y, finalmen-

te, se admiten diversas posibilidades para elegir la comunidad de pertenencia, facilitadas a través de la tecnología y la globalización.

Se forma así una imagen de una sociedad que les ofrece muchas más posibilidades que a la generación de sus padres: “*todas las oportunidades del mundo*”. Pero, simultáneamente, son conscientes –aunque a algunos les cueste reconocerlo– que también les sitúa ante unos obstáculos que parecen cada vez mayores; en todo caso, mucho más grandes de aquellos a los que se enfrentaron sus padres. Es esta primera contradicción la que está en el origen de la idea de una “promesa incumplida” y la que provoca buena parte de su frustración.

Las principales trabas se reconocen en el mundo del trabajo y ello tiene, como hemos visto, un impacto importante en el modo en que relatan la construcción de su propia biografía. Los empeños en seguir focalizando la inclusión a través del mercado laboral –tal y como les habían enseñado– dejan al descubierto la pérdida de poder que afecta a las jóvenes generaciones. Nuestros jóvenes aprendieron de sus mayores a seguir los dictados de un modelo meritocrático de crecimiento y, por consiguiente, de aumento del bienestar. Por ello, han puesto todo su empeño en desarrollar sus capacidades laborales de manera individual, pero han quedado al albur de las transformaciones del mercado de trabajo y del deterioro de sus condiciones laborales. La interiorización de los tradicionales criterios de selección social les empuja a seguir legitimando los resultados individuales sobre la base de las prácticas y decisiones de los sujetos. En definitiva, aunque saben que no son culpables por no acceder a lo prometido, se sienten como tales, lo que se traduce con más facilidad en sentimientos de impotencia y frustración personal que en acciones colectivas.

En cualquier caso, la difundida percepción de la “promesa incumplida” no debe hacernos olvidar que los procesos de integración cívica de estos jóvenes de clase media están marcados por la disparidad. Y son precisamente estas diferencias las que aumentan su nivel de desconcierto. Por plantearlo de forma muy sucinta, existen claros “*ganadores*” y “*perdedores*” entre nuestros jóvenes, un hecho patente cuando se considera la diversidad de sus trayectorias laborales y la distinta facilidad con la que han logrado sus objetivos. Lo que les confunde, en definitiva, es el grado de “azar” al que se enfrentan los jóvenes como ellos; la pérdida de la seguridad y la incertidumbre que, con independencia

de su situación actual, les afecta a todos ellos: constituye una “espada de Damocles” de la que no se pueden librar.

En el modo en que se piensa y se diseña el futuro se encuentran algunas claves para comprender la forma en que, al afrontar esta incertidumbre, los jóvenes se plantean nuevos dilemas. Concretamente, en estas contradicciones emerge la tensión entre el mantenimiento de los ideales tradicionales de las clases medias y la exigencia de buscar otros nuevos, en la medida en que se constata su fracaso, su falta de adecuación con la realidad existente. La primera disyuntiva que surge implica un cambio de la concepción del trabajo. Así, frente a una idea del trabajo asociado con la vocación y con la formación adquirida –vinculado también con el estatus y el nivel material de vida– aparece ahora una visión de un trabajo de escasa cualificación –el “alimenticio”– al que se atribuye la capacidad de generar recursos y, por lo tanto, de procurarles las bases para su emancipación. Íntimamente asociado con éste, se plantea un segundo dilema también referido al trabajo. En este caso, los jóvenes se debaten entre seguir considerándolo como fuente de realización personal o simplemente como un medio para buscar su propia autorrealización en otra parte: en el ocio, las relaciones personales, la esfera privada, etc.

Su futuro también les obliga a cuestionar los marcos espaciales de su propia vida. Las oportunidades que ofrece un mundo global, unidas a los obstáculos de integración cívica en el interior de nuestras fronteras, les lleva a plantearse la pregunta: “¿si no es aquí, dónde? La migración aparece interiorizada como una posibilidad más: para unos es una opción y para otros una necesidad. Así, aunque se trate de una expresión muy extendida, no hay un consenso claro acerca de la idea: “*no nos vamos, nos echan*”. El cosmopolitismo, pues, constituye el valor clave a través del cual visualizan e interiorizan el espacio global. La incertidumbre de su propia situación les lleva a considerarse como una generación precaria; y el cosmopolitismo como un recurso, pero también como la forma de adaptarse a lo inevitable: a un mundo sin fronteras claras.

La última contradicción que revelan sus discursos y narraciones ha sido ya abordada en páginas anteriores; es la que contrapone lo individual con lo colectivo. Esta última dimensión aparece fundamentalmente en las entrevistas, cuando se les presentan noticias sobre acontecimientos concretos que afectan a la vida en común, pero también cuando se les

pide imaginar el futuro de la sociedad. En este último caso, los ejes para interpretar este futuro colectivo son, de nuevo, la incertidumbre y la comparación con la generación de sus padres. Pero también hay claros esfuerzos para tornar en positivo una realidad que se percibe en términos muy negativos. Y la clave para hacerlo es subrayar un conjunto de valores que están convencidos de poseer: el esfuerzo individual, la innovación, la habilidad para moverse en escenarios inciertos y la capacidad de imaginar soluciones individuales y colectivas.

Buena parte de las contradicciones en que incurren los jóvenes a la hora de narrar sus propias vidas reaparecen cuando expresan su concepción de la sociedad en la que viven. En concreto, el viejo ideal de la solidaridad distributiva y la idea de ciudadanía como conjunto de derechos y obligaciones comunes se ven afectados por la difusión del individualismo en la atribución de responsabilidades, la dinámica del merecimiento o el creciente énfasis en el esfuerzo particular de los ciudadanos. En todo caso, al igual que sucedía en sus propias biografías, la familia sigue siendo el eje en torno al que se generan los vínculos sociales, al tiempo que se presenta como el principal espacio de solidaridad en cualquier etapa de la vida. Por consiguiente, es la base sobre la cual se asienta un espacio sociopolítico de derechos irrenunciables y ámbitos flexibles de negociación de lo social; donde se combinan la lógica individualista del esfuerzo y el mérito con los criterios de solidaridad y creación de vínculos sociales.

Una vez garantizado ese espacio de derechos básicos, en los discursos de los jóvenes la concepción de justicia pasa a ser relativamente negociable y flexible y, además, combina tres principios. El primero de ellos es el principio de equidad, que se define por la idea del merecimiento según la cual el esfuerzo tiene como premio una mayor obtención de beneficios y, por lo tanto, un mayor grado de integración social. En segundo lugar, aparece también el principio de necesidad según el cual la lógica de la redistribución –del reparto de bienes y del acceso a los servicios– en el seno de la sociedad debe privilegiar a los que tienen menos oportunidades con el fin de disminuir la distancia que los separa de aquellos con mejores posiciones de partida. Finalmente, el tercer principio gira en torno a la idea de igualdad: todos tienen derecho a recibir de la sociedad por igual, independientemente de sus condiciones de origen, del esfuerzo que realicen y del mérito que demuestren en determinados ámbitos de las relaciones sociales.

Estos tres principios parecen claros y asentados; no obstante, los jóvenes les otorgan una distinta importancia dependiendo del ámbito de la vida social al que se refieran. De hecho, por lo general admiten que el grado de incidencia de la igualdad y la equidad pueden ser objeto de debate y negociación dentro de la sociedad. Al igual que sucedía con sus valores y expectativas, emplean marcos flexibles a la hora de evaluar los límites de los derechos y deberes cívicos, un proceso en el que no es infrecuente encontrar contradicciones. Con un espacio de derechos básicos limitado a la garantía de la salud y la educación, las demás dimensiones de la esfera pública se observan o bien con una relativa ambigüedad, o como un objeto de compromiso entre diversos principios de justicia.

Como se comprueba en el capítulo 5, nuestra investigación confirma que el valor del mérito ocupa una posición destacada en los criterios de justicia de los jóvenes en aquellos ámbitos que entienden no constituyen unos derechos básicos en sentido estricto. La mayoría de sus discursos defienden que, una vez se garantice de forma satisfactoria el acceso igualitario –de todos– a determinados bienes públicos, el mérito debe ser el criterio fundamental que opere para disfrutar de los demás. Esta es la lógica que defienden casi todos, siendo minoritarias algunas expresiones de estricto igualitarismo o individualismo.

En el momento en que pasamos a examinar el modo en que expresan su propia posición dentro del sistema social y político se reafirman algunos rasgos que constatamos en el modo en que se enfrentan a sus propias vidas. Los jóvenes se manejan en sociedad con pragmatismo, aplicando distintos criterios de valoración de forma flexible y negociable. Por ello, a pesar de que son muy críticos con el modelo de sociedad en la que viven, y también bastante pesimistas acerca de sus tendencias de evolución, en muy pocos casos optan por la negación absoluta, por la “salida”. Por el contrario, sus discursos dejan entrever una cierta legitimación pragmática del sistema. Ante una realidad incierta que les lleva a flexibilizar los marcos a través de los cuales interpretan su vida en sociedad, insisten en la necesidad de reforzar los vínculos sociales con el fin de sentar unas sólidas bases para la pertenencia cívica. Finalmente, en lo que se refiere a la implicación y a las prácticas de ciudadanía activa, entre los jóvenes convive un destacado interés por lo político en general con un distanciamiento crítico con respecto a la política y a su práctica actual.

A lo largo de toda nuestra investigación ha ido poniéndose de manifiesto la necesidad que tienen los jóvenes de entender la realidad en la que viven al tiempo que desarrollan diferentes respuestas con las que hacer frente a las consecuencias de las transformaciones estructurales y los procesos de cambio sociopolítico analizados en el primer capítulo de esta obra. A partir de los resultados obtenidos, y de forma algo tentativa, se pueden distinguir cuatro grandes tipos de soluciones o escenarios de actuación que resumen la diversidad de sus discursos y que pueden entenderse como estrategias de supervivencia para dar sentido a la incertidumbre sobre su futuro. La primera de ellas es la competición individual. En este caso, los jóvenes se enfrentan a la incertidumbre de sus procesos de integración con los mismos principios y reglas que rigen la globalización liberal, en una especie de competición constante con sus coetáneos por conseguir el éxito. El cosmopolitismo, la flexibilidad, la adaptabilidad, la movilidad y el dominio de las redes sociales son los principios más manejados. Son los recursos que proporcionan más ventaja en una carrera donde la individualización alcanza su máxima expresión; de ahí que el joven participante sea el gran protagonista, el responsable casi único del éxito alcanzado, aunque también del fracaso cuando éste se produce.

La segunda estrategia es la adaptación. Ésta es, sin lugar a dudas, la más frecuente entre los jóvenes actuales, y consiste en poner en marcha diferentes formas de ajustar sus expectativas iniciales, acomodándolas a la compleja realidad en la que les ha tocado vivir. En la mayor parte de las ocasiones, consiste en un largo proceso de aproximaciones sucesivas, llevado a cabo mediante un trabajo de ensayo y error en sus decisiones biográficas que va reduciendo sus expectativas hasta que éstas sean acordes a las posibilidades que ofrece el entorno. Implica, además, una buena dosis de aceptación de la realidad que les ha tocado vivir. Se contentan con lo que hay, reduciendo sus objetivos si hace falta y buscando –inventando incluso– los aspectos positivos de su propia situación. Se esfuerzan, en suma, por justificar el sinsentido de sus vidas. Al mismo tiempo, conlleva asumir una constante reinención como exigencia para mantener actitudes positivas, no dejarse caer, encontrar soluciones; en definitiva es un importante recurso individual para adaptarse a este contexto cambiante e incierto.

De todos modos, esta estrategia se pone en práctica de diferentes formas. Puede suponer procesos de repliegue en mundos reducidos, con-

fortables y dominados por lazos fuertes de sociabilidad, que rebajan la incertidumbre y la inestabilidad. Pero también se concreta en esfuerzos por extender hasta límites insospechados una especie de “*eterna juventud*”, a base de dilatar la asunción de cualquier tipo de responsabilidad personal y colectiva. En ambos casos, el elemento en común es el intento de no oponerse a la realidad cambiante e inestable en la que viven, adaptándose a las posibilidades existentes de la manera que consideren más funcional para el sistema y/o para sí mismos.

La tercera estrategia, por el contrario, es la resistencia. Los jóvenes de clase media se enfrentan en ocasiones a la incertidumbre y fragmentación predominante mediante la construcción de caminos y experiencias ciudadanas alternativas a través de la defensa y promoción de valores de solidaridad, responsabilidad compartida, sostenibilidad, participación, etc. Frente a las soluciones individuales, se priorizan las de carácter grupal. Este tipo de estrategia se desarrolla cada vez más en ámbitos y respecto a temas que habitualmente no preocupaban a las instituciones encargadas de gestionar la integración de las nuevas generaciones. No obstante, las formas de resistencia pueden implicar también una retirada voluntaria del ámbito de la esfera pública –una “salida”– en la que los viejos valores de la vida cívica se recuperan en pequeñas comunidades –físicas o virtuales– que tratan de construirse al margen de la vida social normal, a contracorriente. Aunque se trata, ciertamente, de una estrategia minoritaria y, por lo tanto, poco estudiada –okupas urbanos y rurales, por ejemplo–, no debe pasarse por alto.

La última de las estrategias es la innovación. En este caso, los jóvenes ensayan nuevas formas de desarrollar sus recorridos vitales, tratando de aprovecharse de las posibilidades que ofrece el entorno de globalidad y conectividad en el que viven su juventud, pero enfrentándose al mismo tiempo a las consecuencias negativas del mismo. Concretamente, se trata de una opción totalmente opuesta a la primera que hemos mencionado, pero con interesantes puntos de coincidencia. Lo más relevante, a nuestro juicio es que ambas comparten los mismos principios –cosmopolitismo, flexibilidad, adaptabilidad, movilidad y dominio de las redes sociales– pero entendidos de forma distinta y para alcanzar objetivos dispares. La innovación recurre a las mismas capacidades que ofrece el mundo global para situarse en una posición alternativa. De ahí que, en la medida en que los sujetos se sitúan en un escenario transnacional, se superen los viejos valores y vínculos de la ciudadanía estatal,



al tiempo que se mantiene e incluso refuerza el impulso hacia la implicación cívica. Una vez más, se trata de una estrategia minoritaria entre los jóvenes, pero muy relevante debido precisamente a su potencial de innovación en los procesos de integración social y de construcción de ciudadanía.

Uno de los rasgos que caracterizan a esta última estrategia es la activación, entendida como una respuesta necesaria frente al riesgo de la pasividad a la que les empuja el contexto en el que viven. En estos casos, la construcción biográfica de los jóvenes se muestra como un proceso tremendamente activo. Las trayectorias de estos jóvenes son complejas y, sobre todo, se definen por una “*multiactividad*”; hacer muchas cosas, interesarse por muchos temas, emplear todos los recursos, cambiar el rumbo emprendido si es preciso se convierten en los factores claves de sus estrategias de innovación.



## Referencias Bibliográficas

Abbott, A (2001). *Time Matters: on meaning and method*. London: University of Chicago Press.

Agnew, R.J y Jones, D.H. (1988). "Adaptating to deprivation: an examination of inflated educational expectations", *Sociological Quarterly*, vol. 29, nº 2: 315-337.

Baird, C.L, Burge S. y Reynolds, J. (2008). "Absurdly Ambitious? Teenager 's expectations for the future and the realities of social structure", *Sociology Compass*, 2/3: 944-962.

Barbelet, J. (1998). *Citizenship: Rights, Struggle and Class Inequality*. Milton Keynes: Open University Press.

Bauman, Z. (1999). *La globalización: Consecuencias humanas*. Mexico: FCE

Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México: FCE.

Bauman, Z. (2005a). *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. México: FCE.

Bauman, Z. (2005b). *Modernidad y ambivalencia*. Barcelona: Anthropos.

Beck, U y E. Beck-Gershein (2009). "Global generations and the trap of methodological nationalism for cosmopolitan turn in the sociology of youth and generation", *European Sociological Review*, vol. 25, nº 1: 25-36.

Beck, U. (1999). *La invención de lo político. Para una teoría de la modernización reflexiva*. Buenos Aires: FCE.

Beck, U. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Ed. S.XXI.

- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2002). *Individualization*. Londres, Sage.
- Beckert, J. (2013): "Imagined Futures: Fictional expectations in economy". *Theory and Society*, vol. 42, nº 3: 219-240.
- Bendit, R. (2008). "Growing Up in the context for Globalization and Social Change: Present and Future of Youth and Challenges for Youth Research and Youth Policies" en R. Bendit y Hans-Bleibtreu (eds.), *Youth Transitions. Processes of social inclusion and patterns of vulnerability in a globalized world*. Opladen, Barbara Budrich Pub.: 27-40.
- Benedicto, J. (2011). "Transicoes juvenis para a cidadania: uma analise empirica das identidades cidadas", en J. Machado, R. Bendit ad, and V. Ferreira, eds. *Jovens e Rumos*. Lisboa: Impresa de Ciencias Sociais: 353-372.
- Benedicto, J. (2013). "The political cultures of young people: an uncertain and unstable combinatorial logic", *Journal of Youth Studies*, vol. 16 , nº 6: 712-729
- Benedicto, J. y Morán M.L. (2003a). *La construcción de una ciudadanía activa entre los jóvenes*. Madrid: INJUVE.
- Benedicto, J. y Morán M.L: (2003b). "Los jóvenes, ¿ciudadanos en proyecto?", en J. Benedicto. y M.L. Morán (eds.), *Aprendiendo a ser ciudadanos. Experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes*. Madrid: INJUVE: 39-64.
- Benedicto, J. y Morán, M.L (2007). "Becoming a Citizen. Analysing the Social Representations of Citizenship among Young People", *European Societies*, vol. 9, nº 4: 601-622.
- Benedicto, J. y Morán, M.L. (2013). "De la integración adaptativa al bloqueo en tiempos de crisis. Preocupaciones y demandas de los jóvenes", en M.L. Morán (ed), *Actores y demandas en España. Análisis de un inicio de siglo convulso*. Madrid: Los Libros de la Catarata, Colección Investigación y Debate: 56-80.
- Berger, J (2002). *Un séptimo hombre*. Madrid: Huerga y Fierro.
- Biggart, A., Furlong, A., and Cartmel, F., 2008. "Modern youth transitions: choice biographies and transitional linearity", en R. Bendit y M. Hahn-Bleibtreu, (eds.), *Youth and the future: processes of social inclusion and patterns of vulnerability in a globalized world*. Opladen: Barbara Budrich Pub.: 55-72.
- Billing, M (1987). *Arguing and Thinking: A Rhetorical Approach to Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Boltanski L.; Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid: Ed. Akal.
- Bonnell, V. E y Hunt, L. (eds.) (1999). *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*. Berkely: University of California Press.

Bottrell, D. et Armstrong, D. (2007). "Changes and Exchanges in Marginal Youth Transitions", *Journal of Youth Studies*, vol. 10, n° 3: 353-371.

Cavalli, A. y Galland, O. (dir.) (1993). *L'allongement de la jeunesse*. Poitiers, Actes du Sud.

Cefaï, D. (2011): "Diez propuestas para el estudio de las movilizaciones colectivas. De la experiencia al compromiso". *Revista de Sociología*, n° 26: 137-166.

Chauvel, L. (2006a): *Les classes moyennes à la dérive*. Paris, Seuil.

Chauvel, L. (2006b). "Les nouvelles générations devant la panne prolongée de l'ascenseur social", *Revue de l'OFCE*, vol. 96, n° 1: 35-50.

Coffey, J. y Farrugia, D. (2013): "Unpacking the black box: the problem of agency in the sociology of youth". *Journal of Youth Studies*, doi:10.1080/13676261.2013.830707

Colley, H., Hoskins, B., Parveva, T. y P. Boetzelen (eds.) (2007). *Social Inclusion for Young People: Breaking down the Barriers*. Strasbourg, Council of Europe.

Côté, J. (2013). "Towards a new political economy of youth". *Journal of Youth Studies*. doi: 10.1080/13676261.2013.836592

Crow, G. y Lyon, D. (2010). "Turning Points in work and family life in the imagined futures of young people on Sheppey in 1978", en M. Winterton, G. Crow y B. Morgan Brett (eds), *Young lives and imagined futures: insights from archived data. Timescapes Working Paper Series* n° 6: 12-26.

Della Porta, D. y Tarrow S. (eds.) (2005). *Transnational protest and global activism*. Lanham, Rowman & Littlefield Publishers.

Dobson, A. (2006). "Citizenship", en A. Dobson y R. Eckersley (eds), *Political Theory and Ecological Challenge*. Cambridge: Cambridge University Press: 216-231.

Du Bois-Reymond M. y López Blasco A. (2004). "Transiciones tipo yo-yo y trayectorias fallidas", *Revista de Estudios de Juventud*, n° 65: 11-29.

Du Bois-Reymond, M. (2009). "Models of navigation and life management" en A. Furlong (ed.), *Handbook of Youth and Young Adulthood*. Nueva York, Routledge International: 31-38.

Dubet, F. (2006). *El declive de la institución: profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*, Barcelona: Ed. Gedisa.

Dubet, F. (2010a). *Sociología de la experiencia*. Madrid: CIS.

Dubet, F. (2010b). *Les places et les chances. Repenser la justice sociale*. París: Eds. du Seuil.

Edley, N y Wetherell, M. (1999). "Imagined Futures: young men's talk about fatherhood and domestic life", *British Journal of Social Psychology*, nº 38: 181-194.

EGRIS (2001). "Misleading trajectories-transition dilemmas of young adults in Europe", *Journal of Youth Studies*, vol. 4, nº1: 101-118.

Esping-Andersen, C. (1993). *Los tres mundos del Estado del bienestar*. Valencia: Ed. Alfons el Magnànim.

Esping-Andersen, G. (2000). *Fundamentos sociales de las economías post-industriales*. Barcelona, Ariel

Evans, K. (2002): "Taking Control of their Lives? Agency in Young Adult Transitions in England and the New Germany". *Journal of Youth Studies* nº 5: 245-269.

Evans, K. (2007): "Concepts of Bounded Agency in Education, Work and the Personal Lives of Young Adults". *International Journal of Psychology* vol. 42, nº 2: 85-93.

Fernández de Mosteyrín, L. y Morán, M.L. (2013). *Encontrar la cultura: estrategias de indagación*, Ponencia presentada en el XI Congreso de la Federación Española de Sociología, Madrid, julio 2013.

Font, J. (coord.) (2001). *Ciudadanos y decisiones públicas*. Barcelona: ed. Ariel.

Fortino, S., Tejerina, B., Cavia, B. y Calderón, J. (2012). *Crise sociale et précarité*. Paris: Ed. Cham Social

Furlong, A. (ed.) (2009): *Handbook of Young and Young Adulthood. New Perspectives and agendas*. Nueva York: Routledge International,.

Furlong, A. y Cartmel, F. (1997). *Young People and Social Change*. Buckingham: Open University Press.

Furlong, A.; Cartmel, F. et Biggart, A. (2006): "Choice, biographies and transitional linearity: Re-conceptualising modern youth transitions", *Papers* nº 79: 225-239.

Gaggi, M. y Narduzzi, E. (2008): *El fin de la clase media y el nacimiento de la sociedad de bajo coste*. Madrid: Lengua de Trapo.

Gal, J. (1998): "Formulating the Matthew Principle: on the role of the middle classes in the welfarestate", *Scandinavian Journal of social Welfare* nº 7: 42-55.

Galland, O. (1993). "La jeunesse en France, un nouvel âge de la vie", en A. Cavalli y O. Galland (dir.) (1993), *L'allongement de la jeunesse*. Poitiers : Actes du Sud : 19-40.

Galland, O. (2000). "Entrer dans la vie adulte : des étapes toujours plus tardives mais resserrées". *Économie et Statistique*, nº 337-338: 13-36.

Gamson, W. (1992). *Talking Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Garrido, L. y Gil Calvo, E. (1993). *Estrategias familiares*. Madrid: Alianza Editorial.

Gaviria, S (2007). *Juventud y familia en Francia y en España*. Madrid: C.I.S.

Gentile, A. (2006). *Una precaria transición a la edad adulta: inestabilidad laboral y límites del régimen familista de Estado del Bienestar. El caso de España*. Madrid: C.S.I.C. (Unidad de Políticas Comparadas).

Giddens, A. 1997. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Ed.

Gil Calvo, E. (2002). "Emancipación tardía y estrategia familiar (El caso de los hijos que ni se casan ni se van de casa)", *Revista de Estudios de Juventud*, nº 58: 9-18.

Goffman, E (1959). *The Presentation of self in everyday life*. New York: Anchor Doubleday.

González-Ferrer, A (2013). "La nueva migración española: lo que sabemos y lo que no sabemos". *Zoom Político*, 18. Madrid: Fundación Alternativas. <http://www.falternativas.org/laboratorio/libros-e-informes/zoom-politico/la-nueva-emigracion-espanola-lo-que-sabemos-y-lo-que-no> [recuperado 9 de noviembre de 2013].

Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.

Held, D. (2002). *La democracia y el orden global: del estado modern al gobierno cosmopolita*, Barcelona: ed. Paidós.

Helve, H. y Evans, K. (eds.) (2013). *Youth and work transitions in changing social landscapes*. Londres, The Tufnell Press.

Hirschmann, A. (1977). *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organización y Estados*, México, FCE.

Jimenez Roger, B.; Martín Hernandez, A.; Navarrete, J.; Pinta, P.; Soler i Martí, R.; Tapia, A. (2008). *La emancipación precaria. Transiciones juveniles a la vida adulta en España a comienzos del siglo XXI*. Madrid: C.I.S.

Jones, G. y Wallace, C. (1992). *Youth, Family and Citizenship*. Buckingham: Open University Press.

Kovacheva, S. y Pohl, A. (2007). "Disadvantage in youth transitions: constellations and policy dilemmas" en H. Colley, B. Hoskins, T. Parveva. y P. Boetzelen (eds.), *Social Inclusion for Young People: Breaking down the Barriers*. Strasbourg: Council of Europe: 31-42.

Kymlicka, W. (1996). *Ciudadanía multicultural*. Barcelona: Ed. Paidós.

Leccardi, C. (2006). "Redefining the future: Youthful biographical construction in the 21st century" en M. du Bois-Reymond y L. Chisholm (eds), *The Modernization of Youth Transitions in Europe (Special Issue: New Directions for Child and Adolescent Development n°113)*: 37-48.

Lewis, O. (2013). *Los hijos de Sánchez: autobiografía de una familia mexicana*. México: FCE.

Lipset, S. M. (1959). "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", *The American Political Science Review*, vol. 53, n°1: 69-105.

López Blasco, A. (2004). "Familia y transiciones: Individualización y pluralización de formas de vida" en VVAA *Informe Juventud en España 2004*. Madrid: INJUVE: 21-150.

López Blasco, A. (2006). "La familia como respuesta a las demandas de individualización: ambivalencias y contradicciones". *Papers*, n° 79: 263-285.

López Blasco, A.; McNeish, W. y Walther, A. (eds.) (2003). *Young People and Contradictions of Inclusion*. Bristol: Policy Press.

Machado Païs, J.A. (2008). Young People and Citizenship, en R. Bendit y Hans-Bleibtreu (eds.), *Youth Transitions. Processes of social inclusion and patterns of vulnerability in a globalized world*. Opladen, Barbara Budrich Pub.: 227-244.

Mannheim, K. (1952). "The Problem of Generations", en P. Kecskemeti (ed.), *Essays on the Sociology of Knowledge*. Londres: Routledge and Kegan Paul: 276-322.

Mari-Klose, P. y Mari-Klose, M. (2006). *Edad del cambio. Jóvenes en los circuitos de solidaridad intergeneracional*. Madrid: C.I.S.

Marshall, T. H. (1998). *Ciudadanía y clase social*. Madrid: Alianza Ed.

Martín Perez, A.; Martín Coppola, E.; Gentile, A. y Gutiérrez Sastre, M. (2012). "Representaciones de la ciudadanía en los servicios públicos: reconocimiento, mérito y autonomía", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n° 139: 189-200.

Miller, D. (1999). *Principles of Social Justice*, Cambridge, MA: Harvard University Press.

Mishler, E.G. (1999). *Storylines: craftist's narrative of identity*. M.A: Harvard University Press.

Morán, M. L y Benedicto, J. (2000). *Jóvenes y ciudadanos*. Madrid: INJUVE.

Morán, M.L. (2003). "Aprendizajes y espacios de la ciudadanía", *Iconos n°15*, Flacso Ecuador: 31-43.



Morán, M.L. (2010). "Cultura y política: nuevas tendencias en los análisis socio-políticos", en: M. Pérez Ledesma y M. Sierra (eds.), *Cultura política: teoría e historia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico: 87-131.

Moreno, L. (2000). *Ciudadanos precarios: la última red de protección social*. Barcelona: Ariel.

Moreno, L. (2012). *La Europa asocial: crisis y estado del bienestar*. Barcelona: Península.

Moreno, L. (ed.) (2009). *Reformas de las políticas de bienestar en España*. Madrid: Ed. s.XXI.

Norris, P. (2004). "Young people and political activism: from the politics of loyalties to the politics of choice?" Paper presentado en la conferencia "*Civic engagement in the 21<sup>st</sup> century: toward a scholarly and practical agenda*", University of Southern California, 1-2 oct 2004.

OCDE (2012). Panorama de la Educación, Informe de la OCDE. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Offe, C. (1990). *Contradicciones en el Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Ed.

O'Toole, T.; Marsh, D. y Jones, S. (2003). "Political literacy cuts both ways: the politics of non-participation among young people", *The Political Quarterly* 2003: 349-60.

Peugny, C. (2009): *Le Déclassement*. Paris: Ed. Grasset.

Pierson, P. (2001). *The New Politics of the Welfare State*. Oxford: Oxford University Press.

Rawls, J. (1971). *A Theory of Justice*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Rawls, J. (2002). *Justicia como equidad. Materiales para una teoría de la justicia*. Madrid: ed. Tecnos.

Reeskens, T.; Van Oorschot, W. (2013). "Equity, equality, or need? A study of popular preferences for welfare redistribution principles across 24 European countries", *Journal of European Public Policy*, 20(8): 1174-1195.

Richardson, L. (1990). "Narrative and Sociology", *Journal of Contemporary Ethnography* vol. 19, nº 1:116-135.

Riessman, C. K (1993). *Narrative Analysis*. London: Sage.

Robertson, R. (1995). "Glocalisation. Time-space and homogeneity-heterogeneity", en M. Featherstone, S. Lash y R. Robertson (eds.), *Global modernities*. Londres: Sage: 25-45.

Rodríguez Cabrero, G. (2004). *El Estado de bienestar en España: debates, desarrollos y retos*. Madrid: Ed. Fundamentos.

- Sassen, S. (1999). *La ciudad global*. Buenos Aires: Eudeba.
- Sassen, S. (2003). *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Schnapper, D. (2007). *Qu'est-ce-que l'integration?*, París: Gallimard.
- Sen, A. (2010). *La idea de justicia*. Madrid: ed. Taurus.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Ed. Anagrama.
- Serrano Pascual, A. (2009). "Regulación supranacional y despolitización del trabajo: el caso del paradigma de la activación", en E. Crespo, C. Prieto, y A. Serrano (dirs.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía. Paradojas del empleo en una sociedad en transformación*. Madrid: Editorial Complutense / CIS.
- Siim, B. (2000). *Gender and Citizenship*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Silbey, S.S. (2010). "Legal cultures and cultures of legality", en R. Hall, L. Grindstaff y M. Lo (eds), *Handbook of Cultural Sociology*. New York: Routledge: 470-479.
- Smith, N.; Lister, R.; Middleton, S. y Cox, Lynne (2005). Young People as Real Citizens: Towards an Inclusionary Understanding of Citizenship. *Journal of Youth Studies*, vol. 8, nº 4, pp. 425-443.
- Soysal, Y. (1994). *Limits of citizenship. Migrants and postnational citizenship in Europe*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Svalfors, S. (2003). "Welfare regimes and welfare opinions: A comparison of eight western countries", *Social Indicators Research*, 64: 495-520.
- Swidler, A. (1986). "Culture in Action: Symbols and Strategies", *American Sociological Review* vol 51, pp 273-286.
- Swidler, A. (2003). *Talk of Love: How culture Works*. Chicago: University of Chicago Press.
- Tarrow, S. (2005). *The new transnational activism*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Taylor, S. (2007). "Narrative as construction and discursive resource", en M. Bamberg (ed.) *Narrative- State of the Art. Benjamin Current Topics 6*. Amsterdam: John Benjamins Publishing Company: 113-122.
- Taylor, S y Littleton, K. (2006). "Biographies in talk: a narrative-discursive research approach", *Qualitative Sociology Review*, vol. 2, nº 1: 22-38.
- Tejerina, B., Cavia, B., Santamaría, E. y Carbajo, D. (2012). *Precariedad vital y juventud vasca. Condiciones sociales y estrategias biográficas para llevar una vida normal*. Donostia, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.

Travory, I y Eliasoph, N (2013). "Coordinating futures: a theory of anticipation". *American Journal of Sociology*, vol. 118, nº 4: 908-942.

Turner, B. (1992). "Outline of a Theory of Citizenship" en Ch. Mouffe. *Dimensions of radical democracy*. Cap 2. Londres: Verso.

Turner, B. (ed.) (1993). *Citizenship and social theory*, Londres: Sage.

Turner, B. (2001). "The erosion of citizenship", *British Journal of Sociology*, vol. 52, nº2: 189-209.

Van Oorschot, W. (2006). 'Making the difference in social Europe: deservingness perceptions among citizens of European welfare states', *Journal of European Social Policy*, vol. 16, nº 1: 23-42.

Walther, A., du Boys-Reymond, M. y Biggart, A. (eds.) (2006). *Participation in Transition: Motivation of Young Adults in Europe for Learning and Working*. Frankfurt am Main: Peter Lang.

Walzer, M. (1990). "The communitarian critique of liberalism", *Political Theory*, vol. 18, nº1: 6-23.

Watkins, S. y A. Swidler (2009). "Hearsay Ethnography. Conversational Journals as a Method for Studying Culture in Action". *Poetics*, vol. 37, nº 2: 162-184.

Weber, M. (1964). *Economía y sociedad*, México: FCE.

Wright Mills, Ch (1959). *White Collar*. Chicago: Free Press.

Wright Mills, Ch (1999). *La imaginación sociológica*. México: FCE

Wynn, J. (2013): "Young adulthood in Australia and New Zealand: Pathways to belonging" en H. Helve y K. Evans (eds.), *Youth and work transitions in changing social landscapes*. Londres, The Tufnell Press: 218-230.

Young, I.M. (2000). *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Ed. Cátedra.

